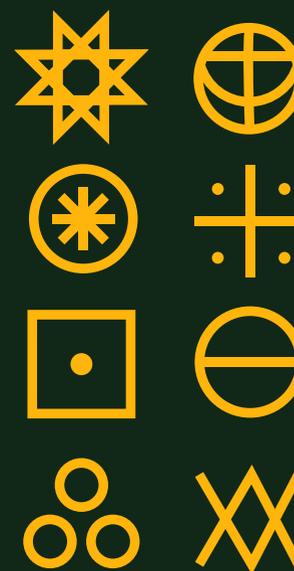


Voltaire (1694-1778, Francia). Escritor, historiador, filósofo y abogado, uno de los principales pensadores de la Ilustración, periodo que promovió las ideas liberales y la fuerza de la razón humana y de la ciencia sobre las creencias religiosas. Fue un prolífico intelectual, hábil divulgador y su credo laico y anticlerical orientó a los teóricos de la Revolución francesa. Su legado filosófico se caracteriza por defender de los fanatismos y los dogmatismos el valor de la tolerancia y la libertad. Fue nombrado historiador de Francia y más tarde caballero de la Cámara Real y miembro de la Academia Francesa. Algunos de sus libros más importantes son *Cándido o el optimismo*, *Tratado sobre la tolerancia*, *Diccionario filosófico*, *Poema sobre el desastre de Lisboa*, *Zadig*.

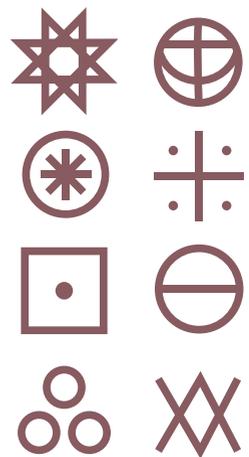
Grupo SURA reedita *Cándido o el optimismo*, de Voltaire, a partir de la traducción al español que realizó Héctor Abad Faciolince en 2017, al considerar la vigencia y la pertinencia de esta obra frente a las realidades que nos asisten como humanidad.

Cándido o el optimismo

VOLTAIRE



Traducción:
Héctor Abad Faciolince



Cándido o el optimismo

VOLTAIRE

Traducción de Héctor Abad Faciolince

sura 

Índice

Cándido o el optimismo	10
I. De cómo Cándido fue criado en un hermoso castillo, y de qué manera lo echaron de allí	13
II. De las que pasó Cándido entre los búlgaros	16
III. De cómo Cándido se salvó de los búlgaros, y lo que fue de él después	19
IV. De cómo Cándido se reencuentra con su viejo maestro de filosofía, el doctor Pangloss, y lo que luego pasó	22
V. Tempestad, naufragio, terremoto, y lo que sucedió al doctor Pangloss, a Cándido y al anabaptista Jacobo	26

VI. De cómo se hizo un buen auto de fe para conjurar los terremotos, y de los azotes que le dieron a Cándido	31
VII. De cómo una vieja cuidó a Cándido, y de qué manera se encuentra otra vez con quien amaba	33
VIII. Historia de Cunegunda	36
IX. Lo que aconteció con Cunegunda, con Cándido, con el inquisidor general y con un judío	40
X. En qué aprietos llegaron a Cádiz Cándido, Cunegunda y la vieja, y de cómo se lograron embarcar	42

XI. Historia de la vieja	47
XII. Continuación de las desgracias de la vieja	51
XIII. De cómo Cándido fue obligado a separarse de la vieja y de la bella Cunegunda	55
XIV. De cómo Cándido y Cacambo fueron recibidos por los jesuitas de Paraguay	58
XV. De cómo Cándido mató al hermano de su querida Cunegunda	62

XVI. De lo que aconteció a los dos viajeros con dos muchachas, dos micos y los salvajes llamados orejones	67
XVII. Llegada de Cándido y de su criado al país de Eldorado, y lo que vieron allá	72
XVIII. De lo que vieron en el país de Eldorado	77
XIX. En el que llegan a Surinam, y de cómo Cándido se conoció con Martín	84
XX. De lo que les sucedió en el mar a Cándido y a Martín	90

XXI. Al acercarse a las costas de Francia, Cándido y Martín razonaban así	95
XXII. De lo que les pasó en Francia a Cándido y a Martín	98
XXIII. Cándido y Martín van a las costas de Inglaterra. Lo que allí ven	111
XXIV. De Paquita y fray Jacinto	113
XXV. Visita al señor Pococurante, noble veneciano	118

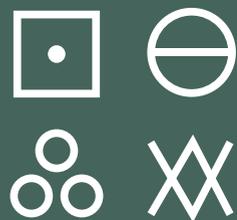
XXVI. De una cena que tuvieron Cándido y Martín con seis extranjeros, y quiénes eran estos	125
XXVII. Viaje de Cándido a Constantinopla	130
XXVIII. De lo que les aconteció a Cándido, a Cunegunda, a Pangloss, a Martín, etc.	135
XXIX. De cómo Cándido volvió a encontrar a Cunegunda y a la vieja	138
XXX. Conclusión	140
Epílogo Héctor Abad Faciolince	146
Créditos	156

Cándido o el optimismo

Traducido del alemán del Sr. doctor Ralph
con añadidos encontrados en el bolsillo del doctor
cuando murió en Minden, el año de gracia de 1759.

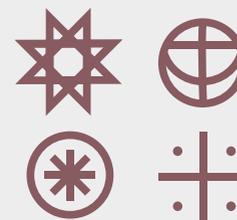
TRADUCCIÓN:

Héctor Abad Faciolince



CÁNDIDO O EL OPTIMISMO

VOLTAIRE



I
 DE CÓMO CÁNDIDO FUE CRIADO
 EN UN HERMOSO CASTILLO, Y
 DE QUÉ MANERA LO ECHARON
 DE ALLÍ

Había en Westfalia, en el castillo del señor barón de Thunder-ten-tronckh, un muchacho al que la naturaleza había dotado de una índole muy agradable. Su fisonomía anunciaba su ánimo. Su manera de juzgar era correcta, su espíritu simple; creo yo que por esta razón lo llamaban Cándido. Los criados más antiguos de la casa sospechaban que era

hijo de la hermana del señor barón y de un honesto y buen hidalgo de la vecindad con quien la jovencita no había querido casarse nunca, en vista de que este no había conseguido probar más de setenta y un ancestros nobles en su árbol genealógico, ya que los más antiguos se habían extraviado a causa de la injuria de los tiempos.

El señor barón era uno de los hombres más poderosos de Westfalia, ya que su castillo tenía, además de puerta, también ventanas. Incluso la sala estaba adornada con un tapiz. Si juntaba todos los perros de su casa, estos podían convertirse en jauría en caso de necesidad; sus palafreneros podían servir también de picadores; el cura de su aldea se volvía capellán. Todos le decían Monseñor, y si llegaba a hacer alguna gracia, se la celebraban.

La señora baronesa, que pesaba unos ciento setenta y cinco kilos, gracias a su tamaño era tenida en gran consideración, y hacía los honores de la casa con tanta dignidad que parecía aún más respetable. Su hija, Cunegunda, de diecisiete años, era rubicunda, fresca, gorda, apetitosa. El hijo del barón no desmerecía en nada a su padre. Pangloss¹, el preceptor, era el

¹ Nombre forjado a partir de raíces griegas, Pangloss sería, aproximadamente, “pura lengua”.



oráculo de la casa, y el pequeño Cándido asistía a las clases de este con toda la credulidad de sus años y de su buen carácter.

Pangloss enseñaba la metafísico-teólogo-cosmólogo-tonología. Podía probar admirablemente que no hay efecto sin causa y que en este, el mejor de los mundos posibles, el castillo de monseñor el barón era el castillo más bonito, y su señora la mejor baronesa posible.

“Está demostrado –decía– que las cosas no pueden ser de otro modo, puesto que, en cuanto todo ha sido hecho con cierto fin, todo se dirige necesariamente al mejor fin. Fíjense bien que la nariz fue diseñada para apoyar los anteojos. Las nalgas, evidentemente, fueron creadas para ser cubiertas, y por eso llevamos fundillos. A las piedras se las diseñó de tal modo que se las pudiera tallar, de manera que fuera posible fabricar castillos, y es así como monseñor posee un hermoso castillo; el barón más importante de la provincia debe ser el mejor alojado; y en vista de que los marranos fueron hechos para ser comidos, nosotros comemos cerdo todo el año. En consecuencia, aquellos que han sostenido que todo está bien, han dicho una bobada; había que decir que todo es inmejorable”.

Cándido escuchaba atentamente, e ingenuamente lo creía, porque para él la señorita Cunegunda era el extremo de la hermosura, aunque nunca hubiera tenido el valor de decírselo. Concluía que, tras la felicidad de haber nacido barón de Thunder-ten-tronckh, el segundo grado de la felicidad consistía en ser la señorita Cunegunda, el tercero, poder verla todos los días, y el cuarto, poder escuchar al maestro Pangloss, el más grande filósofo de la provincia y, por consiguiente, de toda la tierra.

Un día Cunegunda, paseando por el pequeño bosque alrededor del castillo, al que le decían *parque*, vio entre la espesura al doctor Pangloss mientras le daba una clase de física experimental a una camarera de su madre, una morenita muy linda y muy

dócil. Como la señorita Cunegunda tenía gran inclinación por las ciencias, observó sin respirar los repetidos experimentos de los que fue testigo: alcanzó a ver claramente la razón suficiente del doctor, las causas y los efectos, y regresó agitada, muy pensativa, toda llena del deseo de ser sabia, y se figuró que bien podría ella ser la razón suficiente de Cándido, quien a su vez podía ser la suya.

Al volver al castillo y encontrarse con Cándido, se sonrojó; Cándido se sonrojó también. Ella le dijo buenos días con voz entrecortada, y Cándido le habló sin saber lo que decía.

Al día siguiente, después de comer, al levantarse de la mesa, Cunegunda y Cándido se encontraron detrás de un biombo. Cunegunda dejó caer un pañuelo; Cándido lo recogió; ella le tomó la mano inocentemente, e inocentemente el joven besó la mano de la jovencita con una vivacidad, una sensibilidad y una gracia muy especiales. Sus bocas se encontraron, sus ojos se inflamaron, sus rodillas temblaron, sus manos se extraviaron. El señor barón de Thunder-ten-tronckh pasó cerca del biombo, y al ver esa causa y ese efecto, echó a Cándido del castillo dándole patadas en el trasero; Cunegunda se desmayó; al volver en sí, la baronesa le dio varias bofetadas; y todo fue consternación en el más bonito y más agradable de los castillos posibles.

II

DE LAS QUE PASÓ CÁNDIDO
ENTRE LOS BÚLGAROS²

Cándido, expulsado del paraíso terrenal, caminó largo rato sin saber adónde ir, llorando, elevando los ojos al cielo, volviéndolos a menudo hacia el más hermoso de los castillos, que encerraba a la más bella de las baronesitas. Se acostó sin cenar en la mitad del campo, en el surco entre dos eras; la nieve caía a grandes ráfagas. Cándido,

entelerido, se arrastró al otro día hacia el pueblo más cercano, llamado Valderg-off-trarbk-dikdorff. Sin plata, muerto de hambre y de fatiga, se detuvo tristemente a la puerta de una taberna, donde dos hombres vestidos de azul se fijaron en él.

“Camarada –dijo uno de ellos–, aquí hay un jovencito de buena constitución que daría la talla que se requiere”.

Se acercaron a Cándido y lo invitaron a comer con mucha cortesía.

“Señores –les dijo Cándido con una modestia encantadora–, ustedes me hacen un gran honor, pero no tengo con qué pagar mi parte”.

“Ah, señor –le dijo uno de los azules–, una persona con una figura y un mérito como los que usted revela, nunca paga. ¿No mide usted un metro con setenta y nueve centímetros?”.

“Sí, señores –dijo Cándido haciéndoles una reverencia– esa es mi estatura”.

.....

² Según Frédéric Deloffre, en su edición crítica de *Cándido* publicada por Gallimard, los *búlgaros* son solo el disfraz que Voltaire les pone a los prusianos. Los ávaros (que aparecen más adelante), a su vez, serían los soldados del ejército austrohúngaro. En las cartas de Voltaire este llama muchas veces a los prusianos, *búlgaros*.

II

VOLTAIRE

“Entonces, señor, siéntese usted a la mesa, que no solamente lo vamos a invitar, sino que jamás consentiremos que una persona como usted esté sin plata; los hombres están hechos para ayudarse los unos a los otros”.

“Ustedes tienen razón –dijo Cándido–: es lo que siempre me ha dicho el señor Pangloss, y ahora me doy cuenta de que todo sucede por nuestro bien”.

Le piden que acepte por favor unos cuantos escudos; Cándido los recibe y se ofrece a firmarles un recibo, a lo cual le dicen que de ninguna manera, y se sientan a la mesa.

“¿No siente usted un tierno afecto por...?”.

“Pues sí –respondió–, amo con mucha ternura a la señorita Cunegunda”.

“No, no –dijo uno de los señores–, nos preguntamos si usted no siente un afecto especial por el rey de los búlgaros”.

“Para nada –dijo él–, puesto que nunca lo he visto”.

“¿En serio? Pero si es el más encantador de los reyes, tenemos que beber a su salud”.

“Por mí, con mucho gusto, señores”.

Y brinda a su salud.

“Con esto basta –le dicen–. Ahora usted es el apoyo, el sostén, el defensor, el héroe de los búlgaros; ahora tiene la fortuna asegurada, y va camino de la gloria”.

Ahí mismo le ponen un grillete en los pies y se lo llevan al cuartel. Lo hacen girar a la izquierda, a la derecha, meter la baqueta por el cañón del fusil, guardar la baqueta, tenderse en el suelo para apuntar, tirar, acelerar el paso y recibir treinta bastonazos. A la mañana siguiente hace el entrenamiento un poco menos mal, y recibe tan solo veinte golpes; al otro día no le dan sino diez y ya sus camaradas lo consideran un prodigio.

Cándido, estupefacto, no se percataba todavía muy bien de cómo se había vuelto un héroe. Un buen día, en primavera, se le

ocurrió que quería dar un paseo y caminó derecho, sin desviarse, convencido de que el género humano tiene el privilegio de usar sus propias piernas libremente, como lo tienen las especies animales. No había recorrido ni dos leguas cuando se le aparecen otros cuatro héroes de uno con ochenta, que lo alcanzan, lo amarran, lo meten en un calabozo. Se le preguntó, en nombre de la ley, si prefería que todo el regimiento lo azotara treinta y seis veces o si más bien quería que le metieran, todas juntas, doce balas de plomo en el cerebro. Cándido declaró candorosamente que en vista de que la voluntad es libre, él no prefería ninguna de las dos cosas. Tenía que escoger. Resolvió, en virtud de ese don divino que se llama *libertad*, someterse a las treinta y seis tandas de golpes de baqueta. Pasó dos tandas por todo el cuartel, y como el regimiento estaba compuesto por dos mil hombres, los baquetazos fueron cuatro mil, con lo cual, desde la nuca hasta el culo le quedaron expuestos los nervios y los músculos. Cuando iban a proceder a la tercera tanda, Cándido, que no aguantaba más, les rogó que se dignaran hacerle la merced de volarle los sesos; se le concede este favor. Le vendan los ojos, lo hacen arrodillar. En ese momento el rey de los búlgaros pasa por allí y se informa del delito cometido por el paciente. Como este rey tenía un ingenio sobresaliente, comprendió, por todo lo que averiguó sobre Cándido, que este era un joven metafísico todavía muy ignorante de todas las cosas del mundo, y le concedió la gracia, con una clemencia que será alabada por todos los periódicos y por todos los siglos de los siglos. Un buen cirujano, usando emolientes enseñados por Dioscórides, curó a Cándido en tres semanas. Estaba empezando a salirle la piel y podía caminar, cuando el rey de los búlgaros entabló batalla contra el rey de los ávaros.

III

DE CÓMO CÁNDIDO SE SALVÓ DE
LOS BÚLGAROS, Y LO QUE FUE DE
ÉL DESPUÉS

Nada tan bonito, tan bien equipado, tan brillante, tan ordenado como los dos ejércitos. Las trompetas, los pífanos, los clarines, los tambores, los cañones formaban una armonía tal que no se la vería siquiera en el infierno. Lo primero que hicieron los cañones fue derribar unos seis mil hombres, poco más o menos, en cada bando.

Enseguida los mosqueteros barrieron del mejor de los mundos posibles entre nueve y diez mil bribones que infectaban su superficie. Las bayonetas fueron a su vez la razón suficiente de la muerte de unos cuantos millares de hombres más. El total estuvo alrededor de unas treinta mil almas. Cándido, temblando como un filósofo, se escondió lo mejor que pudo mientras duraba esta heroica carnicería.

Finalmente, mientras los dos reyes, cada uno en su propio campamento, hacían entonar el *Te Deum*, Cándido tomó la decisión de irse a otro lado a razonar sobre las causas y los efectos. Pasó por encima de montones de muertos y de moribundos, y alcanzó primero una pequeña aldea reducida a cenizas; era un pueblo ávaro que los búlgaros habían quemado según las leyes del derecho público. Allí unos ancianos acribillados de heridas veían morir poco a poco a sus esposas degolladas, mientras estas intentaban que los niños siguieran chupando sus pezones ensangrentados; un poco más allá yacían con el vientre abierto las jóvenes que habían saciado las necesidades naturales de algunos héroes, y lanzaban su último suspiro; otras, a medio quemar, pedían un tiro de gracia. Esparcidos sobre la tierra se veían cerebros, al lado de piernas y brazos cortados.

Cándido se escapó lo más rápido que pudo hacia otra aldea, que pertenecía a los búlgaros, a la cual los héroes ávaros habían dado el mismo tratamiento. Caminando siempre por encima de miembros palpitantes, o sobre ruinas, Cándido superó al fin el teatro de la guerra, con unas pocas provisiones en la mochila, y sin olvidar nunca a Cunegunda. Al llegar a Holanda las provisiones se le habían acabado, pero como había oído que en ese país todos eran ricos, y además cristianos, estaba seguro de que lo tratarían tan bien como lo habían tratado en el castillo del señor barón antes de que lo echaran a causa de los hermosos ojos de la señorita Cunegunda.

Les pidió limosna a personajes muy distinguidos, y todos le respondieron que, si seguía dedicado a ese oficio, lo iban a encerrar en un reformatorio, para que aprendiera a ganarse la vida.

Se dirigió luego a un hombre que había estado hablando durante una hora seguida sobre la caridad, ante una gran asamblea. El orador lo miró de reojo y le dijo:

“¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás por la buena causa?”.

“No hay efecto sin causa –le contestó modestamente Cándido–. Cada cosa es como el eslabón de una cadena, la cual está ordenada de tal modo que conduce necesariamente a lo mejor. Fue necesario que me echaran del lado de la señorita Cunegunda, que fuera azotado, fue necesario que mendigara el pan hasta que me lo pudiera ganar por mí mismo. Y todo esto no podía ser de otra manera”.

“Amigo mío –le preguntó el orador–, ¿cree usted que el papa es el anticristo?”.

“Hasta este momento no lo había oído decir –respondió Cándido–, pero sea lo que sea, no tengo pan”.

“Tú no mereces comer –dijo el otro–. Vete, bribón, vete, miserable, y no te me vuelvas a acercar en toda la vida”.

La esposa del orador, habiéndose asomado a la ventana, y habiendo notado que había alguien capaz de dudar de que el papa fuera el anticristo, le tiró en la cabeza una bacinilla llena de... ¡Cielos, a qué exageraciones lleva el fervor religioso de ciertas damas!

Un hombre que no había sido bautizado, un buen anabapista de nombre Jacobo, se percató de la forma cruel e ignominiosa como habían tratado a uno de sus hermanos, un bípedo implume dotado de alma. Se le acercó y lo llevó a su casa, lo limpió, le dio pan y cerveza, le regaló dos florines, y se ofreció incluso a enseñarle a trabajar, en sus fábricas, el tejido de Persia, que se produce en Holanda. Cándido, casi besándole las plantas de los pies, exclamó:

“Bien me había dicho el maestro Pangloss que todo en este mundo sucede para bien. Me conmueve mucho más su generosidad que la dureza con que me trataron el señor del abrigo negro y su señora esposa”.

Al día siguiente, yendo de paseo, se encontró Cándido con un pobre sifilítico cubierto de llagas, con la mirada muerta, carcomida la punta de la nariz, con la boca torcida, los dientes negros, la voz gangosa, atormentado por una tos espantosa, y escupiendo una muela en cada espasmo.

IV

DE CÓMO CÁNDIDO SE
REENCONTRÓ CON SU VIEJO
MAESTRO DE FILOSOFÍA, EL
DOCTOR PANGLOSS, Y LO QUE
LUEGO PASÓ

Más movido por la compasión que por el horror, Cándido le regaló a este espantoso por-diosero los dos florines que le había dado Jacobo, el honesto anabaptista. El fantasma lo miró fijamente, empezó a derramar lágrimas y le saltó al cuello. Cándido se lo zafó del cuerpo, aterrado.

“Ay –le dijo el miserable al otro miserable–, ¿ya no reconoce usted a su querido Pangloss?”.

“¿Oí bien? ¡Usted, mi querido maestro? ¡Usted, en este horrible estado? ¿Qué desgracia ha ocurrido? ¿Por qué no está usted en el más bonito de los castillos? ¿Y qué hay de Cunegunda, la perla de la juventud y la obra maestra de la naturaleza?”.

“Yo ya no puedo más” –dijo Pangloss.

Sin demora, Cándido lo condujo al establo del anabaptista, donde le dio de comer algo de pan, y cuando Pangloss se repuso:

“Y entonces –le preguntó–, ¿Cunegunda?”

“Muerta” –repuso el otro.

Cándido se desmayó al oír esta palabra. Su amigo lo hizo volver en sí con un poco de vinagre rancio que encontró por casualidad en el establo. Cándido volvió a abrir los ojos:

“¡Muerta Cunegunda! Ah, mejor de los mundos, ¿dónde estás? Pero ¿de qué enfermedad se murió? ¿No habrá sido porque vio que me echaban a las patadas del hermoso castillo de su señor padre?”.

“No –dijo Pangloss–, los soldados búlgaros le sacaron las tripas, después de haberla violado todo lo que pudieron. Le partieron la cabeza al señor barón, que quiso defenderla; a la baronesa la cortaron en pedazos, mi pobre pupilo fue sometido al mismo

IV

VOLTAIRE

tratamiento que su hermana. Y en cuanto al castillo, de este no quedó piedra sobre piedra, ni siquiera un granero, ni un carnero, ni un pato, ni un árbol. Pero fuimos vengados adecuadamente, pues los ávaros les hicieron lo mismo en una baronía vecina que pertenecía a un señor búlgaro”.

Al oír estas noticias, Cándido se volvió a desmayar, pero cuando volvió en sí, después de haber dicho todo lo que tenía que decir, se informó por las causas y los efectos, y por la razón suficiente que había reducido a Pangloss a un estado tan lamentable.

“¡Ay! –respondió el otro–, fue el amor: el amor que consuela al género humano, el que conserva el universo, el alma de todos los seres sensibles, el tierno amor”.

“¡Ay! –dijo Cándido–, yo he conocido a este tal amor, a este soberano de los corazones, a esta alma de nuestras almas. Y no me ha valido más que un beso y veinte patadas en el culo. ¿Cómo es que esta bella causa pudo provocarle a usted un efecto tan abominable?”.

Pangloss respondió en los siguientes términos:

“Mi querido Cándido: recordarás a Paquita, esa linda camarera que estaba al servicio de nuestra ilustre baronesa. Yo probé en sus brazos las delicias del paraíso, las cuales produjeron estos tormentos infernales por los que hoy me ves consumido. La habían contagiado de lo que yo tengo, y creo que por esta causa murió. Paquita recibió el regalo de parte de un franciscano cultísimo que fue capaz de remontarse al origen de su enfermedad, pues él la había contraído de una vieja condesa, que había sido infectada por un capitán de la caballería, quien a su vez la adquirió de una marquesa, a quien se la pegó un paje, cuyo mal había entrado en él por obra y gracia de un jesuita, el cual, siendo novicio, la había recibido por línea directa de uno de los marineros de Cristóbal Colón. Y yo por mi cuenta no se la voy a pegar a nadie, porque me estoy muriendo”.

“¡Oh, Pangloss! –exclamó Cándido– ¡Qué extraña genealogía es esta! ¿No habrá sido el diablo la raíz de todo esto?”.

“Para nada –replicó el gran sabio–. Esta es una cosa indispensable en el mejor de los mundos, un ingrediente necesario, porque si Colón no hubiera contraído, en una isla de América, esta enfermedad que emponzoña el manantial de la generación, y que a menudo la impide, siendo así evidentemente lo opuesto al gran objetivo de la naturaleza, no tendríamos ni el chocolate ni la cochinilla³. Y es necesario observar, además, que hasta hoy, en nuestro continente, esta enfermedad es tan típicamente nuestra como la controversia religiosa. Los turcos, los indios, los persas, los chinos, los siameses, los japoneses, todavía no la conocen; pero existe ya una razón suficiente para que ellos, a su turno, la conozcan también dentro de pocos siglos. Mientras tanto, esta ha progresado maravillosamente entre nosotros, sobre todo entre los grandes ejércitos compuestos por honestos mercenarios bien educados, que deciden el destino de los estados. Se puede asegurar que cuando treinta mil hombres se enfrentan en batalla campal contra una tropa igual de numerosa, hay por lo menos unos veinte mil sífilíticos por cada lado”.

“¡Ah, esto sí que es admirable! –dijo Cándido–. Lo que debemos hacer ahora es buscar un tratamiento para que usted se cure”.

“¿Y cómo van a curarme? –dijo Pangloss–. No tengo ni un centavo, amigo mío, y por toda la extensión de este mundo es imposible hacerse una sangría o un enema sin pagar, o sin que alguien nos lo pague”.

.....

³ El contacto entre América y Europa produjo una especie de intercambio justo de enfermedades. Los europeos, al seducir o violar a las indias, contrajeron la sífilis, enfermedad americana que llevaron a Europa. Los europeos, por su parte, llevaron a América la viruela.

Esta última reflexión convenció a Cándido de que tenía que ir a arrojarse a los pies del caritativo anabaptista Jacobo. Le pintó de un modo tan conmovedor la situación de su amigo, que el buen hombre no dudó en acoger al doctor Pangloss, y en pagar el tratamiento de su bolsillo. Pangloss, en la curación, no perdió sino un ojo y una oreja. Como escribía bien y dominaba perfectamente la aritmética, Jacobo el anabaptista lo contrató para llevar los libros. Al cabo de dos meses, como debía ir a Lisboa en viaje de negocios, el comerciante quiso viajar en el barco con sus dos filósofos. Pangloss le explicó que todo estaba tan bien que sería imposible que estuviera mejor. Jacobo no tenía la misma opinión.

“Tiene que ser –decía– que los seres humanos hayan corrompido algo la naturaleza, porque sin haber nacido lobos, se han vuelto lobos. Dios no les dio cañones calibre veinticuatro ni bayonetas, y ellos los han fabricado para aniquilarse. Podría añadir las quiebras y la justicia que se apropia de los bienes de quienes están en bancarrota de modo que los acreedores no puedan reclamar lo suyo”.

“Todo esto es indispensable –replicaba el doctor tuerto–, pues las desgracias particulares producen el bienestar general, de modo que cuantas más desgracias particulares haya, mejor todo lo demás”.

Mientras así razonaba, se oscureció el cielo, los vientos soplaban desde los cuatro puntos cardinales, y a la vista del puerto de Lisboa, el barco fue alcanzado por la más horrible tempestad.

V

TEMPESTAD, NAUFRAGIO,
TERREMOTO, Y LO QUE SUCEDIÓ
AL DOCTOR PANGLOSS, A
CÁNDIDO Y AL ANABAPTISTA
JACOBO

La mitad de los pasajeros, debilitados y casi moribundos, sentían la angustia y el mareo inconcebibles que el balanceo del barco producía en los nervios y en los humores del cuerpo, agitados por las olas en todos los sentidos, y no tenían siquiera la fuerza de inquietarse ante el peligro. La otra mitad gritaba y rezaba. Rasgadas las velas, rotos los mástiles y resquebrajado el barco, los que podían trabajaban, ninguno se entendía, nadie mandaba. Algo ayudaba en las maniobras el anabaptista desde la cubierta hasta que un marinero furioso le dio un golpe tan fuerte que lo extendió sobre las tablas. Pero fue tal el contragolpe que el marinero se precipitó de cabeza por la borda y quedó colgado y agarrado a un pedazo del mástil roto. El buen Jacobo corre a socorrerlo, lo ayuda a subir a bordo, y por el esfuerzo se precipita al mar ante los ojos del marinero, que lo deja morir sin siquiera dignarse mirarlo. Cándido se asoma por la borda, ve salir a su benefactor un momento y luego lo ve hundirse para siempre. Se quiere tirar al mar tras él, pero el filósofo Pangloss se lo impide, demostrándole que la bahía de Lisboa había sido creada a propósito para que se ahogara en ella el anabaptista. Mientras se lo estaba probando *a priori*, el barco se parte en dos, y todos perecen salvo Pangloss, Cándido y el marinero bestial que había hecho ahogar al virtuoso anabaptista. El bribón nadó triunfalmente hasta la orilla, la misma adonde una tabla condujo a Cándido y Pangloss.

Cuando se recobraron un poco, se encaminaron hacia Lisboa. Les quedaba algo de dinero, con el cual esperaban salvarse del hambre después de haber escapado de la tempestad.

v

VOLTAIRE

Estaban apenas entrando en la ciudad y todavía lamentando la muerte de su benefactor, cuando sintieron la tierra temblar a sus pies. El mar se eleva bramando contra el puerto y destroza los barcos allí anclados. Torbellinos de llamaradas y cenizas cubren las calles y las plazas públicas; las casas se desmoronan, los techos se precipitan sobre los cimientos, y los cimientos se dispersan. Treinta mil habitantes de todas las edades y de todos los sexos quedan aplastados entre las ruinas. El marinero, silbando y blasfemando, decía:

“Algo vamos a sacar aquí de todo esto”.

“¿Cuál podrá ser la razón suficiente de este fenómeno?” —se preguntaba Pangloss.

“¡Este es el último día del mundo!” —exclamaba Cándido.

El marinero corre de inmediato a escarbar entre los escombros, exponiéndose a la muerte con tal de encontrar algo de dinero, y lo encuentra, se apodera de él, se emborracha, y después de pasar la borrachera, compra los favores de la primera muchacha de buena voluntad encontrada sobre las ruinas de las casas destruidas, y en medio de los muertos y los moribundos. Mientras tanto Pangloss lo jalaba de la manga:

“Amigo mío —le decía— esto no está bien; estás faltando a la razón universal. No es el momento adecuado”.

“¡Por el cuerpo y la sangre! —respondía el otro—, soy marinero; nací en Batavia; he pisado el crucifijo cuatro veces en los cuatro viajes que he hecho al Japón. ¡Diste con el que era para hablar de tu razón universal!”.

A Cándido le habían caído unos pedazos de piedra en la cabeza, y yacía herido en la calle, cubierto de escombros. Le dijo a Pangloss:

“Ay, búscame un poco de vino y aceite, que me muero”.

“Este temblor de tierra no tiene nada de raro —respondió Pangloss—. La ciudad de Lima, en América, tuvo un terre-

moto igual el año pasado: a las mismas causas, los mismos efectos. Debe haber una veta de azufre subterránea que va de Lima a Lisboa”.

“Nada más probable –dijo Cándido–, pero, por Dios, dame un poco de vino y de aceite”.

“¿Cómo así que probable? –replicó el filósofo–. Yo sostengo que la cosa está demostrada”.

Cándido perdió el conocimiento, y Pangloss le trajo agua de una fuente cercana.

Al otro día, tras haber encontrado algunas provisiones husmeando entre las ruinas, recobraron algo de fuerzas. Enseguida trabajaron al lado de otros para tratar de aliviar los sufrimientos de los habitantes que habían escapado a la muerte. Algunos ciudadanos a quienes habían socorrido, les ofrecieron de comer el mejor almuerzo que se les podía dar en medio del desastre. Aunque la comida fue triste. Los comensales aliñaban con lágrimas el pan. Pero Pangloss los consolaba, asegurándoles que las cosas no habrían podido ser de otra manera:

“Porque –les dijo– todo esto no pudo haber sido mejor. Ya que, si hay un volcán en Lisboa, este no podría estar en otro sitio, pues es imposible que las cosas dejen de estar donde están, y por lo tanto todo está bien”.

Un hombrecito de negro, fámulo de la inquisición, que estaba a su lado, tomó la palabra cortésmente, y dijo:

“Parece ser que el señor no cree en el pecado original, porque, si todo está lo mejor posible, entonces no ha habido por lo tanto caída, ni castigo”.

“Pido humildemente perdón a Su Excelencia –respondió Pangloss con más cortesía aún–. Considero que la caída del hombre y su maldición forman parte necesariamente del mejor de los mundos posibles”.

“¿El señor no cree entonces en la libertad?” –preguntó el fámulo.

“Su Excelencia me excusará –dijo Pangloss–. La libertad puede subsistir al lado de la necesidad absoluta, ya que era necesario que nosotros fuésemos libres, puesto que finalmente la libertad determina...”.

Pangloss estaba en la mitad de la frase cuando el fámulo hizo una señal con la cabeza a su palafrenero para que le sirviera un poco de vino de Porto, o de Oporto.



VI

DE CÓMO SE HIZO UN BUEN AUTO DE FE PARA CONJURAR LOS TERREMOTOS, Y DE LOS AZOTES QUE LE DIERON A CÁNDIDO

Después del terremoto que destruyó las tres cuartas partes de Lisboa, los sabios del país no encontraron una manera más eficaz de prevenir la ruina total que regalar al pueblo un buen auto de fe. La Universidad de Coímbra decidió que el espectáculo de unas cuantas personas quemadas a fuego lento en una gran ceremonia, era el

secreto infalible para impedirle a la tierra temblar.

Habían apresado para tal efecto a un vizcaíno, acusado de haberse casado con su comadre y dos portugueses que, al comerse un pollo, le habían quitado la grasa⁴. Después de almuerzo amarraron también al doctor Pangloss y a su discípulo, Cándido. Al primero, por haber hablado, y al otro, por haberlo escuchado con aire de aprobación. Ambos fueron conducidos separadamente a dos pequeños apartamentos, los cuales eran muy frescos pues a ninguno de los dos había llegado jamás la luz del sol. Ocho días después los vistieron con un sambenito, y les adornaron la cabeza con mitras de papel. La mitra y el sambenito de Cándido estaban pintados de llamas al revés y de diablos sin cola y sin garras; los diablos de Pangloss, en cambio, tenían cola y garras, y las llamas estaban al derecho. Así vestidos los hicieron marchar en procesión, oyeron un sermón bastante patético, seguido de una hermosa música en contrapunto y bajo continuo. A Cándido lo iban azotando con la misma

.....
⁴ En una época los padrinos de bautismo no podían casarse entre sí, según la religión católica. Quitarle la piel al pollo equivalía a hacerse sospechoso de judaísmo.

cadencia, al ritmo del canto; al vizcaíno y a los dos tipos que no habían querido comerse la piel del pollo los quemaron, y a Pangloss lo ahorcaron, aunque eso no se usara. Ese mismo día la tierra volvió a temblar con estruendo espantoso.

Cándido, espantado, perplejo, confuso, ensangrentado, palpitante, se decía a sí mismo:

“Si este es el mejor de los mundos posibles, ¿cómo serán los otros? Pase todavía que tan solo me hubieran azotado, lo mismo me habían hecho los búlgaros, al fin y al cabo; pero, ¿haber visto a mi querido Pangloss, ¡el más grande de todos los filósofos!, ¡haberlo visto ahorcar, sin que uno sepa por qué! ¡Oh, mi querido anabaptista!, el mejor hombre que he visto, ¿tenías que haberte ahogado en el puerto? ¡Y tú, baronesita Cunegunda, la perla de las jóvenes! ¿Tenían que abrirte en dos el vientre?”.

Cándido daba vueltas, casi sin poderse sostener, sermoneado, pelado, absuelto y bendecido, hasta que una vieja se le acercó y le dijo:

“Ánimo, hijo mío, sígueme”.

VI

VOLTAIRE

VII

DE CÓMO UNA VIEJA CUIDÓ A CÁNDIDO, Y DE QUÉ MANERA SE ENCUENTRA OTRA VEZ CON QUIEN AMABA

Cándido no se animó, pero siguió a la vieja hasta una casucha. Ella le regaló un pote de pomada para que se untara y le dio de comer y de beber. Le mostró una camita muy aseada y al pie de la cama un vestido completo.

“Come, bebe, duerme –le dijo ella–, y que nuestra señora de Atocha, nuestro señor San Antonio de Padua y don Santiago de Compostela se apiaden de ti; mañana vuelvo”.

Cándido, todavía atónito por cuanto había visto y sufrido, y todavía más por la caridad de la vieja, quería besarle la mano.

“No es mi mano lo que debes besar. Mañana vuelvo. Frótate bien con la pomada, come, y duerme”.

Cándido, pese a tantas desgracias, comió y durmió. Al otro día la vieja le llevó el desayuno, le examinó la espalda, le untó ella misma otra pomada; después le llevó el almuerzo; volvió por la noche y le llevó la cena. Al día siguiente, las mismas ceremonias.

“¿Quién es usted? –le preguntaba siempre Cándido–. ¿Quién le ha inspirado tanta bondad? ¿De qué manera se lo puedo agradecer?”.

La buena mujer nunca le contestaba; volvió al anochecer, pero no trajo nada para cenar.

“Ven conmigo, sin decir ni una palabra” –lo invitó ella.

Lo toma del brazo, y camina con él a través del campo un cuarto de milla, hasta llegar a una casa solitaria, rodeada de jardines y canales. La vieja toca a una puertecita, la cual se abre. La mujer lleva a Cándido por una escalera secreta hasta una alcoba dorada, donde lo deja sentado en un canapé de brocado; vuelve a cerrar la puerta y se marcha. Cándido creía estar

soñando, y se figuraba que toda su vida había sido un sueño funesto, salvo el momento actual, que era una sueño delicioso.

La vieja apareció de nuevo al poco rato, sosteniendo con mucha dificultad a una mujer temblorosa, de porte majestuoso, cubierta de piedras preciosas y tapada con un velo. “Quítale el velo” –le dijo la vieja a Cándido–. El joven se acercó; levantó el velo con una mano tímida. ¡Qué momento! ¡Qué sorpresa! Él creyó ver a la señorita Cunegunda. Y efectivamente la estaba viendo, era ella misma. Le flaquean las fuerzas, no puede decir una sola palabra, se desmaya a sus pies. Cunegunda se desmaya sobre el canapé. La vieja los empapa con aguas licorosas. Vuelven en sí y empiezan a hablar. Al principio con palabras entrecortadas, con preguntas y respuestas que se cruzan, suspiros, lágrimas, gritos. La vieja les recomienda que hagan menos ruido y los deja solos.

“¿Cómo! Eres tú –le dijo Cándido–. ¿Estás viva! ¡Vuelvo a verte en Portugal! ¿Entonces no te violaron, no te abrieron el vientre, como me aseguró el filósofo Pangloss?”.

“Sí lo hicieron –dijo la bella Cunegunda–; pero no siempre se muere por estos dos accidentes”.

“Pero ¿a tu padre y a tu madre sí los mataron?”.

“Lo cierto es que a ellos sí” –dijo llorando Cunegunda.

“¿Y a tu hermano?”.

“A él también lo mataron”.

“¿Y por qué estás en Portugal? ¿Cómo supiste que yo estaba aquí? ¿Y por qué extraña ventura me hiciste conducir a esta casa?”.

“Te voy a decir todo –replicó la dama–, pero antes me tienes que revelar todo lo que te pasó después del beso inocente que me diste y de las patadas que te dieron”.

Cándido le obedeció con profundo respeto, y aunque estuviera estupefacto y perdido, aunque su voz fuera débil y

temblorosa, aunque el espinazo le doliera todavía un poco, le contó de la manera más sencilla todo lo que le había pasado desde el momento de su separación. Cunegunda alzaba los ojos al cielo; derramaba lágrimas por la muerte del buen anabaptista y de Pangloss, después de lo cual le habló en estos términos a Cándido, que la devoraba con los ojos y no se perdía ni una sola palabra.

VIII

HISTORIA DE CUNEGUNDA

“Yo estaba en mi cama y dormía profundamente cuando quiso el cielo que llegaran los búlgaros a nuestro hermoso castillo de Thunder-ten-tronckh, que degollaran a mi padre y a mi hermano, y que cortaran a mi madre en pedazos. Un búlgaro enorme, de unos dos metros de alto, viendo que yo había perdido el conocimiento

ante este espectáculo, empezó a violarme; esto me despertó, recuperé el sentido, grité, pataleé, mordí, arañé, le quise sacar los ojos a ese enorme búlgaro, sin saber que lo que estaba ocurriendo en el castillo de mi padre era costumbre habitual. Esa bestia me dio una cuchillada en el costado izquierdo y ahí tengo todavía la cicatriz”.

“Ay, espero poderla ver” –dijo el ingenuo Cándido.

“Vas a verla –dijo Cunegunda–, pero mejor sigamos”.

“Sigamos” –dijo Cándido.

Y ella retomó así el hilo de su historia:

«Entró un capitán búlgaro, me vio toda ensangrentada, y al soldado encima, que no se inmutó. El capitán se enojó por esta falta de respeto de semejante bruto ante un superior y lo mató en el acto, sobre mi cuerpo. Enseguida me hizo vendar y me llevó como prisionera de guerra a su cuartel. Allí le lavaba las pocas camisas que tenía y le hacía de comer. Hay que decir que yo le parecía muy bonita, y no voy a negar que él tenía un cuerpo muy bien hecho y que tenía la piel blanca y muy suave. Por lo demás, faltó de ingenio, faltó de filosofía, pues al fin y al cabo no había sido educado por el doctor Pangloss. Después de tres meses, cuando se le acabó la plata y se cansó de mí, me vendió

VIII

VOLTAIRE

a un judío llamado don Issacar, que llevaba contrabando entre Holanda y Portugal, y que se enloquecía apasionadamente por las mujeres. El judío se encariñó mucho conmigo, pero nunca me pudo conquistar; me le resistí aún más que al soldado búlgaro. Es posible que a una persona honorable la violen una vez, pero después de esto su virtud se afianza. El judío, para domesticarme, me condujo a esta casa de campo que estás viendo. Hasta ese momento yo había creído que no había nada tan bonito sobre la tierra como el castillo de Thunder-ten-tronckh; me di cuenta de que me engañaba.

»Un día me vio en misa el inquisidor general, y sin dejar de mirarme de reojo me mandó decir que debía hablar conmigo sobre un asunto secreto. Me condujeron a su palacio; le dejé saber mi nacimiento; él me hizo ver que un israelita estaba muy por debajo de mi rango; se le hizo la propuesta a don Issacar de que me cediera a monseñor. Don Issacar, que es el banquero de la corte y hombre de crédito, no quiso saber nada de eso. El inquisidor lo amenazó con un auto de fe. Al fin mi judío, intimidado, regateó y llegó a un acuerdo según el cual la casa y yo pertenecemos en común a los dos. Así, al judío le corresponden los lunes, los miércoles y el día de Sabbat, y al inquisidor, los otros días de la semana. Este arreglo lleva ya seis meses, pero no sin disputas, porque a menudo no está claro si la noche del sábado al domingo le pertenece a la antigua o a la nueva alianza. En cuanto a mí, hasta ahora me he resistido a los dos, y creo que es por esta razón que ambos me siguen queriendo.

»Finalmente, para conjurar el flagelo de los terremotos y para intimidar a don Issacar, monseñor el inquisidor quiso celebrar un auto de fe. Me hizo el honor de invitarme. Me dieron un buen puesto; a las damas se les sirvieron refrescos entre la misa y la ejecución. Lo cierto es que yo me horroricé cuando vi quemar a esos dos judíos y al honesto vizcaíno que se había casado

con la comadre. ¡Pero cuál no sería mi sorpresa, mi espanto, mi agitación, cuando vi, metido en un sambenito y bajo una mitra, a una figura que se parecía mucho a Pangloss! Me froté los ojos, miré atentamente, vi que lo colgaban; caí desmayada. Estaba apenas recobrando el sentido cuando te vi desvestido, desnudo: este fue el colmo del horror, de la consternación, del dolor, de la desesperación. No miento si te digo que tu piel es todavía más blanca y más perfectamente encarnada que la de mi capitán de los búlgaros. Esta vista redobló todos los sentimientos que me embargaban, que me devoraban. Quise gritar, y quería exclamar: “¡deténganse, bárbaros!” pero la voz no me salió, y mis gritos habrían sido inútiles. Cuando te terminaron de azotar, me dije: “¿Cómo es posible que el amable Cándido y el sabio Pangloss estén en Lisboa, el uno para recibir cien latigazos, y el otro para ser ahorcado por orden de monseñor el inquisidor, quien tanto me quiere?”. Quiere decir entonces que Pangloss me engañó cruelmente cuando me decía que todo estaba bien en este mundo.

»Agitada, extraviada, a veces fuera de mí misma, otras dispuesta a morir extenuada, tenía la cabeza repleta de la masacre de mi padre, de mi madre, de mi hermano, de la insolencia cobarde de mi soldado búlgaro, de la cuchillada que me dio, de mi esclavitud, de mi oficio de cocinera, de mi capitán búlgaro, de mi villano don Issacar, de mi abominable inquisidor, del ahorcamiento del doctor Pangloss, de ese gran miserere en bajo continuo y contrapunto durante el cual vi que te azotaban, y sobre todo del beso que te había dado detrás del biombo el día que te vi por última vez. Alababa a Dios, que así te había devuelto a mí teniendo que pasar tantas pruebas. Le recomendé a la vieja que se encargara de curarte, y que te trajera aquí en cuanto fuera posible. Ha cumplido mi encargo muy bien. He experimentado el placer inestimable de volver a verte, de

oírte, de hablarte. Debes tener una hambre feroz; yo tengo mucho apetito; empecemos a cenar».

Y entonces ambos se sentaron a la mesa, y después de cenar regresaron al hermoso sofá del que ya hemos hablado; y ahí estaban cuando el señor don Issacar, uno de los dueños de la casa, llegó. Era el Sabbat. Venía a gozar de sus derechos y a expresar su tierno amor.

IX

LO QUE ACONTECIÓ CON
CUNEGUNDA, CON CÁNDIDO,
CON EL INQUISIDOR GENERAL Y
CON UN JUDÍO

Este Issacar era el hebreo más rabioso que se pudiera haber visto en Israel desde los tiempos del cautiverio en Babilonia. “¡Qué es esto, perra de Galilea! ¿No te basta con el señor inquisidor? ¿Tengo que compartirme también con este bribón?”. Y al decir esto sacó un gran puñal que siempre llevaba consigo, y como no creía que su adversa-

rio estuviera armado se arrojó contra Cándido. Pero la vieja le había dado una buena espada a nuestro buen westfaliano, junto con su traje completo, y por mucho que fuera de maneras suaves, dejó tendido en el suelo al israelita, muerto a los pies de la hermosa Cunegunda.

“¡Virgen santísima! –exclamó ella–. ¿Qué va a ser de nosotros ahora? ¡Un hombre muerto en mi casa! Si viene la justicia estamos perdidos”.

“Si no hubieran ahorcado a Pangloss –dijo Cándido–, él nos daría un buen consejo en este apuro, porque era un gran filósofo. A falta suya, consultemos a la vieja”.

Esta era muy prudente, y empezó a aconsejarlos, cuando se abrió otra puertecita. Había pasado una hora desde la medianoche y empezaba el domingo. Monseñor el inquisidor era el dueño de ese día. Al entrar vio a Cándido, el azotado, espada en mano, un muerto tendido en el suelo, a Cunegunda aterrada y a la vieja dándoles consejos.

Esto fue lo que en ese momento pasó por la mente de Cándido, y lo que pensaba: “Si este santo varón pide socorro, me hará quemar seguramente, y a lo mejor también a Cunegunda; ya me hizo azotar sin piedad; es mi rival; ya empecé a matar, mejor

IX

VOLTAIRE

no sopesarlo”. El razonamiento fue rápido y preciso. Sin dar tiempo al inquisidor de recobrarle de su sorpresa, lo atravesó de parte a parte, y lo arrojó al lado del judío.

“¡Lo que nos faltaba! –dijo Cunegunda–. Ya no hay quien nos perdone; estamos excomulgados y nos llegó la última hora. ¿Cómo has sido capaz, tú que naciste tan manso, de matar en dos minutos a un judío y un prelado?”.

“Mi bella señorita –respondió Cándido–, cuando uno está enamorado, celoso y azotado por la inquisición, se desconoce”.

La vieja tomó entonces la palabra y dijo:

“Hay tres caballos andaluces en las caballerizas, con sus sillal y sus riendas; que el valiente Cándido los prepare; la señora tiene escudos de oro y diamantes. Montemos rápido a caballo, así yo no pueda apoyarme sino en una nalga, y vayamos a Cádiz. Hace un tiempo magnífico y es un placer viajar con la frescura de la noche”.

Cándido ensilla de inmediato los tres caballos. Cunegunda, la vieja y él recorren 45 kilómetros de un solo tirón. Al tiempo que se alejan, la Santa Hermandad llega a la casa; entierran a monseñor en una suntuosa iglesia y a Issacar lo arrojan al muladar.

Cándido, Cunegunda y la vieja estaban ya en la pequeña población de Avacena, en medio de las montañas de la Sierra Morena, y hablaban como sigue en una taberna.

X

EN QUÉ APRIETOS LLEGARON A
CÁDIZ CÁNDIDO, CUNEGUNDA
Y LA VIEJA, Y DE CÓMO SE
LOGRARON EMBARCAR

“¿Quién pudo haberme robado mis escudos y mis diamantes? —decía llorando Cunegunda—. ¿De qué vamos a vivir ahora, cómo vamos a hacer? ¿Dónde voy a encontrar inquisidores y judíos que me den otros más?”.

“¡Ay! —dijo la vieja—, tengo muchas sospechas de un reverendo padre franciscano que durmió anoche en Badajoz en

el mismo albergue que nosotros. ¡Dios me libre de hacer una acusación temeraria! Pero entró dos veces en nuestro cuarto y se fue mucho antes que nosotros”.

“¡Ay! —dijo Cándido—, el buen Pangloss me había probado muchas veces que los bienes de este mundo pertenecen a todos los hombres, y que cada uno tiene iguales derechos sobre los mismos. Este fraile menor, siguiendo estos principios, debería habernos dejado al menos lo suficiente para terminar nuestro viaje. ¿De verdad no te queda nada de nada, mi hermosa Cunegunda?”.

“Ni un maravedí” —dijo ella.

“¿Qué hacemos entonces?” —preguntó Cándido.

“Vendamos un caballo —dijo la vieja—. Yo me monto a la grupa detrás de la señorita, aunque no pueda apoyarme sino sobre una nalga, y así llegamos a Cádiz”.

Había en la misma posada un prior de los benedictinos, el cual compró barato el caballo. Cándido, Cunegunda y la vieja pasaron por Lucena, por Chillas, por Lebrija, y al fin llegaron a Cádiz. Allí se estaba equipando una flota y reclutando tropas para ir a reducir a los reverendos padres jesuitas del Paraguay a quienes se acusaba de haber sublevado a una de sus hordas

x

VOLTAIRE

contra los reyes de España y Portugal, cerca de la ciudad de Santo Sacramento. Cándido, como ya había sido recluta de los búlgaros, hizo con tanta gracia los ejercicios bulgarescos frente al general del pequeño ejército, y con tal rapidez, destreza, arrojo, agilidad, que se le dio el mando de una escuadra de infantería. Ya es capitán; se embarca con la señorita Cunegunda, la vieja, dos criados y los dos caballos andaluces que habían pertenecido al señor inquisidor general de Portugal.

Durante toda la travesía discurrieron largamente sobre la filosofía del pobre Pangloss.

“Nosotros nos dirigimos hacia otro universo —decía Cándido—: seguramente es allá donde todo está bien. Porque hay que confesar que uno podría quejarse un poco de lo que sucede en el nuestro, desde el punto de vista físico y moral”.

“Yo te quiero con toda mi alma —decía Cunegunda—, pero todavía tengo el corazón traspasado por todo lo que he visto y sufrido”.

“Todo va a salir bien —replicaba Cándido—. El mar de este nuevo mundo es ya mejor que los mares de nuestra Europa; es más calmado, los vientos más constantes. Sin duda es en el nuevo mundo donde está el mejor de los universos posibles”.

“¡Dios lo quiera! —decía Cunegunda—, pero he sido tan horriblemente desgraciada en el mío que mi corazón está casi cerrado a la esperanza”.

“Ustedes se quejan —les dijo la vieja—, pero, ay, ustedes no han tenido desgracias como las mías”.

Cunegunda casi se echó a reír, pues le pareció gracioso que esa buena mujer pretendiera haber sido más desgraciada que ella.

“Ay, querida mía —le dijo ella—, a menos que te hayan violado dos búlgaros, que te hayan dado dos cuchilladas en el vientre, que te hayan demolido dos de tus castillos, que te hayan degollado ante tus ojos a dos padres y a dos madres, y que hayas

visto a dos de tus amantes azotados en un auto de fe, yo no veo cómo puedas competir conmigo. Añade a eso que nací baronesa, con setenta y dos ancestros demostrados, y me tocó ser cocinera”.

“Señorita –respondió la vieja–, usted ignora dónde nací yo. Y si yo le mostrara mi trasero, no hablaría como está hablando y suspendería el juicio”.

Esta réplica provocó gran curiosidad en el ánimo de Cunegunda y de Cándido. La vieja les habló en los siguientes términos.

x

VOLTAIRE

XI

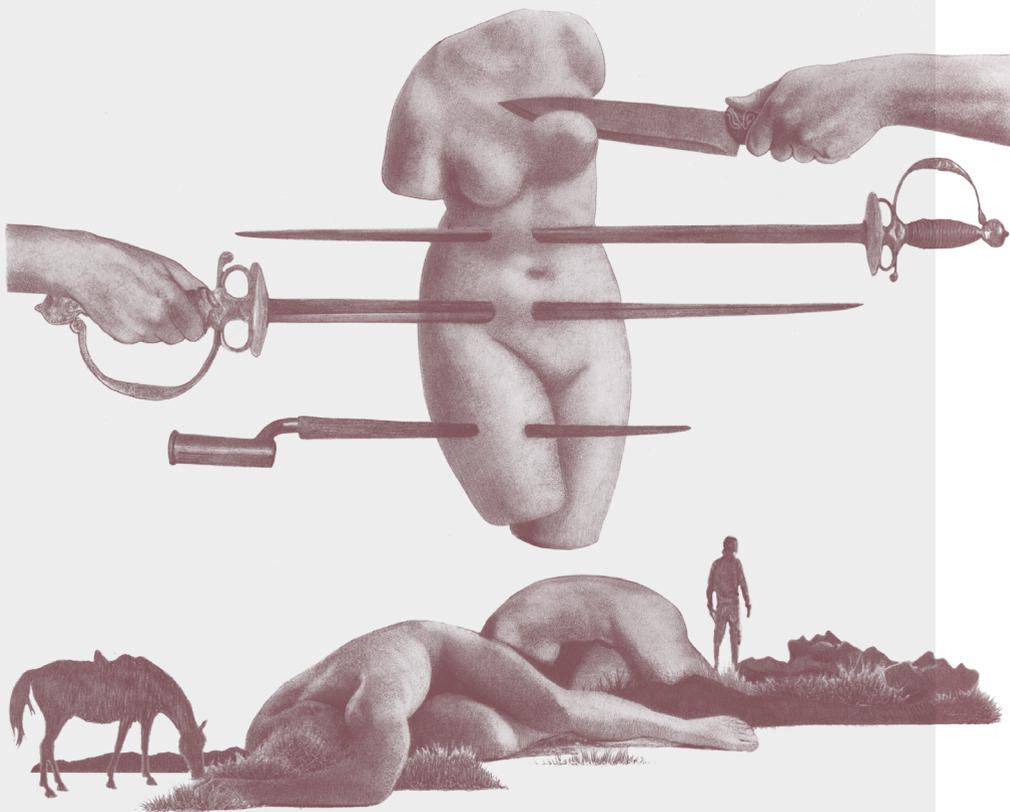
HISTORIA DE LA VIEJA

«No siempre tuve los párpados deformados ni los ojos ribeteados de escarlata; no siempre tuve la nariz pegada al mentón y no siempre fui sierva. Yo soy la hija del papa Urbano X⁵ y de la princesa de Palestrina. Él me crió hasta los catorce años en un palacio ante el cual todos los castillos de vuestros barones alemanes no les habrían

servido ni de caballeriza. Un solo vestido mío valía más que todas las magnificencias de Westfalia. Yo crecía en belleza, en gracia, en talentos, en medio de los placeres, los respetos y las esperanzas. Ya inspiraba amor; se formaba mi seno. ¡Y qué senos! Blancos, firmes, tallados como los de la Venus de Médici. ¡Y qué ojos, qué pestañas! ¡Qué negras las cejas! Las llamas que brillaban en mis dos pupilas hacían palidecer el brillo de las estrellas, como me decían los poetas del barrio. Las mujeres que me vestían y me desvestían caían en éxtasis al mirarme por delante y por detrás, y todos los hombres habrían querido estar en su lugar.

»Fui prometida a un príncipe soberano de Massa-Carrara. ¡Y qué príncipe! Tan bello como yo, lleno de dulzura y agrado, de ingenio brillante y ardiente de amor. Yo lo amaba como se ama la primera vez, con idolatría, con arrebatos. Se prepararon las nupcias con una pompa y una magnificencia inauditas; había

.....
⁵ Explica Frédéric Deloffre que en la primera edición de *Cándido*, Voltaire le dio al padre de la vieja el nombre de un papa real: Clemente XII. Después optó por un papa inexistente y de nombre inventado: Urbano X. Tal vez le pareció un riesgo inútil atribuirle a un papa conocido una hija bastarda.



fiestas, torneos, óperas bufas sin fin. Y toda Italia componía sonetos para mí, entre los cuales no hubo ni uno solo pasable. Se acercaba el momento de mi felicidad cuando una vieja marquesa que había sido amante de mi príncipe, lo invitó a tomarse un chocolate donde ella. Murió en menos de dos horas con unas convulsiones espantosas. Pero esto no es nada. Mi madre, desesperada, si bien menos afligida que yo, se quiso alejar por un tiempo de tan funesto lugar, y como tenía unas tierras hermosas cerca de Gaeta, nos embarcamos en una galera local, tan dorada como el altar de San Pedro de Roma. Fue entonces cuando un corsario de Salé nos persiguió hasta abordarnos. Nuestros soldados se defendieron como soldados del papa: se pusieron todos de rodillas y arrojaron las armas, rogándole al corsario que los absolviera *in articulo mortis*.

»De inmediato los despojaron de todo y los dejaron desnudos como monos, y a mi madre también, y a nuestras damas de honor también, y a mí también. Es una cosa admirable la diligencia con la que esos señores desnudan a la gente. Pero lo que más me sorprendió fue que estos señores nos metieron a todos el dedo por un lugar por el que nosotras las mujeres generalmente no nos dejamos meter sino supositorios. Esta ceremonia me pareció muy extraña: así es como juzga la gente todo cuando no se ha salido del país. Muy pronto me di cuenta de que esto se hacía para ver si no habíamos ocultado por allá algún diamante: esta es una costumbre establecida desde tiempos inmemoriales entre las naciones civilizadas que surcan los mares. He sabido que los señores religiosos caballeros de la orden de Malta nunca dejan de hacerlo cuando capturan a turcos o a turcas; es una ley del derecho de gentes que jamás se ha dejado de aplicar.

»No les voy a decir lo duro que fue para una joven princesa ser llevada como esclava a Marruecos con su madre. Ya se ima-

ginarán todo lo que tuvimos que sufrir en ese barco pirata. Mi madre era todavía muy bonita; nuestras damas de honor, nuestras mucamas más sencillas, tenían más encantos de los que se pueden encontrar en toda África. En cuanto a mí, arrasaba; yo era la belleza y la gracia al mismo tiempo; y era virgen. No lo seguí siendo mucho tiempo: esa flor que había sido reservada para el hermoso príncipe de Massa-Carrara, me fue arrebatada por el capitán de los corsarios, un negro abominable, que todavía creía que me estaba haciendo un gran honor. Es cierto que la señora princesa de Palestrina y yo teníamos que haber sido muy resistentes para haber aguantado lo que padecemos hasta que llegamos a Marruecos. Pero dejémoslo, son cosas tan comunes y corrientes que no vale la pena detenerse más en ellas.

»Marruecos estaba nadando en sangre cuando nosotras llegamos. Cincuenta hijos del emperador Mulei-Ismaíl tenía cada uno su propio partido. Esto producía en últimas cincuenta guerras civiles de negros contra negros, de negros contra morenos, de morenos contra morenos, de mulatos contra mulatos. Era una carnicería continua en toda la extensión del imperio.

»Apenas desembarcamos, unos negros de un bando enemigo al de mi corsario se presentaron para quitarle el botín. Después de los diamantes y del oro, nosotras éramos la parte más valiosa. Yo fui testigo de un combate de los que ustedes no verían nunca en los climas de Europa. Los pueblos septentrionales no tienen la sangre tan caliente, ni sienten por las mujeres ese furor que es común en África. Pareciera que ustedes los europeos tuvieran leche en las venas; corre ácido sulfúrico, corre fuego por las de los habitantes del monte Atlas y los países vecinos. Pelearon con el furor de los leones, de los tigres y de las serpientes del lugar, para decidir quiénes se quedarían con nosotras. Un moro agarró a mi madre por el brazo derecho mientras el lugar-teniente de mi capitán la sostenía por el izquierdo; un soldado

moro la cogió por una pierna mientras uno de nuestros piratas la agarraba por la otra. Nuestras muchachas, de un momento a otro, se encontraron casi todas jaladas del mismo modo por cuatro soldados. Mi capitán me protegía escondida detrás de él. Tenía empuñada la cimitarra e iba matando a todo lo que se enfrentara a su rabia. Finalmente vi a todas nuestras italianas y a mi madre desgarradas, cortadas, masacradas por los monstruos que se las disputaban. Mis compañeros cautivos, los que los habían secuestrado, soldados, marineros, negros, morenos, blancos, mulatos, y finalmente mi capitán, a todos los mataron. Y yo quedé moribunda sobre un montón de cadáveres. Escenas parecidas ocurrían, como bien se sabe, a lo largo y a lo ancho de una extensión de más de trescientas leguas, sin que nadie dejara de hacer, eso sí, las cinco oraciones diarias ordenadas por Mahoma.

»Con mucho trabajo me pude zafar de ese montón de cadáveres sangrantes y apiñados uno sobre otro, y me arrastré hasta debajo de un gran naranjo que estaba a la orilla de un riachuelo cercano. Ahí caí rendida de repugnancia, de cansancio, de horror, de desesperación y de hambre. Poco después, mis sentidos abrumados se entregaron a un sueño que tenía más de desvanecimiento que de descanso. Estaba en ese estado de letargo y de insensibilidad, entre la vida y la muerte, cuando sentí que me oprimía algo que se agitaba sobre mi cuerpo. Al abrir los ojos vi un hombre blanco de buen aspecto que suspiraba y decía entre dientes: *O che sciagura d'essere senza c...*»⁶.

.....

⁶ Oh, qué desgracia no tener c... En italiano en el original. (N. del. T.)

XII

CONTINUACIÓN DE LAS
DESGRACIAS DE LA VIEJA

«Sorprendida y contenta de oír la lengua de mi patria, y no menos extrañada por las palabras que pronunciaba este hombre, le contesté que había desgracias peores que esa de la que él se estaba quejando. Le informé en pocas palabras de los horrores padecidos por mí, y volví a desmayarme. Me llevó a una casa cercana, me hizo meter en

cama e hizo que me dieran de comer; me atendió, me consoló, me halagó, me dijo que nunca había visto nada tan bonito como yo, y que jamás había extrañado tanto aquello que ya nadie le podía devolver.

»“Yo nací en Nápoles —me dijo— en donde capan a dos o tres mil niños al año; unos se mueren, otros alcanzan una voz más suave que la de las mujeres, y a los demás los llevan a gobernar estados. Se me hizo esa operación con mucho éxito, y fui cantante en la capilla de la señora princesa de Palestrina”.

»“¿De mi madre!” —exclamé yo.

»“¿De su madre? —preguntó él, llorando—: Entonces, ¿sería usted esa princesita que yo eduqué hasta la edad de seis años, y que ya prometía ser tan bella como es ahora?”.

»“La misma. Y mi madre está a cuatrocientos pasos de aquí, descuartizada bajo un montón de cadáveres...”.

»Le conté todo lo que me había ocurrido; él también me contó sus aventuras, y me hizo saber de qué manera una potencia cristiana lo había enviado donde el rey de Marruecos para formalizar con este monarca un tratado por medio del cual se le suministrarían barcos, cañones y pólvora, de modo que pudiera a aniquilar el comercio de otros países cristianos.

» «Ya he cumplido con mi misión –me dijo este honesto eunuco–; voy a Ceuta a embarcarme, y puedo llevarla de regreso a Italia. *Ma che sciagura di essere senza c...!*”

»Le agradecí conmovida hasta las lágrimas, y en vez de llevarme a Italia, me condujo a Argel y me vendió al bey de esa provincia. Apenas me vendió, brotó en Argel con furor la misma peste que había dado la vuelta a África, a Asia y a Europa. A usted le han tocado terremotos, señorita, pero ¿alguna vez ha vivido la peste?».

«Jamás” –contestó la baronesa.

«Si la hubiera vivido –replicó la vieja– usted admitiría que es mucho peor que un temblor de tierra. La peste es muy común en África, y yo la contraí. Figúrese usted qué situación para la hija de un papa, a la edad de quince años, que en apenas tres meses haya sufrido la pobreza, la esclavitud, haya sido violada casi todos los días, haya visto descuartizar a su madre, que haya padecido el hambre y la guerra, y que se estaba muriendo apestada en Argel. A pesar de todo, la peste no me mató. Pero sí acabó con mi eunuco, con el bey, y con casi todo el harén de Argel.

»Cuando pasaron los primeros estragos de esa peste pavorosa, las esclavas del bey fueron puestas a la venta. Me compró un comerciante y me llevó a Túnez, donde me vendió a otro comerciante que me revendió en Trípoli; de Trípoli me revendieron para Alejandría, de Alejandría a Esmirna y de Esmirna a Constantinopla. Me terminó comprando un agá de los jenízaros a quien poco después le ordenaron que fuera a defender Azof de los rusos, que la estaban sitiando.

»El agá, un hombre muy galante, se llevó consigo todo su harén, y nos alojó en un pequeño fuerte sobre el Palus Meótides, al cuidado de dos eunucos negros y veinte soldados. Mataban rusos que era un prodigio, pero ellos pagaban con la misma moneda. Azof fue sometida a sangre y fuego, sin perdonar ni

el sexo ni la edad; lo único que quedaba era nuestro pequeño fuerte; los enemigos quisieron rendirnos por hambre. Los veinte jenízaros habían jurado que jamás se rendirían. El hambre extrema a la que estaban sometidos los obligó a comerse nuestros dos eunucos, con tal de no faltar al juramento. Al cabo de algunos días resolvieron comerse a las mujeres.

»Teníamos un imán muy piadoso y compasivo que les hizo un hermoso sermón mediante el cual los convenció de que no nos mataran por completo. “Córtenles –les dijo– solamente una nalga a cada una de estas señoras. Será una gran comilona; si hay que repetir, les pueden cortar la otra dentro de pocos días; el cielo no dejará de agradecer un acto tan caritativo, y vendrá en nuestra ayuda”.

»Era muy elocuente y logró persuadirlos. Se nos hizo esta terrible operación. El imán nos untó el mismo bálsamo que les echan a los niños después de circuncidarlos. Todas estuvimos a punto de morir.

»Los jenízaros estaban apenas terminando la comida que les habíamos suministrado cuando llegaron los rusos a bordo de unas balsas; no quedó ni un jenízaro. Los rusos ni se fijaron en el estado en que estábamos. Por todos lados hay cirujanos franceses. Uno de ellos, que era muy hábil, se encargó de nosotras. Él nos curó y yo me voy a acordar toda la vida de que, cuando mis llagas se cerraron bien, me hizo todo tipo de propuestas. Por lo demás, a todas nos trató de consolar; nos dijo que en muchos asedios habían sucedido cosas parecidas, y que esa era la ley de la guerra.

»En cuanto mis compañeras pudieron caminar, las mandaron a Moscú. Cuando nos repartieron, yo le toqué a un boyardo que me nombró jardinera suya y que me daba veinte latigazos diarios. Pero este señor, a los dos años, fue condenado a la rueda con treinta boyardos más, implicados en no sé qué intriga

cortesana, y yo aproveché las circunstancias. Me escapé; atravesé toda Rusia; fui largo tiempo camarera en una taberna de Riga, y luego en Rostock, en Vismar, en Leipsick, en Cassel, en Utrecht, en Leyden, en La Haya, en Rotterdam. Envejecí en la miseria y el oprobio, teniendo apenas la mitad del trasero, recordando siempre que era la hija de un papa. Mil veces quise matarme, pero seguía gustándome la vida. Esta debilidad ridícula es quizá una de las inclinaciones más funestas que tenemos: porque ¿habrá algo más tonto que querer seguir llevando a costas una carga que no vemos la hora de tirar al suelo?, ¿o que sentir horror de lo que somos y seguir apegados a ese ser?, o, en últimas, ¿seguir acariciando la serpiente que nos devora hasta que se nos coma el corazón?

»Yo vi en los países que la suerte me hizo recorrer, y en las tabernas donde serví, un increíble número de personas que aborrecían su propia existencia, pero si mucho alcancé a ver una docena que pusiera voluntariamente fin a su miseria: tres negros, cuatro ingleses, cuatro genoveses y un profesor alemán de nombre Robeck. Acabé siendo sirvienta donde el judío don Issacar; él me encargó que la cuidara a usted, mi querida señorita. Me entregué a su destino y me he ocupado más de sus asuntos que de los míos. Yo no le habría hablado jamás de mis desgracias, si usted no me hubiera retado un poco a hacerlo, y si no fuera costumbre que en los barcos se cuenten historias, para no aburrirse tanto. En fin, señorita, tengo experiencia, conozco el mundo; hágase un regalo y dese un gusto: pídale a cada pasajero que le cuente su historia; y si hay uno solo que no haya maldecido a menudo su vida, que no se haya dicho varias veces a sí mismo que él es el más infeliz de los hombres, entonces tírenme de cabeza en el mar».

XIII

DE CÓMO CÁNDIDO FUE
OBLIGADO A SEPARARSE
DE LA VIEJA Y DE LA BELLA
CUNEGUNDA

La bella Cunegunda, después de haber oído la historia de la vieja, tuvo con ella todas las atenciones que se deben a una persona de su rango y de su mérito. Aceptó la propuesta e invitó a todos los pasajeros, uno tras otro, a contar sus aventuras. Cándido y ella tuvieron que confesar que la vieja tenía razón.

“Es de verdad una lástima —decía Cándido—, que hayan colgado al sabio Pangloss, de un modo tan insólito, en un auto de fe. Él nos podría decir cosas admirables sobre los males físicos y morales que cubren la tierra y el mar, y yo tendría ahora el valor para atreverme a hacerle, respetuosamente, algunas objeciones”.

A medida que cada uno contaba su historia, el barco avanzaba. Llegaron a Buenos Aires. Cunegunda, el capitán Cándido y la vieja fueron donde el gobernador Don Fernando de Ibarra, y Figueroa, y Mascarenes, y Lampourdos, y Souza. Este señor tenía la arrogancia precisa que corresponde a una persona con tantos apellidos. Hablaba a los hombres con el más noble desdén, alzando tanto la nariz, elevando tan despiadadamente la voz, usando un tono tan imponente, adoptando unos movimientos tan altivos, que todos aquellos que lo saludaban se morían de ganas de molerlo a golpes. Le gustaban las mujeres con locura. Le pareció que Cunegunda era lo más hermoso que había visto en su vida. Lo primero que hizo fue preguntar si ella no era la mujer del capitán. Hizo la pregunta de tal forma que Cándido se sintió incómodo: no se atrevió a decirle que ella era su mujer, porque en efecto no lo era; no osó decirle que era su hermana, porque tampoco lo era, y si bien esta última mentira

oficiosa había estado en otros tiempos muy de moda entre los antiguos, y aunque podría seguir siendo muy útil para los modernos, su alma era demasiado pura para traicionar la verdad.

“La señorita Cunegunda –dijo él– va a hacerme el honor de casarse conmigo, y nosotros suplicamos a Su Excelencia que se digne officiar nuestras nupcias”.

Don Fernando de Ibarra, y Figueroa, y Mascarenes, y Lam-pourdos, y Souza, se atusó los bigotes, sonrió amargamente y ordenó al capitán Cándido que fuera a pasar revista a su compañía. Cándido obedeció; el gobernador se quedó con la señorita Cunegunda. Le declaró su pasión, le prometió que se casaría con ella al día siguiente por la Iglesia, por lo civil o de la forma que más le gustara a una joven con tantos encantos. Cunegunda le pidió un cuarto de hora para recogerse, para consultarlo con la vieja y tomar una decisión.

La vieja le dijo a Cunegunda:

“Señorita, usted tiene setenta y dos ancestros demostrados, y no tiene ni un centavo; de usted sola depende ser la esposa del señor más importante de la América meridional, que tiene unos bigotes estupendos. ¿Pretende usted aparentar una fidelidad a toda prueba? Usted fue violada por los búlgaros; un judío y un inquisidor pudieron disfrutar de sus favores: las desgracias conceden derechos. Le confieso que, si yo estuviera en su lugar, no tendría ningún escrúpulo en casarme con el señor gobernador y en conseguir que el señor capitán Cándido se vuelva rico”.

Mientras la vieja hablaba con toda la prudencia que dan la edad y la experiencia, se vio entrar un pequeño barco en el puerto. Venían en él un alcalde y algunos alguaciles, y esto fue lo que pasó.

La vieja había adivinado correctamente que había sido un franciscano de manga ancha el ladrón de las joyas y el dinero de

Cunegunda en la ciudad de Badajoz, cuando escapaba a toda prisa con Cándido. Ese monje le quiso vender algunas de las piedras preciosas a un joyero. El comerciante las reconoció y se dio cuenta de que estas eran del inquisidor general. El franciscano, antes de que lo colgaran, confesó que las había robado; indicó las personas y el camino que ellas habían tomado. Ya se sabía de la fuga de Cándido y de Cunegunda. Los siguieron a Cádiz; sin perder tiempo se envió un barco a que los persiguiera. El barco ya estaba en el puerto de Buenos Aires. Corrió la voz de que un alcalde iba a desembarcar, y que se perseguía a los asesinos de monseñor el inquisidor general. La prudente vieja se dio cuenta al instante de lo que había que hacer.

“Ya no puede escapar –le dijo a Cunegunda–, ni tiene nada que temer. Usted no mató a monseñor y además el gobernador, con lo enamorado que está, no va a permitir que la maltraten. Quédese aquí”.

Salió corriendo adonde estaba Cándido:

“Tienes que escapar ahora mismo –le dijo–, o dentro de una hora te estarán quemando”.

No se podía perder ni un instante, pero ¿cómo separarse de Cunegunda y dónde refugiarse?

XIV

DE CÓMO CÁNDIDO Y CACAMBO
FUERON RECIBIDOS POR LOS
JESUITAS DE PARAGUAY

Cándido se había traído de Cádiz un criado de los que es fácil encontrar en las costas de España y en las colonias. Tenía un cuarto de español, hijo de un mestizo en Tucumán. Había sido monaguillo, sacristán, marinero, monje, mandadero, soldado, lacayo. Se llamaba Cacambo y quería mucho a su amo porque su amo era un hombre muy bueno.

Este ensilló a toda velocidad los dos caballos andaluces:

“Vámonos, patrón, sigamos el consejo de la vieja; larguémonos y corramos sin mirar hacia atrás”.

Cándido derramó lágrimas.

“¡Oh, mi querida Cunegunda! ¡Tengo que abandonarte en el mismo momento en que el gobernador iba a casarnos! ¡Ah, mi Cunegunda, a quien traje desde tan lejos! ¿Qué será de ti?”.

“Ella será lo que pueda –dijo Cacambo–; las mujeres siempre se las arreglan. Dios proveerá. Corramos”.

“¿Adónde me llevas, adónde vamos? ¿Qué vamos a hacer sin Cunegunda?” –decía Cándido.

“Por Santiago de Compostela –dijo Cacambo–, usted iba a pelear contra los jesuitas; ahora vamos a pelear del lado de ellos. Conozco bien los caminos y voy a llevarlo al reino de ellos; estarán encantados de tener un capitán que haga entrenamientos a la búlgara. Se va a volver inmensamente rico. Cuando uno no encuentra en un mundo lo que le conviene, lo encuentra en otro. No hay nada mejor que ver y hacer cosas distintas”.

“¿Así que ya has estado en Paraguay?” –preguntó Cándido.

“Por supuesto –dijo Cacambo–; yo fui pinche de cocina en el colegio de la Asunción. Y conozco los territorios de Los Padres

XIV

VOLTAIRE

tan bien como las calles de Cádiz. Hay una cosa admirable en estas reducciones de indios. El reino tiene ya más de trescientas leguas de diámetro; está dividido en treinta provincias. Los Padres son los dueños de todo, y el pueblo de nada; es la obra maestra de la razón y de la justicia. Para mí, yo no conozco nada tan divino como Los Padres, que pelean aquí la guerra contra el rey de España y el rey de Portugal, y allá en Europa confiesan a esos mismos reyes; que aquí matan españoles y en Madrid los mandan al cielo: esto me encanta. Vámonos, que usted va a ser el hombre más feliz del mundo. ¡Qué gusto les va a dar a Los Padres cuando sepan que les llega un capitán que sabe los entrenamientos búlgaros!”.

Cuando llegaron a la primera barrera, Cacambo le dijo al primer centinela que un capitán solicitaba hablar con monseñor el comandante. Fueron a avisar a la guardia mayor. Un oficial paraguayo corrió a los pies del comandante para dar el parte de novedad. De entrada desarmaron a Cándido y a Cacambo; los despojaron de los dos caballos andaluces. Luego los hicieron pasar por la mitad entre dos filas de soldados; al fondo estaba el comandante con su tricornio en la cabeza, el hábito arremangado, la espada en la cintura y una pica en la mano. A una señal suya veinticuatro soldados rodean de inmediato a los recién llegados. Un sargento les dice que deben esperar, que con el comandante no pueden hablar pues el reverendo padre provincial no deja que ningún español abra la boca, a no ser en presencia suya, y que tampoco se le permite quedarse más de tres horas en el país.

“¿Y dónde está –dijo Cacambo– el reverendo padre provincial?”.

“Fue a pasar revista después de decir misa –contestó el sargento–. Y antes de tres horas no va a ser posible que ustedes le besen las espuelas”.

“Pero –dijo Cacambo– aquí mi capitán, que está tan muerto de hambre como yo, no es para nada español, es alemán.

¿No podríamos al menos almorzar mientras esperamos a Su Reverencia?”.

El sargento se precipitó de inmediato a dar cuenta de este asunto al comandante.

“¡Alabado sea Dios! —dijo este señor—; puesto que es alemán, puedo hablar con él; que lo lleven a mi enramada”.

De inmediato condujeron a Cándido a un recinto umbroso rodeado de verdor, adornado con una preciosa columnata de mármol verde y dorado rodeada de mallas que encerraban periquitos, colibríes, pájaros mosca, gallinetas pintas, y montones de otros pájaros raros. Se había dispuesto un excelente almuerzo en bandejas de oro, y mientras los paraguayos comían maíz en sus escudillas de madera, a pleno sol, en el campo abierto, el reverendo padre comandante entró en la enramada.

Era este un joven buenmozo, de cara llena, muy blanco, de color subido, de cejas arqueadas, ojos vivos, orejas coloradas, labios rojos, aire altivo, aunque con una altivez que no parecía ni de español ni de jesuita. Se les devolvieron a Cándido y a Cacambo las armas que les habían quitado, así como los dos caballos andaluces. Cacambo les dio avena al pie de la enramada, sin quitarles el ojo de encima, por miedo a una sorpresa.

Cándido empezó por besar el ruedo de la sotana del comandante, y enseguida se sentaron a la mesa.

“Así que usted es alemán” —le dijo el jesuita en esta lengua.

“Sí, mi reverendo padre” —dijo Cándido.

Uno y otro, al decir estas palabras, se miraban con una extrema sorpresa y con una emoción que eran incapaces de dominar.

“¿Y de qué parte de Alemania es usted?” —preguntó el jesuita.

“De la sucia provincia de Westfalia —dijo Cándido—; yo nací en el castillo de Thunder-ten-tronckh”.

“¡Oh, cielos! ¿Será posible?” —exclamó el comandante.

“¡Qué milagro!” —exclamó Cándido.

“¿Sería usted?” —dijo el comandante.

“No es posible” —dijo Cándido.

Los dos estuvieron a punto de irse de espaldas, pero cayeron en brazos el uno del otro, se abrazaron, dejaron chorrear ríos de lágrimas.

“¡Cómo! ¿Sería usted, Reverendo Padre, usted, el hermano de Cunegunda, usted, el que mataron los búlgaros, usted, el hijo del señor barón, usted, ahora, jesuita en Paraguay? Hay que decir que este mundo es una cosa muy extraña. ¡Ah, Pangloss, Pangloss! ¡Qué contento estarías si no te hubieran colgado!”.

El comandante hizo salir a los esclavos negros y a los paraguayos que les servían bebidas en copones de cristal de roca. Agradeció mil veces a Dios y a san Ignacio; estrechó a Cándido entre sus brazos; sus mejillas estaban bañadas en llanto.

“Hay algo que lo va a sorprender más y a conmover más, algo que lo va a impresionar y a sacar de sí mismo —dijo Cándido—. Su hermana, la señorita Cunegunda, a quien usted habrá visto destripada, está en perfecta salud”.

“¿Dónde?”.

“Cerca de aquí, en casa del señor gobernador de Buenos Aires. Y yo venía a pelear la guerra contra ustedes”.

Cada palabra que decían en esta larga conversación iba acumulando un prodigio sobre otro. El alma entera de ambos volaba hasta su lengua, estaba atenta en sus orejas y brillaba en sus ojos. Como eran alemanes, estuvieron mucho tiempo en la mesa, esperando al reverendo padre provincial. Y el comandante habló así a su querido Cándido.

XV

DE CÓMO CÁNDIDO MATÓ AL
HERMANO DE SU QUERIDA
CUNEGUNDA

llevarnos a enterrar en una capilla de los jesuitas, a dos leguas del castillo de mis padres. Un jesuita nos echó agua bendita; estaba horriblemente salada; algunas gotas me cayeron en los ojos; el padre se dio cuenta de que mis párpados hicieron un leve movimiento: puso la mano sobre mi corazón y lo sintió palpar. Me socorrieron y de ahí a tres semanas estaba curado. Usted sabe, mi querido Cándido, que yo era muy bien parecido. Quedé mejor después y fue así que el reverendo padre Croust⁷, superior de la casa, sintió por mí la más amistosa ternura. Me dio los hábitos de novicio y un poco después me mandaron a Roma. El padre general necesitaba reclutar a jóvenes jesuitas alemanes. Los soberanos del Paraguay acogen lo menos que pueden a jesuitas españoles; les gustan más los extranjeros, a los que creen poder mandar mejor. El padre general consideró que yo era adecuado para venir a trabajar en esta viña. Fue así como partimos un polaco, un tirolés y yo. Me honraron, al llegar, nombrándome diácono y teniente; al día de hoy he llegado a coronel y a sacerdote. Vamos a recibir enérgicamen-

.....

⁷ Voltaire tuvo una agria disputa con un jesuita que llevaba este mismo apellido, en 1754.

“Toda la vida voy a tener presente en la memoria el día horrible en que vi matar a mi padre y a mi madre, y violar a mi hermana. Cuando los búlgaros se retiraron, al no encontrar nunca más a esa hermana adorable, nos pusieron en una carreta a mi madre, mi padre y a mí, además de dos criadas y de tres niños degollados, para

XV

VOLTAIRE

te a las tropas del rey de España; yo mismo respondo cuando digo que las vamos a vencer y a excomulgar. Pero ¿es de verdad seguro que mi querida hermana Cunegunda esté cerca de aquí, donde el gobernador de Buenos Aires?”. Cándido le juró que no había nada más cierto, y corrieron otra vez las lágrimas por las mejillas de ambos.

El barón no podía dejar de abrazar a Cándido, y lo llamaba su hermano, su salvador.

“¡Ah, mi querido Cándido! A lo mejor –le decía– los dos podamos entrar juntos, como vencedores, en la ciudad, y recuperar a mi hermana Cunegunda”.

“Es lo que yo más deseo –dijo Cándido–, pues contaba con casarme con ella, y todavía lo espero”.

“¿Cómo? ¿Tú? ¡Insolente! –respondió el barón–, tú tendrías el descaro de casarte con mi hermana, jella que tiene setenta y dos ancestros demostrados! Qué osadía atreverse a proponer siquiera unos planes tan temerarios”.

Cándido, petrificado ante estas palabras, le respondió:

“Mi reverendo padre, todos los ancestros del mundo no importan nada: yo salvé a su hermana de los brazos de un judío y de un inquisidor. Está muy agradecida y quiere casarse conmigo. El maestro Pangloss siempre me dijo que los hombres son iguales, así que me caso con ella con seguridad”.

“¡Eso habrá que verlo, idiota!” –dijo el jesuita barón de Thunder-ten-tronckh, y al mismo tiempo le dio en la cara un gran planazo con la espada.

Cándido, al instante, saca la suya y la hunde hasta la empuñadura en el vientre del barón jesuita, pero al sacarla, humean todavía, se puso a llorar:

“¡Ay, Dios mío! –dijo–, acabo de matar a mi antiguo amo, a mi amigo, a mi cuñado. Yo soy el mejor hombre del mundo, y ya he matado a tres, y de los tres, dos curas”.

Cacambo, que vigilaba a la puerta de la enramada, se acercó.

“No nos queda de otra que vender cara nuestra vida –le dijo su patrón–; no hay duda de que van a entrar en la enramada; hay que morir con las armas en la mano”.

Cacambo, que había visto muchas como esta, no perdió la cabeza. Cogió el hábito de jesuita que llevaba el barón, se lo puso encima a Cándido, le dio el bonete del muerto, y lo hizo montar a caballo. Todo esto se hizo en un parpadeo.

“Al galope, patrón; todo el mundo creerá que usted es un jesuita que va a dar órdenes; vamos a estar más allá de la frontera antes de que puedan correr a alcanzarnos”.

Y ya volaba al tiempo que pronunciaba estas palabras, gritando en español:

“¡Paso, denle paso al reverendo padre coronel!”.

XVI

DE LO QUE ACONTECIÓ A
LOS DOS VIAJEROS CON DOS
MUCHACHAS, DOS MICOS Y LOS
SALVAJES LLAMADOS OREJONES

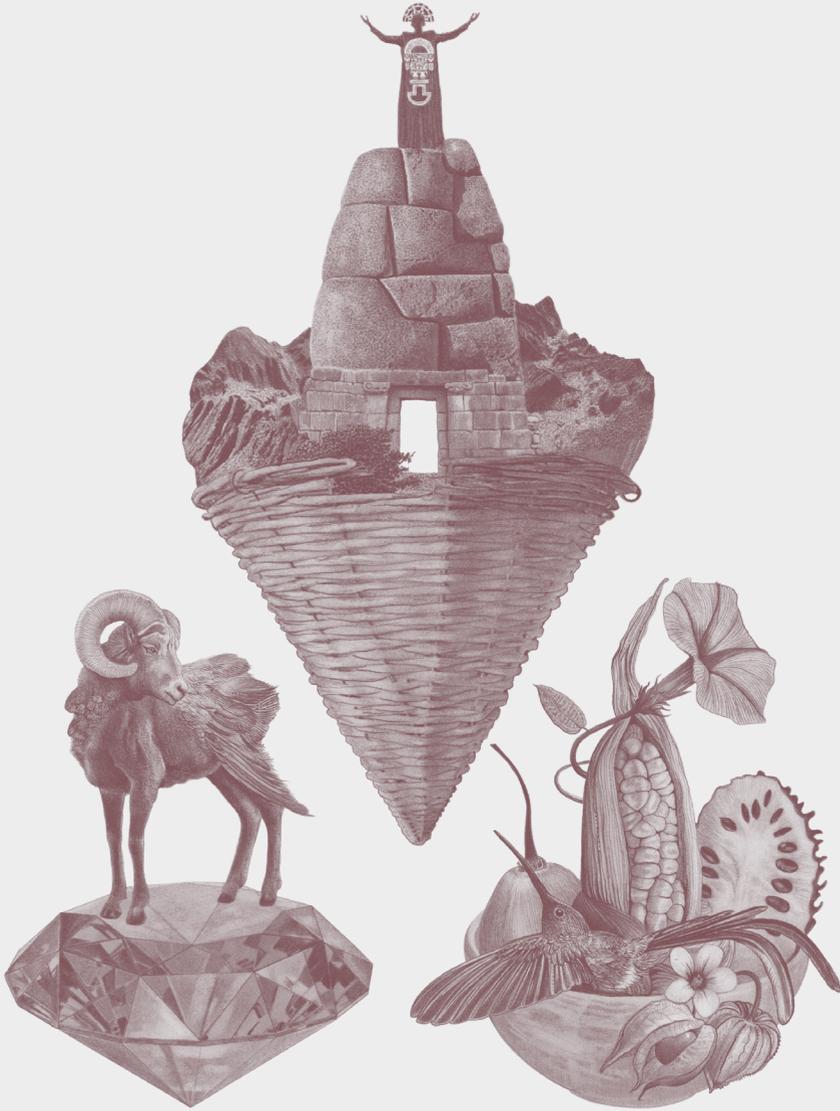
Cándido y su criado estaban al otro lado de las barreras, y nadie se había dado cuenta todavía en el campamento de la muerte del jesuita alemán. El muy despierto Cacambo había tenido la precaución de llenar las alforjas de pan, de chocolate, de jamón, de frutas, y de una cierta cantidad de vino.

Se fueron adentrando, con sus caballos andaluces, en un país desconocido y sin caminos, por mucho que los buscaron. Finalmente se abrió ante ellos una hermosa pradera surcada por arroyos. Nuestros dos viajeros dejaron que sus caballos pastaran. Cacambo le propone a su amo que coman y empieza a darle ejemplo.

“¿Cómo se te ocurre—decía Cándido— que yo coma jamón, si acabo de matar al hijo del señor barón y ya me veo condenado a no volver a ver a la hermosa Cunegunda nunca más en mi vida? ¿De qué me sirve prolongar mis miserables días, si debo arrastrarlos lejos de ella, viviendo en el remordimiento y la desesperación? ¿Qué no irá a decir el periódico de Trévoux?”⁸.

Mientras decía esto, no dejaba de comer. Iba cayendo el sol; los dos extraviados empezaron a oír unos gritos como de mujeres. No sabían si esos gritos eran de dolor o de gusto, pero ambos se levantaron rápidamente, con esa alarma que inspiran todas las cosas en un país desconocido. Los clamores venían de dos muchachas completamente desnudas que corrían ligero

.....
⁸ El *Journal de Trévoux* era el periódico de los jesuitas, el mismo que había atacado a Voltaire cuando este, a partir de 1750, se acercó a los enciclopedistas.



por el borde de la pradera, al tiempo que dos micos las seguían y les mordían las nalgas. A Cándido le dio pesar de ellas. Él había aprendido a disparar con los búlgaros y era capaz de darle a una avellana en un arbusto sin tocar ni una hoja. Cogió su fusil español de dos cañones, disparó, y mató los dos micos.

“¡Alabado sea Dios, mi querido Cacambo! He librado de un gran peligro a esas pobres criaturas. Si cometí un pecado al matar a un inquisidor y a un jesuita, acabo de redimirme salvándoles la vida a dos muchachas. Puede que sean dos jovencitas de buena familia, y esta aventura nos traiga muchas ventajas en el país”.

Iba a seguir, pero la lengua se le paralizó cuando vio a las dos jóvenes besar tiernamente a los dos micos, deshacerse en lágrimas sobre sus cuerpos y llenar el aire con los gritos más dolorosos.

“Yo no me esperaba tanta bondad” –le dijo al fin a Cacambo, que le contestó:

“Qué obra maestra acaba de hacer ahí, patrón. Acaba de matar los dos amantes de estas señoritas”.

“¿Amantes? ¿Cómo es posible? No te burles de mí, Cacambo. ¿Quién te va a creer?”.

“Mi querido patrón –contestó Cacambo–, usted se maravilla de cualquier cosa. ¿Qué tiene de raro que en algunos países haya micos que consigan los favores de las señoras? Tienen un cuarto de humano, así como yo tengo un cuarto de español”.

“¡Pues mira! –siguió Cándido–, me acuerdo de haberle oído decir a mi maestro Pangloss que en otros tiempos ocurrían casos parecidos, y que de esas mezcolanzas habían salido los egipanos, los faunos y los sátiros; que muchos grandes personajes de la antigüedad los habían visto, pero yo creía que aquello eran puras fábulas”.

“Ahora usted debe haberse convencido –dijo Cacambo– de

que es verdad. Ya ve usted cómo se portan las personas que no han recibido cierta educación. Lo que temo es que estas damas nos metan en un lío”.

Estas sólidas reflexiones convencieron a Cándido de que era mejor dejar la pradera para adentrarse en un bosque. Allí cenó con Cacambo. Y los dos, después de haber maldecido al inquisidor de Portugal, al gobernador de Buenos Aires y al barón, durmieron sobre el musgo. Cuando se despertaron, se dieron cuenta de que no podían moverse; la razón era que durante la noche los orejones, habitantes del país, a quienes las dos jóvenes los habían denunciado, los habían amarrado con cuerdas hechas de corteza de árbol. Estaban rodeados por unos cincuenta orejones totalmente desnudos, armados de flechas, mazas y hachas de piedra. Unos ponían a hervir un gran caldero; otros preparaban chuzos para asar y todos gritaban: “¡Es un jesuita, es un jesuita! Nos vamos a vengar con muy buena comida: ¡comamos jesuita, comamos jesuita!”.

“Ya le había yo advertido, mi querido patrón –exclamaba tristemente Cacambo–, que esas dos muchachas nos iban a meter en un lío”.

Cándido, notando el caldero y los chuzos, se lamentaba:

“Seguramente nos van a asar, o a hervir. Ah, ¿qué diría el maestro Pangloss si viera cómo es la naturaleza en estado puro? Todo está bien; bueno, pero confieso que es bastante cruel haber perdido a la señorita Cunegunda y también que lo asen a uno los orejones”.

Cacambo no perdía nunca la cabeza:

“No se desespere –le dijo al desolado Cándido–. Yo medio entiendo la jerga de estos pueblos, y voy a hablar con ellos”.

“No dejes de hacerles ver –dijo Cándido– que es espantosamente inhumano cocinar personas, y muy poco cristiano”.

“Señores –dijo Cacambo–, ¿ustedes cuentan con comerse hoy

un jesuita, no? Muy bien hecho; no hay nada más justo que tratar así a los enemigos. En efecto, el derecho natural nos enseña a matar al prójimo y de este modo se hace en toda la tierra. Si nosotros no acostumbramos ejercer el derecho de comérmolos, es porque disponemos de otros buenos productos para comer bien; pero ustedes no tienen los mismos recursos que nosotros. Más vale ciertamente comerse a los enemigos que dejar a la merced de cuervos y buitres los frutos de la victoria. Pero, señores, a ustedes no les gustaría comerse a sus amigos. Ustedes creen que van a poner un jesuita en el asador, y él es el que los defiende, es al enemigo de sus enemigos a quien ustedes van a asar. En cuanto a mí, yo nací en este país. El señor que ven aquí es mi patrón y, no solo no es jesuita, sino que acaba de matar un jesuita, y lleva puestos sus despojos: así que ustedes cometen un error. Si quieren comprobar lo que les digo, cojan su sota-na, llévenla hasta la primera barrera del reino de Los Padres; infórmense si mi patrón mató o no a un oficial jesuita. No van a tardar mucho; y nos van a poder comer de todos modos si se dan cuenta de que les he mentado. Pero si les he dicho la verdad, ustedes conocen muy bien los principios del derecho público, las leyes y las costumbres, para no concedernos la gracia”.

A los orejones les pareció muy razonable este discurso y delegaron a dos notables para que hicieran la diligencia de informarse de la verdad. Los dos delegados desempeñaron su comisión como personas inteligentes, y regresaron pronto trayendo buenas noticias. Los orejones desamarraron a los dos prisioneros, les hicieron toda clase de atenciones, les ofrecieron muchachas, les dieron refrescos, y los acompañaron hasta los límites de su territorio, gritando con alegría: “¡No es jesuita, no es jesuita!”.

Cándido no paraba de ponderar el motivo de su liberación: “¡Qué pueblo admirable –decía–, qué hombres, qué costum-

bres! Si yo no hubiera tenido la fortuna de haber atravesado con la espada el cuerpo del hermano de la señorita Cunegunda, me habrían comido sin remedio. Pero, después de todo, la naturaleza en estado puro es buena, ya que esta gente aquí, en lugar de comerme, me llenó de atenciones desde que supieron que no era jesuita”.

XVII

LLEGADA DE CÁNDIDO Y DE SU
CRIADO AL PAÍS DE ELDORADO, Y
LO QUE VIERON ALLÁ

Cuando llegaron a la frontera de los orejones, Cacambo le dijo a Cándido:

“Ya ve usted que en este hemisferio las cosas no van mejor que en el otro: créame, volvamos a Europa por el camino más corto”.

“¿Y cómo volver –dijo Cándido–, y adónde ir? Si vuelvo a mi país, los búlgaros y los

ávaros nos degüellan; si regreso a Portugal, me queman; si nos quedamos en este país, corremos el riesgo de que en cualquier momento nos asen vivos. Y además, ¿quién es capaz de irse de la parte del mundo en donde vive la señorita Cunegunda?”.

“Vayamos a la Cayena –dijo Cacambo–, allá seguro encontramos franceses, que se mueven por el mundo entero; podrían ayudarnos. Tal vez Dios se apiade de nosotros”.

No era fácil ir a la Cayena: a duras penas sabían hacia qué lado debían encaminarse, pero las montañas, los ríos, los precipicios, los bandidos, los salvajes, eran por todas partes obstáculos terribles. Los caballos se reventaron de cansancio; las provisiones se acabaron; tuvieron que alimentarse todo un mes de frutos silvestres, y al fin se encontraron frente a un riachuelo bordeado de palmas de coco, los cuales nutrieron sus vidas y sus esperanzas.

Cacambo, que daba siempre tan buenos consejos como la vieja, le dijo a Cándido:

“Ya no podemos más, hemos andado mucho; estoy viendo una canoa vacía en la orilla; llenémosla de cocos, metámonos en ella, dejémosnos llevar por la corriente; un río lleva siempre a un lugar habitado. Si no encontramos nada agradable, por lo menos encontraremos algo distinto”.

VXII

VOLTAIRE

“Vamos –dijo Cándido– y encomendémonos a la Providencia”.

Bogaron unas cuantas leguas entre riberas a veces florecidas, a veces áridas, a veces estrechas, a veces escarpadas. El río se iba ensanchando poco a poco y al fin se escondió bajo una bóveda de rocas espantosas, que se elevaban hasta el cielo. Los dos viajeros tuvieron el valor de abandonarse a la corriente bajo esa bóveda. El río, encerrado en este estrecho, los arrastró con una rapidez y un ruido espantosos. Después de veinticuatro horas volvieron a ver la luz del día, pero su canoa se despedazó contra los escollos. No tuvieron más remedio que dejarse arrastrar de roca en roca por una legua entera, y al fin descubrieron un inmenso horizonte rodeado de montañas inaccesibles. El lugar estaba cultivado tanto para el placer como para la necesidad; por todos lados se unían lo útil con lo agradable. Los caminos estaban ocupados, o más bien adornados, por coches espléndidos en la forma y en el material de que estaban hechos; los ocupaban hombres y mujeres de una belleza excepcional, y eran tirados ágilmente por una especie de carneros rojizos⁹ que aventajarían en velocidad a los mejores caballos de Andalucía, de Tetuán o de Mequinez.

“He aquí, pues –dijo Cándido–, un país mejor que Westfalia”.

Puso pie en tierra, con Cacambo, en las cercanías del primer pueblo que encontraron. Algunos niños del pueblo, cubiertos de brocados de oro deshilachados, jugaban tejo a la entrada del lugar. Nuestros dos hombres del otro mundo se entretuvieron mirándolos jugar. Sus tejos eran grandes planchas redondas, amarillas, rojas, verdes, que despedían un extraño destello. A los viajeros les dieron ganas de recoger algunos; tenían oro, esmeraldas, rubíes, y el más pequeño de todos habría sido el adorno más grande del trono del Mogol.

.....

⁹ Así se refiere Voltaire a las llamas, de las que había leído que eran “del color de las rosas secas”.

“Sin duda –dijo Cacambo– estos niños son los hijos del rey del país, que juegan al tejo”.

El maestro del pueblo apareció en ese momento para hacerlos volver a la escuela.

“Ahí tienes –dijo Cándido–, al preceptor de la familia real”.

Los andrajositos suspendieron el juego de inmediato, dejando regados los tejuelos y todo lo que habían usado para divertirse. Cándido corrió a recogerlos y fue donde el preceptor a entregárselos humildemente, haciéndole entender por señas que Sus Altezas Reales habían olvidado el oro y las pedrerías. El maestro del pueblo, sonriendo, los tiró al suelo, miró por un momento la figura de Cándido con bastante extrañeza, y siguió su camino.

Los viajeros se pusieron a recoger el oro, los rubíes y las esmeraldas.

“¿Dónde estamos? –exclamó Cándido–. Se nota que educan muy bien a los hijos de los reyes de este país, pues les enseñan a menospreciar el oro y las piedras preciosas”.

Cacambo estaba tan admirado como Cándido. Luego se acercaron a la primera casa del pueblo que estaba construida como un palacio de Europa. Un gentío se agolpaba a la puerta, y adentro había aún más. Se podía oír una música muy agradable y les llegaba un delicioso olor de cocina. Cacambo se acercó a la puerta y oyó que hablaban peruano, su lengua materna, pues todo el mundo sabe que Cacambo había nacido en Tucumán, en un pueblo donde no se hablaba sino esta lengua.

“Voy a servirle de intérprete –le dijo a Cándido–. Entremos aquí, que es una taberna”.

De inmediato dos muchachos y dos muchachas de la fonda, vestidos con telas de oro y el cabello anudado con cintas, los invitan a sentarse a la mesa principal. Se sirvieron cuatro potajes, adobados cada uno con dos loros, un cóndor hervido

que pesaba doscientas libras, dos micos asados de excelente gusto, trescientos colibríes en una bandeja y seiscientos pájaros mosca en otra; guisos exquisitos, pasteles deliciosos y todo dispuesto en recipientes de una especie de cristal de roca. Los jóvenes y las muchachas de la fonda les iban sirviendo al mismo tiempo distintos licores hechos con caña de azúcar.

Los comensales eran en su mayoría comerciantes y cocheros, todos de una extraordinaria gentileza, los cuales le hicieron a Cacambo una que otra pregunta, con la más decorosa discreción, al tiempo que respondían a las suyas de un modo satisfactorio.

Cuando la comida terminó, Cacambo creyó, y lo mismo Cándido, que podían pagar su parte poniendo sobre la mesa del anfitrión dos de las grandes piezas de oro que habían recogido. El hostelero y su mujer soltaron una carcajada, y así siguieron un rato sin poder contener la risa. Al fin se repusieron:

“Señores –dijo el hostelero–, se nota muy bien que ustedes son extranjeros; no estamos acostumbrados a verlos por aquí. Perdónennos si nos echamos a reír cuando quisieron pagar con esas planchas que nosotros usamos para empedrar los caminos. Seguramente ustedes no disponen de la moneda del país, pero no es necesario tener dinero para comer aquí. Todas las fondas establecidas para favorecer el comercio son pagadas por el gobierno. Los hemos agasajado aquí muy pobremente, por ser este un pueblo pobre. Pero en todos los otros lugares los van a recibir como ustedes se merecen”.

Cacambo le explicaba a Cándido las palabras que el hostelero iba diciendo, y Cándido lo escuchaba con la misma admiración desconcertada con que su amigo Cacambo las traducía.

“¿Qué país es este –se decían el uno al otro–, desconocido en todo el resto de la tierra, en el que lo natural es tan distinto a lo que nosotros creemos que es natural? Este es probablemente

el país donde todas las cosas van bien, pues es absolutamente necesario que un país así exista y, dijera lo que dijera el maestro Pangloss, yo muchas veces me di cuenta de que todo iba muy mal en Westfalia”.

VXII

VOLTAIRE

XVIII

DE LO QUE VIERON EN EL PAÍS
DE ELDORADO

Cacambo expuso a su anfitrión lo curioso que estaba; el anfitrión le dijo:

“Yo soy muy ignorante, y así estoy bien. Pero tenemos aquí un anciano jubilado de la corte, que es el hombre más sabio del reino, y el más comunicativo”.

Enseguida llevó a Cacambo donde el anciano. Ahora a Cándido le tocaba representar un

papel secundario, y seguía a su criado. Entraron en una casa muy sencilla, ya que la puerta era apenas de plata y nada más el cielorraso de las habitaciones estaba cubierto de oro, si bien trabajado con tanto gusto que nada tenía que envidiar a los más ricos frisos. La sala de espera, hay que reconocerlo, apenas tenía incrustaciones de rubíes y esmeraldas, pero el orden en que todo aquello estaba dispuesto disimulaba bien la extrema sencillez.

El anciano recibió a los dos extranjeros en un sofá relleno de plumas de colibrí y les hizo traer licores servidos en vasos de diamante, después de lo cual satisfizo su curiosidad en los siguientes términos:

«Tengo ciento setenta y dos años de edad, y por mi difunto padre, escudero del rey, supe de las tremendas revoluciones del Perú, de las cuales él había sido testigo directo. El reino en el que estamos es la antigua patria de los incas, que de aquí salieron muy imprudentemente a conquistar otras partes del mundo, y que fueron al fin destruidos por los españoles.

»Los príncipes de la familia que se quedaron en su país natal fueron más sabios, y con el consenso de la nación, dieron la orden de que ningún habitante volviera a salir nunca de nuestro pequeño reino; es esto lo que nos ha permitido conservar

nuestra inocencia y nuestra felicidad. Los españoles han tenido algunas nociones confusas de este país, al que ellos llaman Eldorado, y un caballero inglés, de nombre Raleigh, hará unos cien años, llegó a estar cerca de aquí. Pero como estamos rodeados de picos infranqueables y de precipicios, hemos estado siempre hasta hoy al abrigo de la rapacidad de las naciones europeas, que sienten una codicia incomprensible por el cascajo y por el fango de nuestra tierra, y que, con tal de conseguirlos, nos matarían a todos, hasta el último de nosotros».

La conversación fue larga; giró sobre las formas de gobierno, sobre las costumbres, sobre las mujeres, sobre los espectáculos públicos, sobre las artes. Al final Cándido, que seguía teniendo un gusto especial por la metafísica, hizo que Cacambo le preguntara si en el país había alguna religión.

El anciano se ruborizó un poco: “¿Cómo lo puede usted dudar siquiera? —dijo—. ¿Nos cree usted ingratos?”.

Cacambo preguntó humildemente cuál era la religión de Eldorado. El anciano se volvió a ruborizar: “¿Acaso puede haber dos religiones? —dijo—. Nosotros tenemos, creo, la religión de todo el mundo: adoramos a Dios de la noche a la mañana”.

“¿Adoran a un solo Dios?” —dijo Cacambo, que seguía sirviendo de intérprete a las dudas de Cándido.

“En vista de que no hay dos, ni tres, ni cuatro —dijo el anciano—. Les confieso que, al parecer, en el mundo de ustedes hacen preguntas muy raras”.

Cándido no se cansaba de hacer interrogar al buen viejo; quiso saber de qué forma se le pedía a Dios en Eldorado.

“No le pedimos en absoluto —dijo el sabio bueno y respetable—; nosotros no tenemos nada que pedirle; nos ha dado todo aquello que necesitamos; le damos gracias sin cesar”.

Cándido sintió curiosidad por conocer a sus sacerdotes; le hizo preguntar dónde estaban. El buen viejo sonrió.

“Amigos míos —dijo—, todos nosotros somos sacerdotes; el rey y todos los jefes de familia entonan cánticos de acción de gracias solemnemente todas las mañanas; y los acompañan cinco o seis mil músicos”.

“¿Cómo! ¿Así que ustedes no tienen monjes que enseñen, que disputen, que gobiernen, que hagan cábalas, y que manden quemar a todos aquellos que no tengan la misma opinión?”.

“Ni que estuviéramos locos —dijo el anciano—; aquí todos tenemos la misma opinión, y no entendemos qué quiere decir usted con eso de los monjes”.

Cándido, ante estas respuestas, se sentía en éxtasis, y se decía a sí mismo: “Esto aquí es bien distinto a Westfalia y al castillo del señor barón: si nuestro amigo Pangloss hubiera visto Eldorado, habría dejado de decirnos que el castillo de Thunder-ten-tronckh era lo mejor que había sobre la tierra. Es cierto que hay que viajar”.

Después de esta larga conversación, el amable anciano mandó enganchar una carroza a seis carneros, y dispuso que doce de sus domésticos condujeran a los viajeros hasta la corte.

“Perdónenme —dijo— que la edad me prive del honor de acompañarlos. El rey los va a recibir de tal modo que ustedes no van a quedar insatisfechos, y ustedes sabrán ser indulgentes con ciertas costumbres del país si hay algunas que no resulten de su agrado”.

Cándido y Cacambo subieron a la carroza; los seis carneros volaban y en menos de cuatro horas llegaron al palacio real, situado en un extremo de la capital. La puerta principal tenía sesenta y seis metros de alta y treinta de ancha, pero era imposible saber de qué estaba hecha. Lo que sí podía adivinarse es que tenía que ser de un material muy superior comparado con esos guijarros y esa arena que entre nosotros se llaman *oro* y *pedras preciosas*.

Veinte hermosas jóvenes de la guardia recibieron a Cándido y a Cacambo cuando bajaron de la carroza, los condujeron a los baños, los vistieron con trajes tejidos con plumas de colibrí, después de lo cual los grandes oficiales y oficialas de la corona los condujeron a los aposentos de Su Majestad, pasando en medio de dos filas de mil músicos cada una, según el protocolo ordinario. Cuando se acercaban a la sala del trono, Cacambo le preguntó a un gran oficial de qué modo había que saludar a Su Majestad: si debían arrodillarse o mejor extenderse boca abajo; si se ponían las manos en la cabeza o en el trasero; si convenía lamer el polvo de la sala; en pocas palabras, cuál era la ceremonia.

“El protocolo —dijo el gran oficial— consiste en abrazar al rey y besarlo en las dos mejillas”.

Al verlo, Cándido y Cacambo se echaron al cuello de Su Majestad, que los recibió con toda la gracia imaginable y que les pidió cortésmente que cenaran con él.

Mientras llegaba la hora, los llevaron a ver la ciudad, los edificios públicos que se elevaban hasta las nubes, los mercados adornados con mil columnas, las fuentes de agua pura, las fuentes de agua de rosa, las de licores de caña de azúcar, que corrían continuamente en las amplias plazas, empedradas con una especie de gemas que despedían un olor parecido al del clavo y la canela. Cándido pidió ver los tribunales de justicia, el parlamento; le respondieron que, como no tenían nunca pleitos, carecían de ellos. Se informó de si tenían cárceles; le dijeron que no. Lo que más lo sorprendió y lo que le produjo el más vivo placer fue el palacio de las ciencias, en el cual vio una galería de un kilómetro y medio, toda llena de instrumentos de matemáticas y de física.

Después de haber recorrido, en toda la tarde, si mucho la milésima parte de la ciudad, se les condujo de nuevo donde el

rey. Cándido se sentó a la mesa entre Su Majestad, su criado Cacambo y numerosas señoras. Jamás habían probado una comida mejor, y nunca nadie había tenido tanto ingenio en una cena como Su Majestad. Cacambo le explicaba a Cándido las agudezas del rey, que incluso en traducción seguían siendo agudas. Entre las muchas cosas que admiraban a Cándido, esta no fue la que menos lo admiró.

Gozaron un mes de tanta hospitalidad. Cándido no cesaba de decirle a Cacambo:

“Es verdad, amigo mío, una vez más lo digo, que el castillo donde yo nací no puede compararse con el país en el que estamos. Sin embargo, la señorita Cunegunda no está aquí, y seguro tú tienes alguna amante en Europa. Si nos quedamos aquí, seguiremos siendo iguales a todos los otros; en cambio, si regresamos a nuestro mundo, con solo doce carneros cargados con piedras de Eldorado, seremos más ricos que todos los reyes juntos, no habrá que tenerle miedo a ningún inquisidor y podremos recuperar fácilmente a la señorita Cunegunda”.

Este razonamiento le gustó a Cacambo. Es tan agradable recorrer el mundo y destacarse entre la propia gente al regresar, hacer alarde de lo que se ha visto en los viajes, que los dos felices resolvieron dejar de serlo y pedir permiso a Su Majestad de despedirse.

“Están haciendo una tontería —les dijo el rey—; yo sé muy bien que mi país no es gran cosa, pero cuando se está pasablemente bien en algún lugar, hay que quedarse ahí. Yo no tengo seguramente derecho a retener a los extranjeros; esto sería un acto tiránico que no cabe dentro de nuestras costumbres ni dentro de nuestras leyes. Todos los hombres son libres; váyanse cuando quieran, pero la salida es bien difícil. Es imposible remontar el río por los rápidos que de milagro los trajeron hasta aquí, bajo las bóvedas por donde corre. Las montañas que rodean

todo el reino tienen más de tres mil metros de altura, y son tan empinadas como murallas. Cada una ocupa a lo ancho un espacio de más de cuarenta kilómetros, y sólo se puede descender de ellas por precipicios. No obstante, y puesto que de todos modos se quieren marchar, voy a dar orden a los intendentes de máquinas para que construyan una que permita transportarlos cómodamente. Cuando los hayan conducido al otro lado de las montañas, ya nadie más podrá acompañarlos, porque mis súbditos han jurado no salir jamás de su recinto, y son demasiado sabios como para romper su juramento. Fuera de esto, pueden pedirme todo lo que quieran”.

“Lo único que pedimos a Su Majestad –dijo Cacambo– son algunos carneros cargados de víveres, de guijarros y de barro del país”.

El rey se rió: “No logro entender –dijo– ese gusto que tienen ustedes los europeos por nuestro barro amarillo; llévense todo el que quieran, y que les aproveche”.

En el acto dio orden a sus ingenieros de que hicieran una máquina en la que se pudiera guindar y sacar del reino a ese par de hombres tan extraños. Tres mil físicos estuvieron trabajando en ella; al cabo de quince días estuvo lista, y no costó sino veinte millones de libras esterlinas, en moneda del país. Izaron en la máquina a Cándido y a Cacambo; había dos grandes carneros rojos arrendados y ensillados para servirles de cabalgadura cuando hubieran superado el filo de las montañas; veinte carneros de carga enjalmados, con víveres; treinta cargados de regalos con lo más curioso que había en el país; y cincuenta cargados de oro, piedras preciosas y diamantes. El rey abrazó tiernamente a los dos vagabundos.

Su partida fue espectacular: el modo ingenioso en que los izaron por el aire, a ellos y a sus bestias, hasta lo más alto de las montañas. Los físicos se despidieron de ellos después

de haberlos dejado en un lugar seguro, y Cándido lo único que quería y buscaba era cómo ir a ofrecerle sus carneros a la señorita Cunegunda.

“Tenemos con qué pagarle al gobernador de Buenos Aires –dijo–, si es que se le puede poner precio a la señorita Cunegunda. Vayamos hacia Cayena, embarquémonos, que ya después veremos qué reino podemos comprar”.

XIX

EN EL QUE LLEGAN A SURINAM, Y DE CÓMO CÁNDIDO SE CONOCIÓ CON MARTÍN

La primera jornada de nuestros dos viajeros fue bastante agradable. Los animaba mucho la idea de sentirse dueños de más tesoros de los que pudieran reunir Asia, Europa y África. Cándido, enloquecido de dicha, escribía en los árboles el nombre de Cunegunda. El segundo día dos de los carneros se hundieron en las ciénagas pantanosas y allí

desaparecieron con su carga. Otros dos carneros murieron de cansancio pocos días después. Siete u ocho se murieron después de hambre en el desierto; otros se despeñaron por los precipicios al cabo de pocos días. En fin, después de cien días de marcha, no les quedaban sino dos carneros. Cándido le dijo a Cacambo:

“Amigo mío, ya ves lo percederas que son las riquezas en este mundo; lo único que tenemos de sólido son la virtud y la felicidad de volver a ver a la señorita Cunegunda”.

“Lo admito –dijo Cacambo–; pero nos quedan todavía dos carneros con más tesoros de los que pueda tener nunca el rey de España; y veo a lo lejos una ciudad que, si no me equivoco, es Surinam, la cual pertenece a los holandeses. Estamos al final de nuestras penas y al comienzo de nuestra felicidad”.

Al acercarse a la ciudad¹⁰, encontraron un negro tendido en el suelo, con apenas la mitad de la ropa, es decir con solo una

XIX

VOLTAIRE

pernera de los pantalones, de tela azul; le faltaban, al pobre hombre, la pierna izquierda y la mano derecha.

“¡Eh, Dios mío! –le dijo Cándido en holandés–, ¿qué estás haciendo ahí, amigo, en ese horrible estado en que te veo?”.

“Estoy esperando a mi patrón, el señor Vanderdendur, el famoso negociante” –respondió el negro.

“¿Y es este tal señor Vanderdendur –dijo Cándido– el que te ha tratado así?”.

“Sí, señor –dijo el negro–, es la costumbre. La única ropa que se nos da son dos calzones de tela al año. Cuando trabajamos en los trapiches, si la muela del molino nos machuca un dedo, nos cortan la mano; si intentamos escapar, nos cortan una pierna: me pasaron las dos cosas. Este es el precio al que ustedes consumen azúcar en Europa¹¹. Sin embargo, cuando mi madre me vendió por diez escudos patacones en la costa de Guinea, me decía: ‘Querido hijo, bendice nuestros fetiches, adóralos siempre, pues ellos te harán vivir feliz; tú tienes el honor de ser esclavo de nuestros señores, los blancos, y así haces la fortuna de tu padre y de tu madre’. Ay, yo no sé si yo habré sido su fortuna, pero ellos no fueron la mía. Perros, micos, loros, son mil veces menos infelices que nosotros. Los fetiches holandeses, a los cuales me he convertido, nos dicen cada domingo que nosotros somos todos hijos de Adán, blancos y negros. No sé nada de genealogías, pero si esos predicadores dicen la verdad, todos nosotros somos primos hermanos. Ahora admitirá usted que no hay manera más horrible de tratar a los parientes”.

“¡Oh, Pangloss –exclamó Cándido–, tú nunca adivinaste esta abominación! Se acabó, tendré que renunciar al fin a tu optimismo”.

¹⁰ El episodio que sigue, explica Deloffre, no estaba en el manuscrito original de Voltaire. En octubre de 1758, después de leer el libro de Hélietius, *De l'esprit*, donde se hacía la denuncia de la esclavitud en América, y donde leyó que “no hay barrica de azúcar de las que llegan a Europa que no esté teñida de sangre humana”, insertó este encuentro con el esclavo.

¹¹ Según Alain Sandrier, Voltaire desarrolla aquí una ironía tomada de Montesquieu en *El espíritu de las leyes*: “El azúcar sería demasiado caro si no se hiciera trabajar a los esclavos en las factorías donde se lo produce”.

“¿Qué es optimismo?” –preguntó Cacambo.

“Ay, es el delirio de sostener –dijo Cándido– que todo está bien, cuando se está mal”. Y derramaba lágrimas mirando al negro, y llorando entró en Surinam.

Lo primero que hicieron fue informarse de si no había en el puerto algún barco que pudiera llevarlos a Buenos Aires. La persona a quien se dirigieron era, precisamente, un capitán español, que se ofreció a negociar con ellos un buen precio. Les puso cita en una taberna. Cándido y el fiel Cacambo fueron a esperarlo allá con sus dos carneros.

Cándido, que era incapaz de callarse nada, le contó al español todas sus aventuras, y le confesó que quería rescatar a Cunegunda.

“Ya ni se me ocurre llevarlos a Buenos Aires –dijo el patrón–: me ahorcarían, y a usted también. La hermosa Cunegunda es la amante favorita del gobernador”.

Cándido quedó como fulminado por un rayo; lloró un buen rato. Después llamó aparte a Cacambo:

“Mi querido amigo, voy a decirte lo que tienes que hacer: cada uno de nosotros tiene en los bolsillos unos cinco o seis millones en diamantes; tú eres más astuto que yo. Ve a buscar tú a Buenos Aires a la señorita Cunegunda. Si el gobernador pone algún problema, le das un millón; si no se rinde, le das dos. Tú no mataste al inquisidor, nadie va a desconfiar de ti. Voy a fletar otro barco y te estaré esperando en Venecia, que es un país libre donde uno no tiene que temer ni a los búlgaros ni a los ávaros ni a los judíos ni a los inquisidores”.

Cacambo aplaudió esta sabia decisión. Estaba desconsolado de tener que separarse de su buen amo, que se había vuelto su íntimo amigo, pero el placer de serle útil era más grande que el dolor de dejarlo. Derramaron lágrimas al abrazarse. Cándido le recomendó que no se olvidara de la buena vieja. Cacambo partió ese mismo día: era buena persona este Cacambo.

Cándido se quedó todavía un tiempo en Surinam, esperando a que otro capitán lo quisiera llevar a Italia con los dos carneros que le quedaban. Contrató domésticos, compró lo necesario para un largo viaje y al final el señor Vanderdendur, dueño de un gran navío, se presentó ante él.

“¿Cuánto me pediría usted –le preguntó a este hombre– para llevarme directo a Venecia, a mí, a mi gente, mi equipaje y estos dos carneros?”.

El patrón pidió diez mil piastras. Cándido no lo dudó.

“¡Ajá! –se dijo entre sí el prudente Vanderdendur–, este extranjero da diez mil piastras de golpe. Debe de ser bien rico”. Regresó al momento y le hizo saber que no podría partir por menos de veinte mil.

“Pues bien, las tendrá usted” –dijo Cándido.

“¡Cómo así! –se dijo en voz baja el comerciante–, este hombre paga veinte mil piastras con tanta facilidad como diez mil”. Volvió una vez más y dijo que él no podría llevarlo a Venecia por menos de treinta mil piastras.

“Tendrá usted treinta mil, entonces” –respondió Cándido.

“¡Ajá, ajá! –se dijo una vez más el comerciante holandés–. Treinta mil piastras no son nada para este hombre aquí; sin duda los dos carneros llevan tesoros inmensos; no sigamos insistiendo. Que nos pague las treinta mil piastras por adelantado, y después ya veremos”. Cándido vendió dos diamantes, el más pequeño de los cuales valió más que toda la plata que había pedido el patrón. Pagó por adelantado. Los dos carneros fueron embarcados. Más atrás iba Cándido en un botecito que lo llevaría hasta el barco en la bahía. El capitán escoge el momento preciso, despliega las velas, suelta las amarras, el viento lo favorece. Cándido, aturrido y estupefacto, lo pierde pronto de vista.

“¡Ay de mí! –exclamó–. Esta es una jugada digna del viejo mundo”.

Regresa a la orilla sumido en el dolor; había perdido una fortuna digna de veinte monarcas. Se dirige donde el juez holandés y como estaba muy ofuscado toca a la puerta con brusquedad. Entra, expone su caso y grita un poco más duro de lo que conviene. El juez empezó multándolo con diez mil piastras por el ruido que había hecho. Enseguida lo escuchó pacientemente; le prometió examinar el asunto en cuanto el comerciante hubiera regresado, y se hizo pagar otras diez mil piastras por las costas de la audiencia.

Este proceder acabó de desesperar a Cándido: a decir verdad él había sufrido desgracias mil veces más dolorosas, pero la sangre fría del juez, y la del negociante que le había robado, descargaron su bilis y lo sumieron en una negra melancolía. La maldad humana se le hizo patente en el ánimo con toda su suciedad y tan solo se le ocurrían ideas tristes. Supo al fin que un barco francés estaba a punto de zarpar hacia Burdeos, y como ya no tenía que embarcar carneros cargados de diamantes, alquiló un camarote al precio justo, e hizo saber en la ciudad que pagaría el pasaje, la alimentación, y le daría dos mil piastras a cualquier hombre honrado que quisiera hacer el viaje con él, a condición de que este fuera el más asqueado de su estado y el más infeliz de la provincia.

Se presentó una tal cantidad de aspirantes que no habrían cabido en una flota. Cándido quiso escoger entre los de mejor apariencia, separó una veintena de personas que le parecían bastante sociables, todos los cuales decían merecer que los escogiera. Los reunió en una taberna, los invitó a cenar con la condición de que cada uno jurara que contaría fielmente su historia, y prometiendo que escogería a aquel que le pareciera el más digno de compasión y el más descontento de su estado, con justos motivos, y que les daría a los demás alguna gratificación.

La velada duró hasta las cuatro de la mañana. Cándido, al oír todas sus desventuras, se acordó de lo que le había dicho la vieja cuando iban a Buenos Aires, y de la apuesta que ella había hecho, que no había nadie en el barco que no hubiera sufrido grandísimas desgracias. A cada aventura que le contaban, pensaba en Pangloss.

“Este Pangloss —decía— se vería en serias dificultades para demostrar su sistema. Quisiera que estuviera aquí. Lo cierto es que si todo va bien, es en Eldorado, y para nada en el resto de la tierra”.

Finalmente, se decidió en favor de un pobre sabio que había trabajado diez años para los libreros de Ámsterdam. Le pareció que no podía haber ningún otro oficio en el mundo en el que uno pudiera sentirse más asqueado.

A este sabio, que por lo demás era un buen hombre, su mujer le había robado, el hijo le había pegado y la hija lo había abandonado al escaparse con un portugués. Acababa de perder un modesto empleo con el cual subsistía, y los predicadores de Surinam lo estaban persiguiendo porque lo tomaban por un sociniano¹². Hay que reconocer que los demás aspirantes eran por lo menos tan infelices como él, pero Cándido confiaba en que, con el sabio, se aburriría menos durante el viaje. Los demás rivales consideraron que Cándido les hacía una gran injusticia, pero él los aplacó dándole a cada uno cien piastras.

.....

¹² Así se llama a los discípulos de Socinio, reformador italiano del siglo XVI. Los deístas como Voltaire los apreciaban pues los socinianos preconizaban una interpretación racional de las escrituras, negaban la divinidad de Cristo y rechazaban el dogma de la Santísima Trinidad.

XX

DE LO QUE LES SUCEDIÓ EN EL
MAR A CÁNDIDO Y A MARTÍN

El viejo sabio, que se llamaba Martín, se embarcó pues hacia Burdeos con Cándido. Uno y otro habían visto mucho y sufrido mucho, y aun cuando el barco hubiera tenido que navegar de Surinam al Japón doblando por el cabo de Buena Esperanza, no les habría faltado tema para distraerse durante todo el viaje, discurrendo

sobre los males físicos y morales.

Dicho esto, Cándido tenía una gran ventaja sobre Martín, y era que él tenía siempre la esperanza de volver a ver a la señorita Cunegunda, y en cambio Martín ya no tenía nada que esperar. Además tenía oro y diamantes, y, aunque había perdido cien grandes carneros rojos cargados de las más grandes riquezas de la tierra, aunque le pesara aún en el corazón la canallada del negociante holandés, no obstante todo, cuando pensaba en lo que le quedaba en los bolsillos, y cuando hablaba de Cunegunda, sobre todo después de haber comido, Cándido se inclinaba por el sistema de Pangloss.

“Pero usted, señor Martín –le dijo al sabio–, ¿qué piensa usted de todo esto? ¿Qué idea tiene usted sobre el mal físico y el mal moral?”.

“Señor –respondió Martín–, los sacerdotes me han acusado de ser sociniano, pero lo cierto de esto es que yo soy maniqueo”¹³.

.....

¹³ Según esta temprana herejía cristiana (surgida ya en el siglo III) el bien y el mal se explican en el mundo porque en su origen hubo dos principios creadores opuestos, el del bien y el del mal, que luchan por el dominio del universo. Esta doctrina atrajo mucho a Voltaire.

XX

VOLTAIRE

“Usted se burla de mí –dijo Cándido–, ya no quedan maniqueos en este mundo”.

“Quedo yo –dijo Martín–; de nada me sirve, pero no puedo pensar de otra forma”.

“Tiene que ser que usted tiene el diablo en el cuerpo” –dijo Cándido.

“El diablo se mete tanto en los asuntos de este mundo –dijo Martín– que bien podría haberse metido en mi cuerpo, como en todas las otras partes. Pero yo le confieso que cuando me pongo a mirar este globo, o mejor dicho a este glóbulo, pienso que Dios se lo ha dejado a algún ser malévolo, exceptuando Eldorado. Yo nunca he visto una ciudad que no desee la ruina de la ciudad vecina, ni una familia que no quiera exterminar a alguna otra familia. Por todas partes los débiles detestan a los poderosos ante los cuales se arrastran, y los poderosos los tratan como rebaños de donde sacan la lana y la carne para venderla. Un millón de asesinos alistados en regimientos corren de un extremo a otro de Europa, matando y saqueando disciplinadamente para ganarse el pan, porque no encuentran otro oficio. Y en las ciudades que parecerían gozar de paz y donde las artes florecen, a los hombres los devora la envidia, las preocupaciones y las inquietudes, más afligidos aún que quienes están sometidos al asedio de una ciudad sitiada. Los pesares secretos son todavía más crueles que las miserias públicas. En una palabra, yo he visto tanto, y tanto he sufrido, que soy maniqueo”.

“Existe, en todo caso, lo bueno” –replicó Cándido.

“Podría ser –dijo Martín–, pero yo no lo conozco”.

En medio de esta discusión se oyó un cañonazo. El ruido iba en aumento a cada instante. Cada uno echó mano de su catalejo. Se veían dos barcos que combatían a una distancia aproximada de tres millas. El viento acercó tanto los combatientes

al barco francés que tuvieron el gusto de poder ver el combate a sus anchas. Al fin uno de los dos barcos disparó al otro una andanada tan baja y tan precisa, que este empezó a hundirse. Cándido y Martín vieron claramente a un centenar de hombres sobre la cubierta del barco que naufragaba. Todos levantaban las manos al cielo y daban unos gritos espantosos; el mar se tragó todo en un momento.

“Pues bien –dijo Martín–, ahí puede ver cómo se tratan los hombres unos a otros”.

“Es verdad –dijo Cándido– que hay algo de diabólico en todo este asunto”.

Mientras decía esto, vio algo de un rojo deslumbrante que nadaba cerca del barco. Desamarraron la chalupa para ver de qué se trataba; era uno de los carneros. Fue más grande la felicidad de Cándido al recuperar este carnero que la tristeza que había sentido al perder los otros cien todos cargados de diamantes de Eldorado.

Muy pronto el capitán francés se dio cuenta de que el capitán del barco vencedor era español, y que el del barco hundido era un pirata holandés. Era el mismo que le había robado a Cándido. Las inmensas riquezas de las que ese infame se había apoderado habían sido sepultadas con él en el mar, y lo único que se había salvado era un carnero.

“Ya ve usted –dijo Cándido a Martín– que el crimen a veces es castigado; ese canalla holandés ha tenido el destino que se merecía”.

“Sí –dijo Martín–, pero ¿era necesario que los pasajeros que estaban en su barco perecieran también? Dios castigó a ese bribón; el diablo ahogó a los demás”.

Mientras tanto el barco francés y el español siguieron su ruta, y Cándido siguió sus conversaciones con Martín. Estuvieron discutiendo quince días seguidos, y al cabo de quince

días habían adelantado tanto como el primero. Pero en últimas habían hablado, habían intercambiado ideas, se habían consolado. Cándido acariciaba su carnero.

“Si te recuperé a ti –dijo–, también podré recuperar a Cunegunda”.

XXI

AL ACERCARSE A LAS COSTAS DE FRANCIA, CÁNDIDO Y MARTÍN RAZONABAN ASÍ



Al fin se vieron las costas de Francia.

“¿Ha estado usted alguna vez en Francia, señor Martín?” – preguntó Cándido.

“Sí –dijo Martín–, he recorrido varias provincias. Hay algunas donde la mitad de los habitantes están locos; hay otras en las que se pasan de listos; unas más en las cuales es

común que la gente sea muy buena y muy boba; otras donde pretenden ser muy ingeniosos; y en todas la ocupación principal es el amor, la segunda maldecir, y la tercera decir tonterías”.

“Pero, señor Martín, ¿no ha estado usted en París?”.

“Sí, estuve en París. Tiene todos estos tipos que digo; es un caos, una aglomeración en la cual todo el mundo busca el placer, y donde casi nadie lo encuentra, o al menos eso me pareció. No me quedé mucho. Al llegar, unos ladrones me robaron todo lo que tenía en la feria de Saint-Germain; me tomaron a mí por ladrón y estuve ocho días en la cárcel, después de lo cual me metí de corrector de imprenta para ganar algo con qué volver a pie a Holanda. Conocí a la canalla escritora, a la canalla intrigante y a la canalla convulsionaria¹⁴. Se dice que hay personas muy cultas en esa ciudad; yo quisiera creerlo”.

“Yo por mi parte no tengo ninguna curiosidad de ver Francia –dijo Cándido–; usted podrá suponer fácilmente que cuando

.....
¹⁴ Con estos tres epítetos Voltaire se refiere, en su orden, a los periodistas, los religiosos y los jansenistas. Estos últimos se llamaban “convulsionarios” porque cuando querían que un santo los curara de alguna enfermedad, visitaban su santuario, entraban en convulsiones y decían que se habían curado.

uno ha estado un mes en Eldorado, ya no está interesado en ver nada sobre la tierra, como no sea a la señorita Cunegunda. Voy a Venecia a esperarla; pienso cruzar Francia para ir a Italia, ¿no me quiere acompañar?”

“Con mucho gusto –dijo Martín–; se dice que Venecia solo es buena para los nobles venecianos, pero que, no obstante esto, allá reciben muy bien a los extranjeros siempre y cuando tengan bastante plata. Yo no tengo nada; usted sí. Lo seguiré a todos lados”.

“A propósito –dijo Cándido–, ¿cree usted que toda la tierra haya sido originalmente un mar, como se asegura en ese librote del capitán del barco?”

“Yo no lo creo para nada –dijo Martín–, como tampoco creo en todas esas fantasías que se nos cuentan últimamente”.

“Pero entonces –preguntó Cándido–, ¿para qué fue creado este mundo?”

“Para sacarnos la rabia” –dijo Martín.

“¿No le parece muy raro –siguió Cándido– que esas dos muchachas en el país de los orejones estuvieran enamoradas de dos micos, como se lo conté?”

“Para nada –dijo Martín–. Yo no veo qué tiene de extraña esta pasión. He visto tantas cosas extraordinarias, que ya no hay nada extraordinario”.

“¿Usted cree –dijo Cándido– que los seres humanos se han masacrado siempre mutuamente como lo hacen hoy en día? ¿Cree que siempre hayan sido mentirosos, falsos, pérfidos, ingratos, ladrones, débiles, inestables, cobardes, envidiosos, golosos, borrachos, avaros, ambiciosos, sanguinarios, calumniadores, depravados, fanáticos, hipócritas y tontos?”

“¿Cree usted –dijo Martín– que los gavilanes se han comido siempre a las palomas si llegan a verlas?”

“Sí, sin duda” –dijo Cándido.

“Pues bien –dijo Martín–, si los gavilanes siempre han sido de la misma índole, ¿por qué cree que los seres humanos han cambiado la suya?”

“¡Oh! –dijo Cándido–. Claro que hay diferencia, puesto que el libre arbitrio...”

Y razonando así, llegaron a Burdeos.

XXII

DE LO QUE LES PASÓ EN FRANCIA
A CÁNDIDO Y A MARTÍN

Cándido estuvo en Burdeos apenas lo suficiente para vender algunas piedritas de Eldorado y para conseguir dos buenos asientos en un coche. Como ya no podía separarse de su filósofo Martín, lo único que lamentó fue tener que abandonar su carnero, el cual donó a la Academia de las Ciencias de Burdeos, la cual propuso como

argumento para el premio de ese año que se encontraba el motivo por el cual la lana de ese carnero era roja, y el premio fue adjudicado a un sabio del norte, que demostró, sumando A más B, menos C, dividido por Z, que el carnero tenía que ser rojo, y morir de aftosa.

Mientras tanto, todos los viajeros que Cándido encontraba en las fondas del camino le decían: “Nosotros vamos a París”. Esta presión general acabó por hacerle dar ganas de ver la capital. No había que desviarse demasiado del camino de Venecia.

Entró por el suburbio de Saint-Marceau y le pareció estar en el pueblo más feo de Westfalia.

En cuanto Cándido llegó a la posada, cayó un poco enfermo, a causa del cansancio. Como llevaba en el dedo un diamante enorme, y como habían visto en su equipaje una caja increíblemente pesada, encontró a su lado de inmediato a dos médicos que él no había llamado, unos cuantos amigos íntimos que no se separaban de él, y dos beatas que le mantenían el caldo caliente. Martín dijo:

“Ahora me acuerdo de que yo también estuve enfermo en París durante mi primer viaje. Estaba pobrísimo. Y aunque no tenía ni amigos, ni beatas, ni médicos, me curé”.

XXII

VOLTAIRE

Mientras tanto, a fuerza de remedios y de sangrías, la enfermedad de Cándido se agravó. Un cura de la parroquia se acercó con mucha delicadeza a ofrecerle confesión, extremaunción y entierro a cambio de un pagaré al portador que él podría cobrar en el otro mundo¹⁵. Cándido no quiso tomarlo. Las beatas le aseguraron que era la última moda; Cándido les respondió que él no era para nada un hombre a la última moda. Martín iba a tirar al de la sotana por la ventana. El clérigo juró que Cándido no sería enterrado. Martín juró que enterraría al cura si los seguía importunando. La pelea se fue calentando. Martín lo cogió por los hombros y lo echó de malas maneras. Esto produjo un gran escándalo y se entabló un proceso verbal.

Cándido se alivió. Durante la convalecencia tuvo siempre una asidua compañía para cenar con él. Se jugaba apostando mucho y a Cándido le parecía muy extraño que nunca le salieran ases; a Martín no le extrañaba.

Entre quienes le hacían los honores de la ciudad había un frailecito del Perigord, una de esas personas solícitas, siempre atentas, siempre muy serviciales, desvergonzadas, cariñosas, acomodadizas, que acechan a los extranjeros a su paso, les cuentan la historia escandalosa de la ciudad, y les ofrecen placeres a todos los precios. Primero llevó a Cándido y Martín al teatro, donde representaban una nueva tragedia. Sentaron a Cándido cerca de algunos críticos cultos, lo cual no le impidió llorar en algunas escenas muy bien actuadas. Uno de los profundos que estaba cerca le dijo entre dos actos:

“Usted no debería llorar; esa actriz es muy mala. El actor que actúa con ella es todavía peor; la obra es aún más mala que

.....

¹⁵ Se alude aquí a los “certificados de confesión” que se expedían a los sospechosos de jansenismo de modo que se autorizara su entierro en los cementerios católicos.

los actores; el autor no sabe ni una palabra de árabe, y sin embargo la escena se desarrolla en Arabia. Y además, se trata de un hombre que no cree en las ideas innatas. Mañana le traigo veinte folletos escritos en su contra”.

“Señor, ¿cuántas obras de teatro tienen en Francia?” –le preguntó Cándido al abate, que le respondió:

“Cinco o seis mil”.

“Eso es mucho –dijo Cándido–, ¿cuántas hay buenas?”.

“Quince o dieciséis” –respondió el otro.

“Eso es mucho” –dijo Martín.

Cándido quedó muy contento con una actriz que hacía de reina Isabel en una tragedia bastante sosa de esas que representan de vez en cuando.

“Me gusta mucho esta actriz –le dijo a Martín–. Tiene algo engañoso que me recuerda a la señorita Cunegunda; me agrada mucho saludarla”.

El fraile perigordino se ofreció a llevarlo a su casa y presentársela. Cándido, criado en Alemania, preguntó cuál era el protocolo, y de qué modo se trataba en Francia a las reinas de Inglaterra.

“Hay que distinguir –dijo el abate–. En provincia se las lleva a la taberna; en París se las respeta cuando son bonitas, y las tiran al muladar cuando se mueren”.

“¡Reinas al muladar!” –exclamó Cándido.

“Sí, ciertamente –dijo Martín–; el señor abate tiene razón. Yo estaba en París cuando la señorita Monime¹⁶ pasó, como se dice, a mejor vida. Se le negó lo que la gente de acá llama *el*

.....

¹⁶ Se alude a la actriz Adrienne Lecouvreur, a quien se le negó la sepultura en un cementerio y fue arrojada al muladar, como solía hacerse con las actrices. Voltaire, que la admiraba, escribió en su honor *La muerte de la señorita Lecouvreur*, en 1730.

honor de la sepultura, es decir, el honor de podrirse con todos los lavaperros del barrio en un infeliz cementerio. A ella la desbandaron y la enterraron en la sola compañía de sí misma, en la esquina de la calle de Borgoña. Lo cual debió causarle una gran pena, porque tenía ideas muy nobles”.

“Una gran descortesía” –dijo Cándido.

“¿Qué quiere usted? –dijo Martín–. La gente es así por estos lados. Piense en todas las contraindicaciones, en todas las prohibiciones posibles, y las encontrará en el Gobierno, en los tribunales, en las iglesias, en los espectáculos de esta extraña nación”.

“¿Es verdad que en París siempre se ríe?” –dijo Cándido.

“Sí –dijo el abate–, pero con rabia. Porque aquí se quejan de todo a las carcajadas, y se hacen las cosas más sórdidas sin dejar de reírse”.

“¿Quién era –dijo Cándido– ese cerdo que hablaba tan mal de la obra que me hizo llorar tanto, y de los actores que tanto me habían gustado?”.

“Un malhechor –respondió el abate–, que se gana la vida hablando mal de todas las obras y de todos los libros; detesta a todo aquel que algo consigue, como los eunucos odian a los que gozan: es una de esas serpientes de la literatura que se nutren de fango y de veneno; es un foliculario”¹⁷.

“¿A qué llama usted *foliculario*?”.

“Es –dijo el abate– un hacedor de hojas, un Fréron”.

Era así como Cándido, Martín y el perigordino discurrían en las escaleras, viendo el desfile de la gente que salía de la obra.

.....

¹⁷ La expresión *folliculaire* fue acuñada por Voltaire para referirse, de un modo peyorativo, a la canalla periodística, entre ellos, sobre todo, a quienes escribían contra los enciclopedistas, entre ellos el libelista Jean Fréron, director de *L'Année littéraire*, enemigo de Voltaire. Viene del hecho de que componían *feuilles*, es decir folios que, una vez plegados, se convertían en un panfleto de dieciséis páginas.

“Aunque no veo la hora de volver a ver a la señorita Cunegunda —dijo Cándido—, quisiera en todo caso cenar con la señorita Clairon¹⁸, pues ella me ha parecido admirable”.

El abate no frecuentaba a la señorita Clairon, a quien solo le gustaba la buena compañía.

“Ella tiene un compromiso esta noche —dijo—; pero tendré el honor de llevarlos donde una dama distinguida, y allá ustedes van a conocer mejor París que si se hubieran quedado cuatro años”.

Cándido, que era curioso por naturaleza, se dejó llevar donde la dama, al fondo del barrio de Saint-Honoré. Allí estaban jugando al faraón. Doce tristes jugadores tenían cada uno en la mano un pequeño ramillete de cartas, que eran la prueba de su mala suerte. Reinaba un profundo silencio, la palidez en la frente de los jugadores, la inquietud en la de la talla, mientras la dueña de casa, sentada cerca del despiadado que tallaba, registraba con ojos de lince cada *párola*, todos los siete y paso, o cuando los jugadores marcaban una carta doblándole una esquina, y les pedía que la desdoblaran, con cierta severidad cortés, pero sin enojarse, por miedo a perder la clientela. La dama se hacía llamar la marquesa de Paroliñac. Su hija, de quince años de edad, estaba en uno de los puestos y avisaba, con un rápido guiño de los ojos, de las picardías de estas pobres gentes que intentaban contrarrestar las crueldades de la mala suerte. El abate perigordino, Cándido y Martín entraron; nadie se levantó, ni los saludó, ni los miró; todos estaban profundamente ocupados en sus cartas.

“La baronesa de Thunder-ten-tronckh era más educada” —dijo Cándido.

Mientras tanto el abate se acercó a la oreja de la marquesa, que medio se levantó, se dignó dirigir a Cándido una amable

¹⁸ Actriz célebre, que se hizo más famosa con *Tancredo*, una tragedia de Voltaire.

sonrisa, y a Martín una muy noble inclinación de cabeza. Hizo que le dieran una silla y que le repartieran cartas a Cándido, el cual perdió cincuenta mil francos en dos manos. Después de esto se cenó con mucha alegría, y todos estaban aterrados de que Cándido no pareciera afectado por todo lo que había perdido. Los lacayos, en su lenguaje de lacayos, se decían los unos a los otros:

“Tiene que ser un milord inglés”.

La cena fue como la mayoría de las cenas de París: silencio al principio, enseguida un montón de palabras ruidosas que no se entendían, luego una serie de chistes, en general sin gracia, falsas noticias, un poco de política y mucha maledicencia; incluso hablaron de libros recién publicados.

“¿Alguno de ustedes ha leído —dijo el abate perigordino— la novela del señor Gauchat, doctor en teología?”¹⁹.

“Sí —respondió uno de los comensales—, pero no pude acabarla. Tenemos montones de escritores impertinentes, pero todos juntos no alcanzan la impertinencia de Gauchat, doctor en teología. Estoy tan harto de esta cantidad de libros detestables que nos inundan, que me ha dado por jugar al faraón”.

“¿Y qué opina de las *Misceláneas* del arcediano Trublet?”²⁰ —insistió el abate.

“¡Ah —dijo madame de Paroliñac—, un aburrimento mortal! ¡Dice de la manera más curiosa lo que todo el mundo sabe! ¡Discute con gravedad todo aquello en lo que no vale la pena detenerse ni siquiera con ligereza! ¡Se apropia, sin ninguna agudeza, de las agudezas de los demás! Daña todo lo que toca; no saben cuánto me molesta. Pero no me va a volver a

¹⁹ Este Gauchat había escrito una novela en doce volúmenes, en la que defendía a la religión, y atacaba una y otra vez a Voltaire.

²⁰ Otro enemigo de quien Voltaire había escrito: “No se cansa de cansarnos”.

molestar. Es suficiente con haber leído unas cuantas páginas del arcediano”.

Estaba en la mesa un hombre sabio y de buen gusto que apoyó lo que decía la marquesa. Luego se habló de tragedias. La señora preguntó por qué había tragedias que se representaban de vez en cuando, pero que eran imposibles de leer. El hombre de buen gusto explicó muy bien de qué manera una obra podía tener cierto interés, sin tener prácticamente ningún valor. En pocas palabras probó que no basta llevar a escena una o dos situaciones de las que hay siempre en todas las novelas, y que siempre seducen a los espectadores, sino que es necesario ser novedoso sin ser extravagante, a menudo sublime, y siempre natural; conocer el corazón humano, y hacerlo hablar; ser gran poeta sin que jamás ningún personaje de la obra parezca poeta; saber perfectamente la propia lengua, hablarla con pureza, con una armonía continua, sin que el sentido se pierda nunca a causa de la rima.

“Cualquiera –añadió– que no observe todas estas reglas puede hacer una o dos tragedias aplaudidas en el teatro, pero nunca va a estar en la lista de los buenos escritores. Tragedias buenas hay muy pocas; unas son idilios dialogados, bien escritos y bien rimados; otras, razonamientos políticos que sirven de somnífero, o exageraciones que hostigan; unas más son fantasías de energúmenos, en un estilo bárbaro, con frases interrumpidas y largas peroratas a los dioses, ya que son incapaces de hablarles a los hombres, con máximas falsas y lugares comunes ampulosos”.

Cándido escuchó atentamente este razonamiento, y tuvo muy buena impresión del orador, y como la marquesa había tenido cuidado de sentarlo a su lado, se aproximó a su oído y se tomó la libertad de preguntarle quién era ese hombre que hablaba tan bien.

“Es un sabio –dijo la mujer– que no juega nunca, y que el abate me trae de cuando en cuando a cenar. Se desenvuelve muy bien en temas de tragedias y de libros; hizo una tragedia que fue abucheadada y escribió un libro del cual el único ejemplar que se ha visto fuera de la librería de su editor es uno que me dedicó”.

“¡Qué gran hombre! –dijo Cándido–. Es otro Pangloss”.

Entonces, volviéndose hacia él, le dijo:

“Señor, seguramente usted será de la opinión, de que todo está bien en el mundo físico y moral, y que nada podría ser distinto, ¿verdad?”.

“Yo, señor –le respondió el sabio–, no pienso para nada como usted dice: pienso que entre nosotros todo va al revés; que nadie sabe cuál es la categoría o la tarea que le corresponde, ni sabe lo que hace ni lo que debe hacer, y que excepto la cena, que me parece jovial y donde según veo no hay discordias, todo el resto del tiempo se nos va en peleas impertinentes: jansenistas contra molinistas, parlamentarios contra eclesiásticos, literatos contra literatos, cortesanos contra cortesanos, hombres de finanzas contra el pueblo, esposas contra maridos, parientes contra parientes, en fin, una guerra eterna”.

“Yo he visto cosas peores –le replicó Cándido–. Pero un sabio, que después tuvo la desgracia de que lo ahorcaran, me enseñó que todas las cosas van de maravilla, y lo que usted señala son las sombras de un hermoso cuadro”²¹.

“Su ahorcado –dijo Martín– se burlaba del prójimo; sus sombras son unas manchas horribles”.

“Son los hombres quienes hacen las manchas –dijo Cándido–, y no las pueden evitar”.

.....

²¹ Señala Deloffre que esta es una de las raras alusiones directas de Voltaire a Leibnitz. En su *Teodicea* este había dicho que el mal valoriza al bien: “las sombras resaltan los colores”.

“Pues entonces no tienen la culpa” –dijo Martín.

La mayor parte de los jugadores, que no entendían de qué estaban hablando, bebían. Y Martín razonaba con el sabio, y Cándido le contaba a la dueña de casa alguna parte de sus aventuras.

Después de cenar la marquesa llevó a Cándido a sus aposentos y lo hizo sentar en un canapé.

“Y bien –le dijo ella–, ¿entonces usted sigue amando perdidamente a la señorita Cunegunda de Thunder-ten-tronckh?”.

“Sí, señora” –respondió Cándido.

La marquesa le contestó, con una tierna sonrisa: “usted me responde como un jovencito de Westfalia. Un francés me habría dicho: ‘he amado de verdad a la señorita Cunegunda, pero al verla a usted, oh señora, me temo que ya no la amo tanto’”.

“Ay de mí, señora –dijo Cándido–, le voy a responder como usted quiera”.

“La pasión suya por ella –dijo la marquesa–, empezó cuando usted recogió su pañuelo; quiero que usted recoja mis ligas”.

“Con todo el corazón” –dijo Cándido, y se las recogió.

“Pero lo que yo quiero es que usted me las vuelva a poner” –dijo la dama. Y Cándido se las puso otra vez.

“Mire –dijo la dama–, usted es extranjero. A mis amantes parisinos yo los hago sufrir a veces hasta quince días, pero a usted voy a entregarme la primera noche, porque hay que hacer los honores del país a un jovencito de Westfalia”.

La bella había visto dos diamantes enormes en las dos manos del jovencito extranjero, y se los ponderó tan desinteresadamente que de los dedos de Cándido pasaron a los dedos de la marquesa.

Cándido, cuando regresaba en compañía de su abate del Perigord, sintió algunos remordimientos por haberle sido infiel a la señorita Cunegunda; el señor abate compartía su pena pues no le había tocado más que una pequeña parte de las cincuenta mil

libras perdidas en el juego por Cándido, y de los dos brillantes medio sacados, medio regalados. Sus planes eran aprovechar, en tanto que podía, las ventajas que podía traerle la cercanía con Cándido. Le habló bastante de Cunegunda, y Cándido le dijo que sin duda él iba a pedirle perdón a su amada cuando la viera en Venecia.

El perigordino redobló sus cortesías y sus atenciones, y empezó a interesarse tiernamente de todo lo que Cándido decía, de todo lo que hacía, y de todo lo que tenía ganas de hacer.

“¿Entonces usted tiene, señor, una cita en Venecia?” –le dijo.

“Sí, señor abate –dijo Cándido–. Es absolutamente necesario que yo me encuentre allá con la señorita Cunegunda”.

De tal modo, alentado por el gusto de hablar de lo que amaba, le contó, según su costumbre, una parte de sus aventuras con esta ilustre westfaliana.

“Supongo –dijo el abate–, que la señorita Cunegunda debe tener mucho ingenio, y que seguramente escribe cartas encantadoras”.

“No he recibido nunca ninguna –dijo Cándido–. Porque, fíjese usted que, como me echaron del castillo a causa de mi amor por ella, nunca le pude escribir; y poco después me enteré de que estaba muerta, y ahí mismo que volví a encontrarla, fue cuando la perdí, y le mandé un propio a trece mil kilómetros de aquí, del cual estoy esperando la respuesta”.

El abate escuchaba con atención y se quedó bastante pensativo. Muy pronto se despidió de los dos extranjeros, después de haberlos abrazado tiernamente. Al día siguiente Cándido recibió, al despertarse, una carta redactada en los siguientes términos:

Señor, mi muy querido amante: hace ocho días que estoy enferma en esta ciudad; me he enterado de que estás aquí. Volaría a tus brazos si pudiera moverme. Supe de tu paso por Burdeos; allí dejé al fiel Cacambo y a la vieja, que muy pronto me deben

alcanzar. El gobernador de Buenos Aires se quedó con todo, pero me queda tu corazón. Ven, tu presencia me devolverá la vida, o me hará morir de alegría.

Esta carta encantadora, esta inesperada carta, colmó a Cándido de una felicidad inexpresable. Y la enfermedad de su querida Cunegunda lo oprimió de dolor. Debatiéndose entre los dos sentimientos, tomó su oro y sus diamantes, y se hizo llevar con Martín al hotel donde estaba hospedada la señorita Cunegunda. Entra tembloroso de emoción, con el corazón palpitante, la voz quebrada; quiere correr las cortinas de la cama, pide que le traigan una lámpara.

“Ni se le ocurra –le dice la dama de compañía–, la luz la mata”. Y de inmediato vuelve a cerrar las cortinas.

“Mi querida Cunegunda –dice Cándido llorando– ¿cómo te sientes? Ya que no puedes verme, háblame por lo menos”.

“Ella no puede hablar” –dijo la acompañante. La señora saca de la cama una mano regordeta, que Cándido riega abundantemente de lágrimas un buen rato, y que luego llena de diamantes, dejando una bolsa llena de oro en la poltrona.

En medio de estos arrebatos aparece un oficial de la policía, seguido por el abate perigordino y por una escuadra.

“¿Entonces son estos los dos extranjeros sospechosos?” –dijo.

Los hizo arrestar incontinenti y ordena a sus valientes que los lleven a la cárcel.

“No es así como tratan a los forasteros en Eldorado” –dijo Cándido.

“Soy más maniqueo que nunca” –dijo Martín.

“Pero ¿adónde nos lleva usted, señor?” –dijo Cándido.

“A un calabozo subterráneo” –dijo el oficial.

Martín, recobrando la sangre fría, juzgó que la mujer que se hacía pasar por Cunegunda era una farsante, el señor abate perigordino un farsante que había abusado a toda prisa del

inocente Cándido, y el oficial otro farsante del cual se podían desembarazar fácilmente.

Cándido, iluminado por estos consejos, en lugar de exponerse a los procedimientos de la justicia, y por lo demás ansioso de volver a ver a la verdadera Cunegunda, le ofrece al oficial tres diamánticos que costaban unas tres mil pistolas cada uno.

“Oh, señor –le dijo el hombre del bastón de marfil–, así hubiera cometido usted todos los crímenes imaginables, usted sería el hombre más honrado del mundo. ¡Tres diamantes! ¡De tres mil pistolas cada uno! ¡Señor, yo me haría matar por usted en vez de llevarlo a un calabozo! Se está arrestando a todos los extranjeros, pero ahora déjelo en mis manos. Tengo un hermano en Dieppe, en Normandía; allá los voy a llevar; y si usted tiene un diamante para darle a él, él cuidará de usted como de mí mismo”.

“¿Y por qué están encerrando a todos los extranjeros?” –preguntó Cándido.

El abate del Perigord tomó entonces la palabra y dijo: “Porque un miserable del país de Arrebatia oyó decir tonterías, y esto solo lo llevó a cometer un parricidio, nunca como aquel de 1610 en el mes de mayo, sino como el de 1594 en el mes de diciembre, y como otros muchos cometidos en otros años y en otros meses por otros miserables que habían oído decir tonterías”²².

El oficial les explicó entonces de qué se trataba.

.....
²² El texto está lleno de alusiones históricas. Para entenderlas se debe saber que en 1757 hubo un atentado contra Luis XV, tras el cual arrestaron a muchos extranjeros en París. El agresor, Damiens, que había nacido en Artois (también conocido como Arrebatia), dijo haber oído críticas al rey por parte de los parlamentarios, y que estos discursos lo habían llevado a cometer el atentado. En diciembre de 1594 Enrique IV fue herido; y fue asesinado en mayo de 1610.

“Ah, ¡qué monstruos! —exclamó Cándido—. ¡Semejantes horrores en un pueblo que danza y que canta! ¿No podría irme cuanto antes de este país donde los micos irritan a los tigres? Vi osos en mi país; hombres he visto solamente en Eldorado. En el nombre de Dios, señor oficial, lléveme a Venecia, donde debo esperar a la señorita Cunegunda”.

“Solo puedo llevarlo a la baja Normandía” —dijo el jefe de policía.

Sin más, les hizo quitar los grilletes, dijo que se había equivocado, hizo retirar a sus hombres, y condujo a Cándido y Martín a Dieppe, donde los deja en manos de su hermano. Había un barquito holandés en la bahía. El normando, con la ayuda de otros tres diamantes, se convirtió en la persona más servicial, embarca a Cándido y su gente en el barco que zarpaba para Portsmouth, en Inglaterra. Este no era el camino de Venecia, pero Cándido sintió que lo liberaban del infierno, y contaba con retomar la ruta de Venecia a la primera oportunidad.

XXIII

CÁNDIDO Y MARTÍN VAN A LAS COSTAS DE INGLATERRA. LO QUE ALLÍ VEN

“¡Ah, Pangloss, Pangloss! ¡Ah, Martín, Martín! ¡Ah, mi querida Cunegunda! ¿Qué mundo es este?” —decía Cándido en el buque holandés.

“Algo muy loco y bastante abominable” —respondía Martín.

“Usted ha estado en Inglaterra. ¿Están tan locos como en Francia?”.

“Es una locura distinta —dijo Martín—. Usted sabe que estas dos naciones están en guerra por unas cuantas cuerdas de nieve por los lados de Canadá, y que se gastan en esta hermosa guerra mucho más de lo que vale todo el Canadá. Decirle con precisión si hay más locos de atar en un país que en el otro, es algo que mi débil entendimiento no me permite hacer. Lo único que yo sé es que en general la gente que vamos a ver es bastante atrabiliaria”.

Charlando así llegaron al puerto de Portsmouth; una multitud de gente cubría la orilla, y miraban atentamente a un hombre muy grueso que estaba arrodillado, con los ojos vendados, sobre la cubierta de uno de los barcos de la flota. Cuatro soldados, apostados frente a este hombre, le dispararon cada uno tres balas en el cráneo, con una tranquilidad pasmosa, y toda la asamblea se retiró absolutamente satisfecha.

“¿Pero qué es todo esto? —dijo Cándido—, ¿qué demonio se ha apoderado de todos los lugares?”.

Preguntó quién era el hombre grueso al que acababan de matar tan ceremoniosamente.

“Un almirante” —le respondieron.

“¿Y por qué mataron al almirante?”.

“Porque no hizo matar bastante gente. Entabló una batalla con un almirante francés, y se halló que no se le había acercado lo suficiente”.

“Pero el almirante francés –dijo Cándido– estaba tan lejos del almirante inglés como este de aquel”.

“Eso no se puede negar –le contestaron–, pero por estos lados conviene matar de vez en cuando un almirante, para animar a los otros”.

Cándido quedó tan aturdido y tan golpeado de lo que había visto, y de lo que había oído, que no quiso ni siquiera poner un pie en tierra, e hizo un trato con el capitán holandés (así le robaba, como el de Surinam), para que lo condujera sin demora a Venecia.

En dos días el capitán estaba listo. Costearon a Francia; avisaron Lisboa y a Cándido le dio un escalofrío. Entraron por el estrecho al Mediterráneo; finalmente tocaron puerto en Venecia.

“¡Alabado sea Dios! –dijo Cándido abrazando a Martín–. Es aquí donde volveré a ver a la bella Cunegunda. Cuento con Cacambo como conmigo mismo. Todo está bien, todo anda bien, todo va lo mejor posible”.

XXIV

DE PAQUITA Y FRAY JACINTO

Desde que llegaron a Venecia, hizo buscar a Cacambo por todas las tabernas, por todos los cafés, por todos los burdeles, y no lo encontraron. Mandaba todos los días a indagar en buques y barcos: ninguna noticia de Cacambo.

“¡Cómo! –le decía a Martín–. ¡He tenido tiempo de pasar de Surinam a Burdeos, de ir de

Burdeos a París, de París a Dieppe, de Dieppe a Portsmouth, de costear España y Portugal, de atravesar todo el Mediterráneo, de pasar algunos meses en Venecia, y la bella Cunegunda no ha venido aún! ¡En su lugar encontré a una bribona y a un abate del Perigord! Cunegunda está muerta sin duda, y a mí no me queda más que morir. ¡Ah! Más me valía quedarme en el paraíso de Eldorado que volver a esta maldita Europa. ¡Cuánta razón tiene usted, mi querido Martín! Todo no es más que ilusión y calamidad”.

Cayó en una negra melancolía, sin querer asistir a ninguna ópera *alla moda* ni a las otras diversiones del carnaval; ni una sola mujer le despertaba la menor tentación. Martín le dijo:

“Usted es muy inocente, de verdad, si se figura que un criado mestizo que tiene cinco o seis millones en los bolsillos va a ir a buscar a su amante al otro lado del mundo y se la va a traer a Venecia. Si la llega a encontrar, se queda con ella. Si no la encuentra, se busca otra; yo le aconsejo que olvide a su criado Cacambo y a su amante Cunegunda”.

Martín no fue de mucho consuelo. La melancolía de Cándido aumentó, y Martín no cesaba de probarle que había muy poca virtud y muy poca alegría sobre la tierra, excepto tal vez en Eldorado, adonde nadie podía ir.

Discutiendo sobre esta importante materia y esperando a Cunegunda, Cándido notó un monje teatino en la plaza de San Marcos, que daba el brazo a una jovencita. El teatino parecía fresco, robusto, vigoroso. Tenía los ojos brillantes, un aire seguro, buena presencia, paso firme. La jovencita era muy linda, y estaba cantando; miraba amorosamente a su teatino, y de vez en cuando le pellizcaba las mejillas regordetas.

“Admitirá usted, por lo menos –le dijo Cándido a Martín–, que estos dos están contentos. Hasta ahora, en toda la tierra habitada, yo no he encontrado nada más que desgracias, excepto en Eldorado; pero apuesto a que esta muchacha y este teatino son criaturas muy felices”.

“Yo apuesto a que no” –dijo Martín.

“Bastaría invitarlos a comer –dijo Cándido–, y usted verá si me engaño”.

Enseguida los aborda, los saluda amablemente, y los invita a su hostería a comer macarrones, perdices de Lombardía, huevas de esturión, y a beber vinos de Montepulciano, Lágrima-Christi, de Chipre y de Samos. La jovencita se sonrojó, el teatino aceptó la invitación, y la muchacha los siguió, mirando a Cándido con ojos de sorpresa y de confusión, nublados por una que otra lágrima. En cuanto entró en el cuarto de Cándido, ella le dijo:

“Pero bueno pues, ¡el señor Cándido ya no reconoce a Paquita!”.

Al oír estas palabras, Cándido, que hasta ese momento no la había reparado con atención, porque él solo se ocupaba de Cunegunda, le dijo:

“¡Ay, mi pobre niña! ¿Entonces fuiste tú la que dejó al doctor Pangloss en esa maravillosa condición en que yo lo vi?”.

“¡Ay, señor! Soy yo misma –dijo Paquita–. Ya veo que usted está enterado de todo. Yo supe de las espantosas desgracias que sucedieron en la casa de la señora baronesa y de la bella Cunegunda. Yo le juro que mi destino no fue para nada menos triste.

Yo era muy inocente cuando usted me conoció. Un franciscano que era mi confesor me sedujo fácilmente. Las consecuencias de esto fueron espantosas; me obligaron a dejar el castillo poco tiempo después de que el señor barón lo echara a usted a patadas en el trasero. Si un médico muy famoso no se hubiera apiadado de mí, estaría muerta. Durante algún tiempo, en señal de gratitud, fui la amante de ese médico. Su mujer, una celosa iracunda, me pegaba a diario sin compasión; era una furia. Este médico era el hombre más feo del mundo, y yo, la más desgraciada de todas las criaturas, a quien le pegaban a causa de un hombre al que no amaba. Usted bien sabe, señor, lo peligroso que es para una mujer de mal genio ser la esposa de un médico. Este tal, arrinconado por el mal trato de su mujer, un día le dio, para curarla de un resfrío, un remedio tan eficaz que ella se murió a las dos horas en medio de las más espantosas convulsiones. Los parientes de la señora entablaron al señor un proceso criminal; él se fugó y a mí me metieron en la cárcel. La inocencia no me hubiera salvado si no hubiera sido medio bonita; el juez me liberó a condición de ser el sucesor del médico. Muy pronto me suplantó una rival, me echaron sin la menor recompensa, y fui obligada a seguir en ese oficio abominable que a ustedes los hombres les parece tan placentero y que para nosotras no es más que un abismo de miserias. Vine a ejercer la profesión en Venecia. Ay, señor, si usted pudiera imaginarse lo que es estar obligada a acariciar indistintamente a un viejo comerciante, a un abogado, un monje, un gondolero, un abad; estar expuesta a todos los insultos, a todas las afrentas; a no tener a veces más remedio que pedir prestada una falda para ir a dejar que te la alce un hombre repugnante; a que uno se te robe lo que ganaste con otro; a ser chantajeada por los oficiales de la justicia, y a tener en perspectiva una vejez atroz, un hospital y una fosa común, usted podrá concluir que yo soy una de las criaturas más desgraciadas del mundo”.

Así abrió Paquita su corazón al buen Cándido, en un cuarto, en presencia de Martín, que le decía a Cándido: “Como puede ver, ya me gané la mitad de la apuesta”.

Fray Jacinto se había quedado en el comedor y se tomaba un trago esperando la comida.

“Sin embargo antes, cuando te vi –dijo Cándido–, parecías tan alegre, tan contenta; cantabas, acariciabas al teatino de un modo agradable y natural; creía que eras feliz, con una felicidad más grande que todas las desgracias que ahora me cuentas”.

“¡Ay, señor! –respondió Paquita–, esa es una más de las miserias de este oficio. Ayer un oficial me robó y me pegó, y hoy tengo que parecer de buen humor para darle gusto a un monje”.

Cándido no quiso seguir; admitió que Martín tenía razón. Se sentaron a la mesa con Paquita y el teatino, la comida resultó muy entretenida, y al final empezó a hablarse con más confianza.

“Estimado padre –dijo Cándido al monje–, me parece que usted goza de un destino que cualquiera envidiaría. A juzgar por su rostro, rebosa de salud; su fisonomía indica felicidad; dispone de una jovencita muy bonita para entretenerse, y cualquiera diría que se ve muy contento en su condición de monje teatino”.

“A decir verdad, señor –dijo fray Jacinto–, ya quisiera yo que todos los teatinos estuvieran en el fondo del mar. Por lo menos cien veces he tenido la tentación de quemar el convento, de largarme y de volverme turco. Mis padres me forzaron a la edad de quince años a ponerme este hábito detestable, para dejarle más fortuna a un maldito hermano mío, mayor, ¡y que Dios lo condene! Los celos, la discordia, la rabia habitan en el convento. Es cierto que a veces digo unos malos sermones por los que me dan algún dinero, del cual el prior se roba la mitad. El resto me sirve para entretenerme con muchachas, pero cuando regreso por la tarde al monasterio, me dan ganas de romperme

la cabeza contra los muros de la celda; y todos los otros monjes se sienten igual que yo”.

Martín se volvió hacia Cándido con su sangre fría habitual: “Y bien –le dijo–, ¿no me he ganado toda la apuesta?”.

Cándido le regaló dos mil piastras a Paquita y mil piastras a fray Jacinto.

“Yo te respondo –dijo– que con esto serán felices”.

“No lo creo para nada –dijo Martín–. Puede ser que con estas piastras usted los haga todavía más infelices”.

“Que sea lo que sea –dijo Cándido–. Pero hay algo que me consuela: veo que muy a menudo uno vuelve a encontrarse con personas que uno no creía que pudiera volver a ver nunca. Es muy posible entonces que así como volví a encontrarme con Paquita y con mi carnero rojo, vuelva a ver también a Cunegunda”.

“Ojalá ella lo haga feliz algún día –dijo Martín–, pero tengo muchas dudas sobre esto”.

“Eres muy duro” –dijo Cándido.

“Porque he vivido” –dijo Martín.

“Pero mira esos gondoleros –dijo Cándido–; no paran de cantar”.

“Usted no los ve en sus casas con sus esposas y con las marmotas de sus hijitos –dijo Martín–. El dux tiene sus penas, los gondoleros tienen las suyas. Es verdad que, en últimas, la suerte de un gondolero es preferible a la de un dux; pero creo que la diferencia es tan despreciable que no vale la pena estudiarla”.

“Se dice –interrumpió Cándido– que el senador Pococurante que vive en ese hermoso palacio sobre el Brenta recibe muy bien a los extranjeros. Afirman que es un hombre que nunca ha tenido ninguna pena”.

“Quisiera conocer una especie tan rara” –dijo Martín.

De inmediato Cándido mandó pedir al señor Pococurante que les diera permiso de ir a visitarlo al día siguiente.

XXV

VISITA AL SEÑOR POCOCURANTE,
NOBLE VENECIANO

Cándido y Martín fueron en góndola por el Brenta y llegaron al palacio del noble Pococurante. Los jardines estaban bien diseñados, adornados con bonitas estatuas de mármol; el palacio era de hermosa arquitectura. El dueño de casa, un hombre de sesenta años, muy rico, recibió muy cortésmente a los dos curiosos, pero con muy poco entusiasmo,

lo cual desconcertó a Cándido y no molestó a Martín.

Al instante dos muchachas muy lindas y muy arregladas les sirvieron un espumoso chocolate, que ellas mismas habían batido. Cándido fue incapaz de no alabar su belleza, su amabilidad y su destreza.

“Son dos criaturas muy buenas –dijo el senador Pococurante–; a veces les pido que vengan a mi cama y se acuesten conmigo, porque ya estoy hartado de las señoras de la ciudad, de sus coqueterías, sus celos, sus disputas, de su mal humor, de las pequeñeces en que se fijan, de su orgullo, de sus bobadas, y de los sonetos que hay que componerles o mandarles hacer. Pero, después de todo, también estas dos chicas me empiezan a aburrir”.

Después de desayunar, Cándido estuvo paseando por una larga galería, y lo sorprendió la belleza de los cuadros. Preguntó de qué maestro eran los dos primeros.

“Son de Rafael –dijo el senador–; los compré muy caros, por pura vanidad, hace algunos años; se dice que son de lo más bello que hay en Italia, pero a mí no me gustan nada: el color se ha ido oscureciendo; las figuras no están bien redondeadas, ni sobresalen lo suficiente; los drapeados no parecen una tela de

XXV

VOLTAIRE

verdad. En una palabra, digan lo que digan, yo no encuentro en ellos para nada una verdadera imitación de la naturaleza. Nunca me va a gustar un cuadro hasta cuando no crea ver en él a la naturaleza misma; y no existen cuadros de este tipo. Tengo muchísimos cuadros, pero ya ni los miro”.

Pococurante, mientras esperaban la comida, hizo tocar un concierto. A Cándido le pareció que la música era maravillosa.

«Este ruido –dijo Pococurante– puede entretener una media hora, pero si dura más tiempo, fatiga a todo el mundo, así nadie se atreva a confesarlo. Hoy en día la música no es sino el arte de ejecutar cosas difíciles, y lo que es difícil y nada más, deja de gustar a la larga.

»Tal vez la ópera pudiera gustarme más, si aquí no hubieran encontrado el secreto para convertirla en un monstruo que me repugna. Que vaya el que quiera a ver malas tragedias musicalizadas, en las cuales las escenas se fabrican solamente para conducir, sin ningún sentido, a dos o tres canciones ridículas para hacer lucir la garganta de una actriz. Que se derritan de placer los que quieran, o los que puedan, viendo a un castrado canturreando el papel de César o de Catón mientras se pasea torpemente por las tablas; por mi parte, hace ya mucho tiempo que renuncié a esas majaderías que hoy en día hacen la gloria de Italia, y que los soberanos están dispuestos a pagar tan caras».

Cándido discutió un poco, pero con discreción. Martín estuvo completamente de acuerdo con la opinión del senador.

Se sentaron a la mesa y después de una cena excelente, entraron en la biblioteca. Cándido, al ver un Homero preciosamente encuadernado, elogió el buen gusto de su ilustrísima.

“He aquí –dijo– un libro que le producía al gran Pangloss, el más grande filósofo de Alemania, los más grandes placeres”.

“A mí no me da ninguno –dijo fríamente Pococurante–. Alguna vez me hicieron creer que yo sentía mucho gusto leyéndolo,

pero esas permanentes repeticiones de combates, todos muy parecidos; esos dioses que viven interviniendo siempre y al final no hacen nada decisivo; esta Helena que es el motivo de la guerra, y que a duras penas aparece como personaje en la obra; esta Troya que es sitiada y que nunca la toman... todo esto me produce un aburrimiento mortal. A veces les he preguntado a algunos sabios si ellos se aburren tanto como yo con esta lectura. Todas las personas sinceras me han confesado que el libro se les cae de las manos, pero que hay que tenerlo siempre en la biblioteca, como un monumento de la antigüedad, y como esas medallas oxidadas con las que no se puede comprar nada”.

“Espero que su excelencia no tenga la misma opinión –dijo Cándido– sobre Virgilio”.

“Estoy de acuerdo –dijo Pococurante– en que el segundo, el cuarto y el sexto libro de su *Eneida* son excelentes, pero en cuanto a su piadoso Eneas y al fuerte Cloanto, y al amigo Acató, y al pequeño Ascanio, y al imbécil rey Latino, y a la burguesa Amata, y a la insípida Lavinia, yo no creo que exista nada más frío ni más desagradable. Me gustan más el Tasso y los cuentos de Ariosto, que al menos me arrullan”.

“Me atrevo a preguntarle, señor –dijo Cándido–, si usted no disfruta mucho leyendo a Horacio”.

“Tiene algunas máximas –dijo Pococurante–, a las que un hombre de mundo puede sacarles algún provecho, y que, al estar encerradas en esos versos enérgicos, se graban más fácilmente en la memoria. Pero a mí no me importa nada su viaje a Bríndisi, ni su descripción de una mala cena, ni esa trifulca de cargadores entre un tal Pupilus cuyas palabras –dice él– *estaban llenas de pus*, y otro tal cuyas palabras *eran de vinagre*. Léi con extrema repugnancia sus versos groseros contra las viejas y las brujas, y no veo qué mérito tenga decirle a su amigo Mecenas que si él lo pone en el escalafón de los poetas líricos, tocará los

astros con su frente sublime. Los tontos admiran todo lo que sea de un autor famoso. Yo leo solo para mí; a mí no me gusta sino lo que me parece bueno”.

Cándido, a quien habían educado para que no juzgara nunca nada según su propio criterio, quedó asombrado de lo que estaba oyendo. Martín encontraba muy razonable el modo de pensar de Pococurante.

“¡Oh! Aquí tenemos un Cicerón –dijo Cándido–. Supongo que usted no se cansará nunca de leer a este gran hombre”.

“Nunca lo leo –respondió el veneciano–. ¿A mí qué me importa si él defendió a Rabirius o a Cluentius? Bastante tengo con los pleitos que debo juzgar yo. Tal vez me acomodaría más a sus obras filosóficas; pero cuando vi que él dudaba de todo, concluí que entonces yo sabía lo mismo que él, y que no necesitaba a nadie para ser ignorante”.

“¡Ah! Aquí hay ochenta volúmenes de compilaciones de una academia científica –exclamó Martín–. Es posible que aquí haya alguna cosa buena”.

“La habría –dijo Pococurante– si uno solo de los autores de este enredo hubiera inventado siquiera el arte de hacer alfileres; pero en todos estos libros no hay más que vanas teorías, y ni una cosa útil”.

“¡Qué cantidad de obras teatrales veo aquí! –dijo Cándido–. ¡En italiano, en español, en francés!”.

“Sí –dijo el senador–. Hay tres mil, y no hay tres docenas buenas. En cuanto a esas compilaciones de sermones, todos juntos no valen ni una página de Séneca; y todos esos gruesos volúmenes de teología, imagínese que nunca los he abierto ni los abriré jamás. Ni yo, ni nadie”.

Martín descubrió unas hileras cargadas de libros ingleses.

“Yo creo –dijo– que un republicano debe celebrar la mayor parte de estos libros escritos con tanta libertad”.

“Sí –respondió el Pococurante–, es bueno poder escribir lo que uno piensa; es una prerrogativa del hombre. En toda Italia se escribe solamente lo que no se piensa. Los que viven en la patria de los Césares y de los Antoninos no se atreven a tener una idea sin el permiso de un fraile dominico. Estaría muy satisfecho de la libertad que inspira a los ingenios ingleses si la pasión y el espíritu de partido no corrompieran todo lo mejor que tiene esa preciosa libertad”.

Cándido, al ver un Milton, le pregunta si él no considera que este autor sea un gran hombre.

“¿Qué? –dijo Pococurante–. ¿Semejante bárbaro que para comentar el primer capítulo del *Génesis* escribe sobre él diez libros en versos duros? ¿Ese imitador grosero de los griegos, que desfigura la creación y que, mientras Moisés representa al Ser eterno generando el mundo mediante la palabra, hace que el Mesías busque en un armario del cielo un gran compás que le ayude a trazar su obra? ¿Sentir estima yo por uno que se tiró en el infierno y en el diablo de Tasso? ¿Por uno que disfraza a Lucifer de pigmeo o de sapo y lo hace repetir cien veces los mismos argumentos al ponerlo a discutir de teología? ¿Estima por uno que imita en serio la invención cómica de las armas de fuego de Ariosto, y hace que los diablos disparen cañonazos en el cielo? Ni yo ni nadie en Italia ha podido sentir el más mínimo placer ante todas estas tristes extravagancias. El matrimonio del pecado y de la muerte y las culebras paridas por el pecado, hacen vomitar a cualquier persona de mediano buen gusto, y su larga descripción de un hospital solo le gustaría a un enterrador. Ese poema oscuro, estrambótico y repugnante fue despreciado cuando nació, y yo lo trato hoy como lo trataron en su patria los contemporáneos. Por lo demás, digo lo que pienso, y me preocupo muy poco de que los otros piensen como yo”.

Cándido se afligió con este discurso; él respetaba a Homero y quería un poco a Milton.

“Ay –le dijo en voz baja a Martín–, mucho me temo que este hombre tenga un soberano desprecio por nuestros poetas alemanes”.

“No nos haría mucho daño con eso” –respondió Martín.

“Oh, ¡qué hombre tan superior! –decía entre dientes Cándido de todos modos–. ¡Qué gran genio este Pococurante! ¡No le gusta nada!”.

Después de haberle pasado así revista a todos los libros, bajaron al jardín, donde Cándido alabó todas sus bellezas.

“No conozco nada que sea tan de mal gusto –dijo el dueño–. Lo único que hay aquí son adornos baratos. Pero desde mañana voy a hacer que me planten otro con un diseño más noble”.

Cuando los dos curiosos se despidieron de Su Excelencia, Cándido le dijo a Martín:

“Bueno, estarás de acuerdo en que este es el más feliz de todos los hombres, puesto que está por encima de todo lo que tiene”.

“¿Pero no se da cuenta usted de que a él le fastidia todo lo que tiene? Dijo Platón, hace mucho tiempo, que los mejores estómagos no son los que devuelven todos los alimentos”.

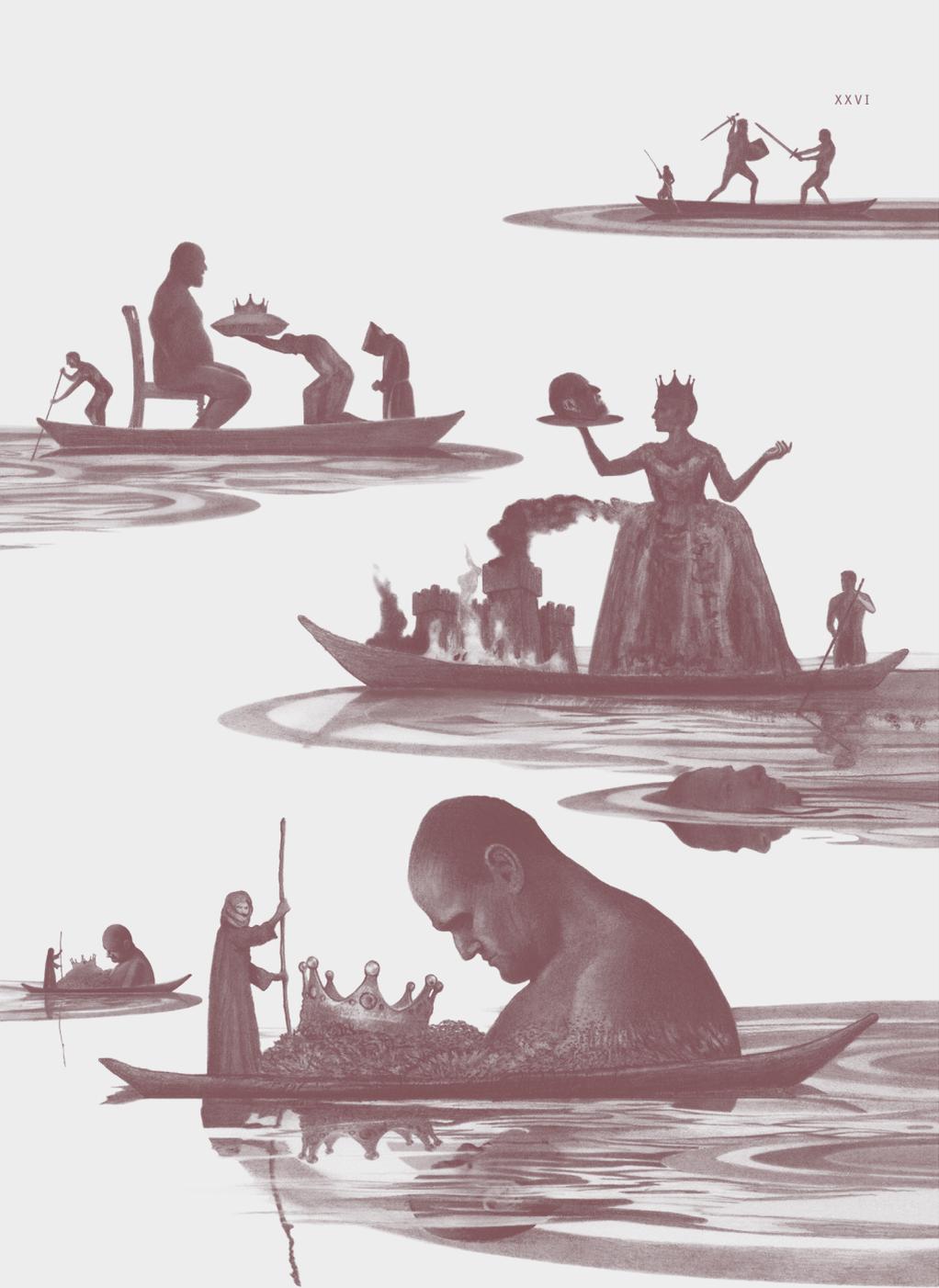
“Sin embargo –dijo Cándido–, ¿no se siente placer al criticarlo todo?, ¿al notar los defectos donde todos los demás creen ver bellezas?”.

“¿Es decir que es un gusto que nada nos guste?” –contestó Martín.

“¡Pues bien! –dijo Cándido–. Entonces no hay nadie tan feliz como yo cuando vuelva a ver a la señorita Cunegunda”.

“Siempre es bueno tener esperanzas” –dijo Martín.

Mientras tanto pasaban los días, las semanas. Cacambo no llegaba, y Cándido estaba tan hundido en su dolor que ni se dio cuenta de que Paquita y fray Jacinto no habían venido siquiera a darle las gracias.



XXVI

VOLTAIRE

XXVI

DE UNA CENA QUE TUVIERON
CÁNDIDO Y MARTÍN CON SEIS
EXTRANJEROS, Y QUIÉNES
ERAN ESTOS

Una noche que Cándido, seguido de Martín, se sentó a la mesa con unos extranjeros que se alojaban en el mismo hotel, un hombre con el rostro del color del hollín lo abordó por detrás y, tomándolo del brazo, le dijo:

“Prepárese para partir con nosotros, sin falta”.

Se dio la vuelta y vio a Cacambo. Solamente la vista de Cunegunda podría haberle maravillado y gustado más, así que estuvo a punto de enloquecer de la dicha. Abraza a su querido amigo.

“Cunegunda está aquí, sin duda, ¿dónde está? Llévame adonde esté para morirme de alegría a su lado”.

“Cunegunda no está aquí –dijo Cacambo–, sino en Constantinopla”.

“¡Ah, cielos, en Constantinopla! Aunque estuviera en la China, allá volaría, vámonos”.

“Partiremos después de cenar –prosiguió Cacambo–. No le puedo decir nada más; soy esclavo, mi amo me espera. Tengo que servir la mesa: no diga ni una palabra; cene y esté listo”.

Cándido, debatiéndose entre la dicha y el dolor, encantado de haber vuelto a ver a su fiel agente, atónito de verlo esclavo, obsesionado con la idea de volver a ver a su amante, el corazón agitado y el ánimo trastornado, se sentó a la mesa con Martín, que observaba con sangre fría todos estos sucesos, y con seis extranjeros que habían venido a pasar el carnaval en Venecia.

Cacambo, que le servía el vino a uno de los seis extranjeros, se inclinó al oído de su amo, hacia el final de la comida, y le dijo:

“Señor, Su Majestad puede partir cuando guste, el barco está listo”.

Tras haber dicho estas palabras, salió. Los comensales, asombrados, se miraban sin pronunciar una sola palabra, hasta que otro doméstico, acercándose a su amo, le dijo:

“Señor, la silla de Su Majestad está en Padua, y la barca está lista”.

El amo hizo una señal y el doméstico se fue. Todos los comensales volvieron a mirarse y la sorpresa común se redobló. Un tercer criado, acercándose también a un tercer extranjero, le dijo:

“Señor, créame, Su Majestad no debe quedarse aquí más tiempo: voy a prepararlo todo”.

Y de inmediato desapareció.

Cándido y Martín, entonces, ya no dudaron de que se trataba de una broma de carnaval. Un cuarto doméstico le dijo a un cuarto señor: “Su Majestad puede partir cuando quiera”, y salió como los otros. El quinto criado le dijo lo mismo al quinto patrón. Pero el sexto criado le habló de otra manera al sexto extranjero, que se sentaba al lado de Cándido, y le dijo: “A fe mía, señor, que no nos quieren seguir fiando nada, ni a mí, ni tampoco a Su Majestad. Y podrían encerrarnos esta misma noche, a usted y a mí. Voy a encargarme de mí mismo. Adiós”.

Todos los domésticos habían desaparecido y los seis extranjeros, Cándido y Martín permanecieron en un profundo silencio. Cándido, al fin, lo rompió:

“Señores—dijo—, qué broma tan extraña. ¿Por qué son reyes todos ustedes? Por mí, les confieso que ni Martín ni yo lo somos”.

El amo de Cacambo tomó entonces la palabra y dijo gravemente en italiano:

“Yo no estoy bromeando en absoluto. Me llamo Ahmed III²³ y he sido gran sultán varios años; destroné a mi hermano; mi

.....

²³ Ahmed III fue sultán de Turquía entre 1703 y 1730, cuando fue destronado. Murió en 1736.

sobrino me destronó a mí. Degollaron a mis visires. Consumo lo que me queda de vida en el viejo serrallo. Mi sobrino el gran sultán Mahmud me permite a veces viajar por cuestiones de salud y vine a pasar el carnaval en Venecia”.

Un hombre joven que estaba al lado de Ahmed, habló después de él y dijo:

“Me llamo Iván²⁴. Fui emperador de todas las Rusias. Me destronaron en la cuna. Mi padre y mi madre fueron encarcelados; me criaron en prisión. A veces se me da permiso de viajar, acompañado de mis guardianes, y vine a pasar el carnaval en Venecia”.

El tercero dijo: “Yo soy Carlos Eduardo²⁵, rey de Inglaterra. Mi padre me cedió sus derechos al trono; combatí para defenderlos; les arrancaron el corazón a ochocientos de mis partidarios, y con ellos mismos los abofetearon. Fui encarcelado; estoy yendo a Roma a hacerle una visita al rey, mi padre, destronado como yo y como mi abuelo, y he venido a pasar el carnaval en Venecia”.

Tomó entonces la palabra el cuarto, y dijo: “Yo soy rey de los polacos²⁶; la suerte de la guerra me despojó de mis estados hereditarios; mi padre padeció reveses parecidos. Como el sultán Ahmed, el emperador Iván y el rey Carlos Eduardo, a quienes

.....

²⁴ Voltaire evoca aquí a Iván IV, zar de Rusia de 1740 a 1741, cuando tenía un año, y destronado a favor de la hija de Pedro el Grande, Isabel. Murió asesinado por orden de la zarina a los veintitrés años, en 1764.

²⁵ Carlos Eduardo, conocido como “El Pretendiente”, vivió de 1720 a 1788. Intentó, sin éxito, retomar el trono de Inglaterra durante la guerra con Francia. Hijo de Jacobo Estuardo y nieto de Jacobo II.

²⁶ Voltaire se refiere a Augusto III, elector de Sajonia, el primer rey de los polacos aquí aludidos. Cuando Federico II invade Sajonia al principio de la guerra de los Siete Años, se refugió en Polonia. Su padre, Augusto II, sufrió una suerte parecida.

Dios conceda larga vida, me resigno a lo que disponga la Providencia, y he venido a pasar el carnaval en Venecia”.

El quinto dijo: “Yo también soy rey de los polacos²⁷; perdí dos veces mi reino, pero la Providencia me ha concedido otro Estado, en el cual he podido hacer más bien que todo el que han hecho juntos el total de los reyes de los sármatas a orillas del Vístula. También yo me someto a la Providencia y he venido a pasar el carnaval en Venecia”.

Quedaba el sexto monarca por hablar: “Majestades –dijo–, yo no soy tan gran señor como ustedes; pero en últimas he sido tan rey como cualquier otro. Yo soy Teodoro²⁸; me eligieron rey en Córcega; me llamaban *Vuestra Majestad*, y actualmente a duras penas me dicen *Señor*. Yo hice acuñar moneda y no tengo ni un centavo; yo tuve dos secretarios de Estado, y apenas tengo un criado; yo me vi sentado en un trono, y estuve largo tiempo en prisión en Londres, durmiendo sobre la paja. Y tengo bastante miedo de que me traten igual aquí, aunque yo haya venido, como Sus Majestades, a pasar el carnaval en Venecia”.

Los otros cinco reyes escucharon este discurso con una noble compasión. Cada uno de ellos le regaló veinte cequíes de oro de Venecia, de modo que el rey Teodoro pudiera comprarse trajes y camisas. Y Cándido le donó un diamante de dos mil cequíes.

“¿Quién es pues –decían los cinco reyes– este simple particular que no sólo puede dar cien veces más de lo que damos cada uno de nosotros, sino que los da?”.

.....
²⁷ Aquí se alude a Stanislas Leszcynski, cuya hija se casó con Luis XV. Este poderoso yerno lo estableció en Lorena.

²⁸ Aventurero y varias veces rey de los corsos, tras haberles ayudado contra los genoveses. Estuvo encarcelado por deudas en Ámsterdam y Londres, donde murió en 1756, a los sesenta y cinco años.

En el instante en que se levantaban de la mesa llegaron al mismo hotel cuatro altezas serenísimas que también habían perdido sus Estados a causa de la guerra, los cuales venían a pasar en Venecia el resto del carnaval. Pero Cándido ni miró a estos recién llegados. En lo único que pensaba era en ir a encontrar a su querida Cunegunda en Constantinopla.

XXVII

VIAJE DE CÁNDIDO A
CONSTANTINOPLA

El fiel Cacambo ya había conseguido que el capitán turco que iba a llevar de regreso al sultán Ahmed a Constantinopla, recibiera a bordo a Cándido y Martín. Y allí se dirigieron ambos después de haberse prosternado ante Su miserable Alteza. Ya en camino, Cándido le decía a Martín:

“Conque seis reyes destronados, y cenamos con ellos, e incluso entre esos seis reyes había uno al que le di limosna. Puede que haya muchos otros príncipes más desgraciados. En cuanto a mí, yo solo perdí cien carneros, y estoy volando a los brazos de Cunegunda. Mi querido Martín, una vez más, Pangloss tenía razón: todo está bien”.

“Ojalá” –dijo Martín.

“Pero fue una aventura muy poco verosímil la que tuvimos en Venecia –dijo Cándido–. Nunca se había visto ni oído contar que seis reyes destronados cenaran juntos en una fonda”.

“Pues eso no es más extraordinario –dijo Martín– que la mayoría de las cosas que nos han ocurrido. Es bastante común que a los reyes se los destrone; y en cuanto al honor de haber cenado con ellos, es una bagatela que no merece nuestra atención”.

Apenas Cándido subió al barco se le echó al cuello a su viejo criado, a su amigo Cacambo.

“Bueno –le dijo–, ¿qué pasa con Cunegunda? ¿Sigue siendo un prodigio de belleza? ¿Me sigue amando? ¿Cómo se ha portado? Me imagino que sin duda ya le compraste un palacio en Constantinopla, ¿o no?”.

“Mi querido patrón –respondió Cacambo–: Cunegunda lava platos a orillas del Propóntide, en casa de un príncipe que tiene

XXVII

VOLTAIRE

muy pocos platos; es esclava en la casa de un viejo soberano llamado Ragotski²⁹, a quien el Gran Turco concede asilo y tres escudos diarios. Pero lo que es más triste es que ella ha perdido su belleza y ahora está horriblemente fea”.

“¡Ah, bonita o fea! –dijo Cándido–. Soy un hombre honesto y mi deber es amarla siempre. Pero ¿cómo puede estar reducida a un estado tan abyecto con los cinco o seis millones que tú llevabas?”.

“Buena esa –dijo Cacambo–, ¿y no me tocó darle dos millones al señor don Fernando de Ibarra, y Figueroa, y Mascarenes, y Lampourdos, y Souza, gobernador de Buenos Aires, para obtener el permiso de llevarme a la señorita Cunegunda? ¿Y un pirata no nos despojó valientemente del resto? ¿Y ese pirata no nos llevó al cabo Matapan, a Milo, a Nicaria, a Samos, a Petra, a los Dardanelos, a Mármora, a Sartari? Cunegunda y la vieja son sirvientas donde ese príncipe que le mencioné, y yo soy esclavo del sultán destronado”.

“¡Qué montón de calamidades tan espantosas, y encadenadas unas con otras! –dijo Cándido–. Pero, después de todo, todavía tengo uno que otro diamante que me servirán para liberar fácilmente a Cunegunda. Lástima, eso sí, que esté tan fea”.

Y siguió así, dirigiéndose a Martín:

“¿Quién crees que sea más digno de lástima, el emperador Ahmed, el emperador Iván, el rey Carlos Eduardo o yo?”.

“Yo de eso no sé nada –dijo Martín–. Sería necesario que estuviera en los corazones de ustedes para saberlo”.

“¡Ah! –dijo Cándido–, si Pangloss estuviera aquí, él lo sabría y nos lo enseñaría”.

.....

²⁹ Un personaje histórico (1676-1735) que había sublevado a los húngaros contra el emperador de Austria. Derrotado, se había retirado a orillas del mar de Mármara.

“Yo no sé qué báscula –dijo Martín– habrá tenido su Pangloss para poder pesar los infortunios de los hombres y medir su dolor. Lo único que yo supongo es que hay millones de hombres sobre la tierra más dignos de lástima que el rey Carlos Eduardo, el emperador Iván y el sultán Ahmed”.

“Es muy posible” –repuso Cándido.

Llegaron en pocos días al canal del mar Negro. Cándido empezó por rescatar, muy caro, a Cacambo, y, sin perder tiempo, montó en una galera con sus compañeros para ir a las orillas del Propóntide a buscar a Cunegunda, por muy fea que pudiera estar.

Había entre la chusma dos galeotes que remaban muy mal, a los cuales el capitán levantino daba de vez en cuando algunos latigazos con un vergajo en los hombros desnudos. Cándido, por impulso natural, los miró con más atención que a los otros forzados, y se acercó a ellos con compasión. Algunos rasgos de sus rostros desfigurados le pareció que tenían un pequeño parecido con Pangloss y con ese desdichado jesuita, barón y hermano de Cunegunda. Esta idea lo conmovió y lo entristeció. Los observó todavía con más cuidado.

“De verdad –le dijo a Cacambo–, si yo no hubiera visto colgar al maestro Pangloss, y si yo no hubiera tenido la desgracia de matar al barón, pensaría que son estos que están remando en esta galera”.

Al oír el nombre de barón y de Pangloss los dos forzados lanzaron un gran grito, se pararon en sus bancos y dejaron caer los remos. El capitán levantino se arrojó sobre ellos y redobló los vergajazos.

“¡Deténgase, deténgase señor! –exclamó Cándido–. Le doy toda la plata que usted quiera”.

“¡Cómo! ¡Es Cándido!” –dijo uno de los forzados.

“¡Qué! ¡Es Cándido!” –dijo el otro.

“¿Estoy soñando? –dijo Cándido–. ¿Estoy despierto? ¿Estoy en esta galera? ¿Este es el señor barón que yo maté? ¿Es este el maestro Pangloss que yo vi colgar?”.

“Nosotros mismos, nosotros mismos” –respondieron ellos.

“¡Cómo! ¿Este es el gran filósofo?” –dijo Martín.

“Eh, señor capitán levantino –dijo Cándido–, ¿cuánta plata pide usted por el rescate del señor de Thunder-ten-tronckh, uno de los primeros barones del imperio, y del señor Pangloss, el más profundo metafísico de Alemania?”.

“Perro cristiano –respondió el capitán levantino–, puesto que estos dos perros forzados cristianos son barones y metafísicos, lo que sin duda es una gran dignidad en sus países, usted debe pagarme cincuenta mil cequíes”.

“Los tendrá usted, señor, repórtenme como un rayo a Constantinopla, y se le pagará en el acto. Pero no, llévenme antes donde la señorita Cunegunda”.

El capitán levantino, a la primera oferta de Cándido, había ya dado vuelta a la proa hacia la ciudad, y hacía que remaran más rápido de lo que un pájaro hiende el aire.

Cándido abrazó cien veces al barón y a Pangloss.

“¿Cómo es posible que yo no lo haya matado, mi querido barón? Y mi querido Pangloss, ¿cómo puede seguir vivo después de que lo ahorcaron? ¿Y por qué están los dos en las galeras de Turquía?”.

“¿Pero es verdad que mi querida hermana está en este país?” –decía el barón.

“Sí” –respondió Cacambo.

“Así que vuelvo a ver a mi querido Cándido” –exclamaba Pangloss.

Cándido les presentó a Martín y a Cacambo. Todos se abrazaron, todos hablaban al mismo tiempo. La galera volaba, ya habían llegado al puerto. Hicieron venir un judío, al cual

Cándido le vendió por cincuenta mil cequíes un diamante que valía cien mil, y por el cual él juró por Abraham que no podía dar ni un centavo más. Pagó de inmediato el rescate del barón y de Pangloss. Este se arrojó a los pies de su liberador y se los bañó de lágrimas; el otro le agradeció con una señal de la cabeza y le prometió devolverle la plata a la primera oportunidad.

“¿Pero es posible que mi hermana esté en Turquía?” –preguntaba.

“Más que posible –le contestó Cacambo– puesto que está fregando la vajilla donde un príncipe de Transilvania”.

Hicieron venir enseguida a dos judíos; Cándido volvió a vender más diamantes y se embarcaron todos en otra galera para ir a liberar a Cunegunda.

XXVIII

DE LO QUE LES ACONTECIÓ A
CÁNDIDO, A CUNEGUNDA, A
PANGLOSS, A MARTÍN, ETC.

“Perdón, una vez más –le dijo Cándido al barón–. Perdóneme, Reverendo Padre, por haberle asestado ese golpe de espada con que le atravesé el cuerpo”.

“No se hable más del asunto –dijo el barón–. Debo admitir que exageré un poco. Pero, ya que quiere saber por cuál azar me vio usted en las galeras, le diré que después de que el her-

mano apotecario del colegio me curó la herida, fui atacado y raptado por una manada de españoles. Me encarcelaron en Buenos Aires por los mismos días en que mi hermana acababa de partir. Solicité que me trasladaran a Roma, al lado del Padre General, y fui destinado a Constantinopla para servirle de capellán al Embajador de Francia. No habían pasado ocho días desde que había entrado en servicio, cuando me encontré al atardecer con un apuesto joven que trabajaba en el serrallo del sultán. Hacía mucho calor; el joven se quería bañar; yo aproveché la ocasión para bañarme también. Yo no tenía ni idea de que era un delito capital encontrar a un cristiano desnudo con un joven musulmán. Un cadí ordenó que me dieran cien bastonazos en las plantas de los pies y me condenó a las galeras. No creo que haya habido una injusticia más horrible. Pero lo que yo quiero es saber por qué mi hermana está en la cocina de un soberano de Transilvania refugiado entre los turcos”.

“Pero usted, mi querido Pangloss –dijo Cándido–, ¿cómo es posible que yo haya podido volver a verlo?”

«Es verdad –dijo Pangloss– que usted vio cuando me ahorcaron. Lo más natural habría sido que me quemaran. Pero acuértese que empezó a llover a cántaros cuando me iban a cocinar;

la tormenta fue tan espantosa que no hubo manera de prender el fuego; en vista de que no podían quemarme, me colgaron. Un cirujano compró mi cadáver y me llevó a su casa para disecarme. Empezó por hacerme una incisión en forma de cruz desde el ombligo hasta la clavícula. A nadie han ahorcado más mal que como me colgaron a mí. El ejecutor de las altas obras de la santa Inquisición, que era subdiácono, sabía quemar gente a las mil maravillas, pero no estaba acostumbrado a ahorcarla. La cuerda estaba mojada y resbalaba mal, se le hizo un nudo. En fin, yo respiraba todavía. La incisión crucial me hizo pegar un grito tan grande que mi cirujano se fue de para atrás, y creyendo que estaba disecando al diablo, salió corriendo muerto de miedo y volvió a caerse por las escaleras mientras escapaba. Su esposa, al oír tanto ruido, acudió desde un gabinete cercano. Me vio tendido sobre la mesa con mi incisión crucial, y le dio todavía más miedo que a su marido; salió corriendo y cayó encima de él. Cuando empezaron a recuperarse yo oí que la cirujana le decía al cirujano:

»“Querido mío, ¿a quién se le ocurre disecar a un hereje? ¿Acaso no se sabe que esa gente tiene siempre metido al diablo en el cuerpo? Voy a ir bien rápido a buscar un cura para que lo exorcice”.

»Temblé ante esta perspectiva, junté las pocas fuerzas que me quedaban y logré gritar:

»“¡Tengan piedad de mí!”.

»Finalmente el barbero portugués se armó de valor; me volvió a coser la piel; su misma esposa se ocupó de mí; estuve de nuevo en pie como a los quince días. El barbero me encontró un destino y me hizo lacayo de un caballero de Malta que iba a Venecia. Pero como mi patrón no tenía con qué pagarme, me puse al servicio de un comerciante veneciano, al cual seguí hasta Constantinopla.

»Un día tuve la gran idea de entrar a una mezquita; no había más que un viejo imán y una joven devota muy bonita que

decía sus padrenuestros. Llevaba el pecho descubierto y tenía entre sus dos tetas un hermoso ramillete de tulipanes, rosas, anémonas, ranúnculos, jacintos y nomeolvides; ella dejó caer el ramillete; yo lo recogí y se lo volví a poner con el mayor cuidado y respeto posibles; me demoré tanto tiempo volviéndoselo a poner que al imán le dio rabia, y al notar que era cristiano, gritó pidiendo auxilio. Me llevaron donde el cadí, que me condenó a cien latigazos en la planta de los pies y me mandó a las galeras. Me encadenaron precisamente en la misma galera y en el mismo banco que el señor barón. Había en esta galera cuatro jóvenes de Marsella, cinco curas napolitanos y dos monjes de Corfú, los cuales nos dijeron que casos como estos sucedían todos los días. El señor barón pretendía haber sufrido una injusticia mayor que la mía; yo por mi parte sostenía que era mucho más lícito volver a poner un ramillete entre los senos de una mujer que estar en pelota con un efebo del serrallo del sultán. No parábamos de discutir y recibíamos veinte latigazos con vergajo de buey al día, hasta que el encadenamiento de los sucesos de este universo lo condujeron a usted a nuestra galera, donde nos rescató».

“¡Y bien!, mi querido Pangloss –le dijo Cándido–, quisiera saber si usted, cuando lo colgaron, lo disecaron, lo molieron a golpes, lo echaron a remar en las galeras, ¿seguía pensando que todo iba siempre lo mejor posible en el mundo?”.

“Sigo siempre inclinado a mi primera opinión –respondió Pangloss–, pues al fin y al cabo soy filósofo: no me conviene desdecirme, Leibniz no puede estar equivocado, y además la armonía preestablecida es la cosa más bella del mundo, tanto como lo pleno y la materia sutil”³⁰.

.....

³⁰ Voltaire se burla aquí de Leibniz, que habla de la “armonía preestablecida” y de Descartes, que descarta la existencia del vacío, al cual llena con la “materia sutil”.

XXIX

DE CÓMO CÁNDIDO VOLVIÓ A
ENCONTRAR A CUNEGUNDA Y
A LA VIEJA

Mientras Cándido, el barón, Pangloss, Martín y Cacambo contaban sus aventuras, iban razonando sobre los acontecimientos contingentes y no contingentes³¹ del universo, discutiendo sobre los efectos y las causas, sobre el mal físico y el mal moral, sobre la libertad y la necesidad, sobre los consuelos que se pueden experi-

mentar mientras se está en las galeras en Turquía, arribaron a las orillas del Propóntide y a la casa del príncipe de Transilvania. Los primeros objetos que se les presentaron a la vista fueron Cunegunda y la vieja, que tendían servilletas en unas cuerdas para hacerlas secar.

El barón se puso pálido ante esta vista. El tierno Cándido enamorado, al ver a su bella Cunegunda renegrada por el sol, los ojos marchitos, los senos secos y caídos, las mejillas arrugadas, los brazos rojos y pelados, dio tres pasos atrás, horrorizado, pero avanzó enseguida para no ser grosero. Ella abrazó a Cándido y a su hermano; abrazaron a la vieja, y Cándido pagó el rescate de las dos.

Había una pequeña granja en las cercanías. La vieja le propuso a Cándido que se instalaran en ella, mientras esperaban a que toda la tropa tuviera un destino mejor. Cunegunda no se había dado cuenta de lo fea que estaba y nadie se lo había advertido tampoco. Le recordó a Cándido sus promesas en un tono tan firme que el buen Cándido no se atrevió a rechazarla. Le hizo saber entonces al barón que iba a casarse con su hermana.

.....

³¹ Es decir los que dependen o no dependen del azar.

“Yo no voy a permitir nunca –dijo el barón– una bajeza tal de parte de mi hermana ni semejante insolencia de parte suya. Una infamia así no se me va a reprochar jamás: los hijos de mi hermana no podrían entrar en los capítulos de la nobleza alemana. Eso jamás, mi hermana solo se casará con un barón del Imperio”.

Cunegunda se arrojó a sus pies y se los bañó en lágrimas; el barón fue inflexible.

“Barón loco –le dijo Cándido–. Te salvé de las galeras, pagué tu rescate, pagué el de tu hermana. ¡Ella se dedicaba a lavar platos aquí, está fea, yo tengo la bondad de hacerla mi esposa, y todavía pretendes oponerte! Volvería a matarte si atendiera a mi cólera”.

“Puedes volver a matarme –dijo el barón–, pero no vas a casarte con mi hermana mientras yo esté vivo”.

XXX

CONCLUSIÓN

Cándido, en el fondo del alma, no tenía nada de ganas de casarse con Cunegunda. Pero la extremada impertinencia del barón lo determinaba a celebrar el matrimonio, y Cunegunda lo presionaba de tal forma que no era capaz de romper su promesa. Lo consultó con Pangloss, Martín y el fiel Cacambo. Pangloss redactó un hermoso me-

memorial mediante el cual se probaba que el barón no tenía ningún derecho sobre su hermana, y que ella podía, según todas las leyes del Imperio, casarse con Cándido por la mano izquierda³². Martín concluyó que lo mejor era tirar al mar al barón. Cacambo decidió que era necesario devolvérselo al capitán levantino para que lo pusieran a remar otra vez en las galeras, tras lo cual lo mandarían de nuevo a Roma, donde el padre general, en el primer barco. Les pareció muy bueno este consejo; la vieja lo aprobó; no se le dijo nada a la hermana; el asunto se concluyó con un poco de dinero, y así tuvieron el gusto de atrapar a un jesuita y de castigar el orgullo de un barón alemán.

Sería del todo natural imaginar que Cándido, después de tantos desastres, ya casado con su amante y viviendo con el filósofo Pangloss, con el filósofo Martín, con el prudente Cacambo y la vieja, y habiéndose además traído tantos diamantes de la patria de los antiguos incas, tuviera desde entonces la vida más agradable del mundo. El caso es que los judíos lo estafaron tantas veces que lo único que le quedó fue su finqui-

³² Con esta expresión se indica que en este tipo de matrimonio no se comparten ni los títulos nobiliarios ni los bienes de cada contrayente.

xxx

VOLTAIRE

ta. Su mujer, que se iba poniendo cada día más fea, se volvió agria e insoportable; la vieja estaba enferma y tenía un genio todavía peor que el de Cunegunda. Cacambo, que trabajaba en el jardín, y que iba a vender las legumbres a Constantinopla, tenía exceso de trabajo y maldecía su destino. A Pangloss lo desesperaba no poder brillar en alguna universidad alemana. En cuanto a Martín, él estaba firmemente convencido de que uno está igual de mal en cualquier parte; tomaba las cosas con mucha paciencia. Cándido, Martín y Pangloss discutían a veces sobre metafísica y moral. Se veían pasar a menudo, desde las ventanas de la finca, barcos cargados de efendis, de pachás, de cadíes, a quienes se mandaba al exilio a Lemnos, a Mitilene, a Erzerum. Se veían venir otros cadíes, otros pachás, otros efendis, que ocupaban el lugar de los expulsados, y que eran expulsados a su turno también. Se veían cabezas pulcramente embalsamadas que iban a presentar en la Sublime Puerta. Estos espectáculos hacían redoblar las discusiones; y cuando dejaban de discutir, el aburrimiento era tan excesivo que una vez la vieja se atrevió a decirles:

“Yo quisiera saber qué es peor: ¿que te violen cien veces unos piratas negros y que te corten una nalga, que te apaleen con varas los búlgaros, que te azoten y ahorquen en un auto de fe, que te hagan una disección, que haya que remar en las galeras, en fin, que hayamos tenido que soportar todas las desgracias por las que hemos pasado todos nosotros, o tener que quedarnos aquí sin hacer nada?”.

“Esa es una gran pregunta” –dijo Cándido.

Este razonamiento suscitó nuevas reflexiones y sobre todo Martín concluyó que los seres humanos nacieron para vivir entre las convulsiones de la inquietud o en el letargo del tedio. Cándido no estaba de acuerdo, aunque sin poderlo asegurar. Pangloss admitía que él había siempre sufrido horriblemente,

pero que habiendo sostenido una vez que todo iba de maravilla, lo seguiría sosteniendo siempre, aunque no lo creyera.

Ocurrió algo que acabó de confirmar a Martín en sus detestables principios, hizo dudar más que nunca a Cándido, y puso muy incómodo a Pangloss. Y es que un día vieron desembarcar en la finca a Paquita con el hermano Jacinto, que estaban en la más extrema miseria. Se habían comido muy rápido sus tres mil piastras, se habían dejado, habían vuelto a juntarse, se habían disgustado, los habían encarcelado, se habían escapado, y en últimas fray Jacinto se había hecho turco. Paquita seguía en su oficio por todos lados, pero ya no ganaba nada.

“Yo ya le había advertido –le dijo Martín a Cándido– que ellos iban a despilfarrar rápidamente sus regalos y que estos solo los harían aún más desgraciados. Usted y Cacambo llegaron a tener millones de piastras, y no son más felices que el hermano Jacinto y Paquita”.

“¡Ay, ay, ay! –le dijo Pangloss a Paquita–, así que el cielo te ha traído aquí, mi pobrecita niña. ¿Sabes que me costaste la punta de la nariz, un ojo y una oreja? ¿Cómo te ha ido, pues? ¡Qué mundo es este!”.

Este nuevo suceso los condujo a filosofar más que nunca.

Había en las cercanías un derviche muy famoso, que era considerado el mayor filósofo de Turquía; fueron a consultarle; el encargado de hablar era Pangloss, que le dijo:

“Maestro, hemos venido a pedirle que nos diga por qué ha sido creado un animal tan extraño como el hombre”.

“¿Y tú por qué te metes? –dijo el derviche– ¿Acaso es asunto tuyo?”.

“Pero, Reverendo Padre –dijo Cándido–, es que hay demasiados males horrorosos en la tierra”.

“¿Y eso qué importa –dijo el derviche– que haya mal o que haya bien? Cuando Su Alteza manda un barco a Egipto, ¿se

preocupa de si los ratones que van en la estiba están cómodos o no?”.

“¿Entonces qué hay que hacer?” –dijo Pangloss.

“Callarse” –dijo el derviche.

“Tenía la ilusión –dijo Pangloss– de poder razonar un poco con usted sobre las causas y los efectos, sobre el mejor de los mundos posibles, sobre el origen del mal, sobre la naturaleza del alma y sobre la armonía preestablecida”.

El derviche, al oír estas palabras, les tiró la puerta en la cara.

Mientras estaban en esta conversación, se difundió la noticia de que en Constantinopla acababan de estrangular a dos visires de banco³³ y al muftí, y que habían empalado a varios de sus amigos. Durante algunas horas se hizo mucho ruido con esta catástrofe. Pangloss, Cándido y Martín, cuando iban de regreso a la finquita, se encontraron con un buen viejo que tomaba el fresco a la puerta de su casa, a la sombra de una pérgola de naranjos. Pangloss, que era igual de curioso que de caviloso, le preguntó cómo se llamaba el muftí al que acababan de estrangular.

“Yo de eso no sé nada –respondió el buen hombre–, y jamás he sabido cómo se llama ningún muftí ni ningún visir. Ignoro completamente el asunto del que me está hablando. Supongo que en general quienes se inmiscuyen en los asuntos públicos, corren el riesgo de morir miserablemente, y que se lo merecen. Pero yo nunca me informo de lo que pasa en Constantinopla; me contento con mandar a vender allá los frutos que cultivo en el jardín”.

Al decir estas palabras, hizo entrar a los extranjeros en su casa. Sus dos hijas y sus dos hijos les ofrecieron varios tipos

.....

³³ Los *visires de banco* son los ministros a quienes se admite al Consejo del Gran Señor, el *banco*. El gran muftí es el jefe espiritual de la comunidad musulmana. Nota de Deloffre.

de sorbetes que hacían ellos mismos: natillas adornadas con cortezas de cidra confitada; naranjas, limas, limones, piñas, pistachos, café de Moka que no había sido mezclado con el mal café de Batavia ni de las Antillas. Y tras esto las dos hijas de este buen musulmán perfumaron las barbas de Cándido, de Pangloss y de Martín.

“Seguro que usted tiene mucha tierra –le dijo Cándido–, y muy fértil”.

“Solo tengo once cuerdas –respondió en turco–; las cultivo con mis hijos; el trabajo nos aleja de tres grandes males: la pereza, el vicio y la necesidad”.

Cándido, al regresar a su finca, estuvo reflexionando profundamente sobre lo que había dicho el turco. Les dijo a Pangloss y a Martín:

“Me parece que este buen anciano se ha construido una suerte muy preferible a la de esos seis reyes con quienes tuvimos el honor de cenar”.

“Las grandezas –dijo Pangloss– son muy peligrosas, según lo refieren todos los filósofos: pues en últimas Eglón, rey de los moabitas, fue asesinado por Aod; a Absalón lo colgaron del pelo y le clavaron tres dardos; al rey Nadab, hijo de Jero-boam, lo mató Baasa; al rey Ela, Zambri; a Ocosías, Jehú; a Atali, Joiada; los reyes Joaquín, Jeconías, Sedecías, fueron esclavos. ¿Saben cómo perecieron Creso, Astiages, Darío, Dionisio de Siracusa, Pirro, Perseo, Aníbal, Yгурта, Ariovisto, César, Pompeyo, Nerón, Otón, Vitelio, Domiciano, Ricardo II de Inglaterra, María Estuardo, Carlos I, los tres Enriques de Francia, el emperador Enrique IV? Ustedes saben...”.

“Yo también sé –dijo Cándido– que hay que cultivar nuestro jardín”.

“Usted tiene razón –dijo Pangloss–: porque cuando el hombre fue puesto en el jardín del Edén, lo pusieron ahí *ut operaretur*

*eum*³⁴, para que lo trabaje, lo cual prueba que el hombre no ha nacido para reposar”.

“Trabajemos sin pensar –dijo Martín–; es el único modo de volver soportable la vida”.

Toda la pequeña compañía se ciñó a este loable propósito; cada uno se puso a ejercitar sus talentos. La tierrita produjo mucho. Cunegunda estaba muy fea, de verdad, pero se volvió una gran repostera; Paquita bordó; la vieja se ocupó de la ropa. Hasta el hermano Jacinto encontró qué hacer; era muy buen carpintero e incluso llegó a ser un hombre honrado. Y Pangloss a veces le decía a Cándido:

“Todos los acontecimientos están encadenados en el mejor de los mundos posibles. Porque, en últimas, si a usted no lo hubieran echado de un gran castillo a las patadas en el trasero por amor a la señorita Cunegunda, si usted no hubiera pasado por la Inquisición, si no hubiera recorrido América a pie, si no hubiera atravesado con la espada a un barón, si usted no hubiera perdido todos sus carneros del buen país de Eldorado, no estaría comiendo aquí pedacitos de cidra confitada con pistachos”.

“Eso está muy bien dicho –respondió Cándido–, pero hay que cultivar nuestro jardín”.

.....
³⁴ Cita bíblica de la vulgata: “Tulit ergo Dominus hominem et pusuit eum in paradiso voluptatis, ut operaretur et custodiret illum”. Voltaire había notado que, según el *Génesis*, Dios había puesto a los hombres en el Jardín del Edén para que lo cuidaran y trabajaran.

Epílogo

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

EPÍLOGO



VOLTAIRE

1. La obra

A mediados de 1758, cuando empieza a escribir el más juvenil y ágil de sus libros, *Cándido*, Voltaire tenía sesenta y tres años. No lo escribió en tres días, como sostuvo con gran exageración Anatole France, pero sí en pocos meses. Para su cumpleaños número sesenta y cuatro, el 21 de noviembre, la pequeña obra maestra debía estar terminada, pues el 9 de diciembre, en una carta a la condesa alemana Charlotte-Sophie Bentinck, hay claras alusiones a un libro que acaba de terminar, y del que probablemente ella había oído leer algunos fragmentos durante la visita que le había hecho al escritor y amante, en Ginebra, entre el 14 de septiembre y el primero de octubre de ese mismo año. La mención de esta condesa es importante pues Voltaire la había conocido años antes en un castillo en Westfalia y tanto su porte como algunos aspectos de su personalidad remiten, según Frédéric Deloffre, al personaje de Cunegunda.

Aunque las anteriores sean las fechas que se pueden rastrear para la escritura final de *Cándido*, las grandes obras literarias, por fantásticas y muy ficticias que sean, no se empiezan a escribir el día en que su autor toma la pluma y redacta el borrador del primer párrafo. Las novelas no surgen *ex nihilo*, de la nada. Muchas ideas geniales provienen a menudo de la vida, de la realidad, es decir, tanto de la experiencia privada del escritor, como de los sucesos del mundo en el que habita.

En 1755 ocurrieron dos hechos que están a la base de la creación de *Cándido*, y sin los cuales probablemente el libro no se habría escrito nunca. El primero es personal y consistió en la compra de una finca en las afueras de Ginebra, frente al lago, a la que Voltaire bautizaría Les Délices. Pese a que Voltaire era un hombre inmensamente rico, el negocio fue muy difícil, pues los extranjeros no podían tener propiedades en Suiza, y el escritor

requirió dos argucias legales para lograr comprarla: la primera, que un miembro de la poderosa familia Tronchin (entre quienes estaban un amigo poeta, François, su médico, Théodore, y su asesor financiero, Robert) le sirviera de testaferro y aceptara figurar como propietario de la casa; y la segunda, que el Gobierno de Ginebra le concediera a Voltaire el permiso de residir allí. Obtenidos ambos favores, Voltaire, su sobrina, Madame Denis, y su secretario, Cosimo Collini, entraron a vivir en la propiedad el primero de marzo, e inmediatamente se dedicaron a mejorar la finca, construyendo un jardín de hortalizas y árboles frutales, además de la adaptación de una amplia galería para representar obras de teatro de un modo privado y casi clandestino, pues el teatro estaba prohibido en la muy puritana ciudad de Ginebra. Una vez allí, Voltaire invita a su amiga, la condesa Bentinck, a que se instale con él en la finca y se convierta en una “mujer de campo” que cultive su espíritu, pero también “flores y frutas”. La noble señora nunca aceptó compartir este modesto ideal de vida, que es el que Voltaire defiende al final de *Cándido*.

El segundo suceso no pudo ser más impersonal, pero tendría consecuencias en toda Europa, no solo humanas (más de cien mil muertos) y financieras (quiebras en muchas ciudades del mundo, incluyendo Ginebra), sino filosóficas (avivó el debate filosófico sobre las bondades de la naturaleza y las perfecciones de la creación divina). Me refiero, obviamente, al terremoto de Lisboa del primero de noviembre de 1755. El terremoto, seguido por un tsunami y concluido con un incendio que acabó de arrasarse casi toda la ciudad, causó una impresión muy viva en todo el mundo e hizo tambalear las convicciones de los defensores del optimismo. Voltaire aprovechó esta tragedia natural para retar a sus enemigos filosóficos (entre los cuales el más visible era Rousseau, pero incluía también a seguidores y discípulos de Pope y de Leibniz) y ya a principios del año si-

guiente estaba publicando su famoso poema sobre el terremoto de Lisboa: “Poema sobre el desastre de Lisboa o examen de este axioma: todo está bien”.

La discusión tiene que ver con el antiguo problema del Mal: si hay un único Dios y este es todopoderoso y ama a los hombres, ¿por qué hay tanto sufrimiento en la tierra? ¿Cómo compaginar las bondades de la creación y de la Providencia con la muerte de tantos inocentes? ¿Cómo atribuir a la maldad de los hombres o a la corrupción de las costumbres esta tragedia? Para Rousseau la culpa de tantos muertos seguía siendo humana, pues era a los hombres a quienes se les ocurría la insensatez de construir ciudades, es decir, un montón de casas y de personas juntas en un pequeño espacio. El buen salvaje, bajo una choza aislada, podría sobrevivir a todos los terremotos.

Si a los dos acontecimientos anteriores agregamos el comienzo de la Guerra de los Siete Años, en 1756, que involucró a varias potencias europeas, entre las cuales se enfrentaban Prusia y Francia (las dos patrias de Voltaire), el cuadro histórico y personal en el cual se compuso *Cándido* está completo: un jardín privado en un país extranjero que le concedía una especie de asilo y refugio seguro al escritor tantas veces perseguido; una catástrofe natural que le daba argumentos filosóficos difíciles de rebatir a su concepción del mundo; y un conflicto armado devastador entre países supuestamente civilizados, que demostraba la locura de los gobiernos y los horrores de la guerra.

No solo se ha exagerado al decir que Voltaire compuso *Cándido* en pocos días, sino que también se exagera al afirmar que para él una novela corta como esta no tenía ni la seriedad ni el valor de sus obras poéticas, filosóficas o dramáticas. Esta *nouvelle* sería, en este sentido, un mero divertimento al que el autor no concedía mucha importancia. Hay un hecho que desmiente esta hipótesis: detrás de la publicación inicial de *Cándido* hubo

una estrategia comercial y política cuidadosamente calculada: Voltaire sabía que una obra como esta, en la que se burlaba de la Providencia, de la Creación, de la Naturaleza, de las guerras insensatas de los reyes europeos, y de la Inquisición, sería inmediatamente perseguida, censurada, recogida, incluso quemada. La única forma de evadir la censura y conseguir la difusión que él quería que alcanzara era sacándola simultáneamente en varias ciudades y en varias imprentas. Gracias a su larga experiencia con la censura, Voltaire ya sabía cómo enloquecer a los censores.

Hay pruebas de que Voltaire no solo envió el manuscrito al editor ginebrino, Cramer, que publicó la edición príncipe en enero de 1759, sino una versión un poco menos corregida a un impresor de Londres, y copias impresas de la edición ginebrina, pero todavía en hojas sueltas, sin encuadernar, a París, Lyon, Ámsterdam y Londres, de modo que en pocos meses hubiera tal cantidad de ediciones repartidas por toda Europa, que el trabajo de los censores resultara inútil para detener la avalancha. Por mucho que en Ginebra y en París el libro fuera prohibido, sacado de las librerías y quemado en la plaza pública, otros ejemplares siguieron su camino. En el solo año 59 hubo diecisiete ediciones de la obra, publicadas en distintos países. Y ese mismo año empezaron a aparecer las traducciones al inglés y a otras lenguas europeas.

La otra precaución tomada por Voltaire fue envolver en el anonimato y en la confusión al verdadero autor de la pequeña obra: no solo apareció como una traducción del alemán, a partir de un original escrito por un tal doctor Ralph, sino que el mismo Voltaire se dedicó a enviar cartas a los periódicos y a las imprentas, en las cuales negaba terminantemente su autoría del libro, e incluso proponía nuevas hipótesis sobre otros supuestos autores posibles. Si en Ginebra o en París se lo acusaba de ser él la mente detrás de un libro tan ácido y sarcástico; si para algunos lectores

él era el único capaz de una prosa tan clara y juguetona, de un estilo tan natural, Voltaire de todos modos prefirió protegerse negándose a reconocer su autoría durante años. Este disimulo, sin embargo, no le impidió corregir la primera edición e incluso añadir fragmentos extensos con temáticas que en los años siguientes resultaban también importantes para él, como la denuncia de la esclavitud añadida en el capítulo XIX y publicada en una nueva edición de 1761. Demasiados esfuerzos para un mero divertimento. Si la Iglesia incluyó el librito en el *Index Librorum Prohibitorum* apenas tres años después, bajo el nombre de su autor verdadero, fue porque antes no había podido establecerse a cabalidad que el autor era Voltaire, su enemigo jurado.

Cándido, con toda su carga polémica, con todo el interés que tiene en demostrar la tesis de que el mundo es horrible y de que los seres humanos suelen ser egoístas, violentos e insensatos, es al mismo tiempo un libro lleno de gracia, de ligereza, de alegría. Una curiosa paradoja es que las personas optimistas, aquellas que creen en las perfecciones del mundo y en la infinita bondad del Creador, suelen defender sus tesis de un modo lúgubre, pesado y lleno de advertencias y recriminaciones (puesto que los males físicos y naturales se deben al pecado). El pesimista Voltaire, en cambio, no deja de gozar y de reírse al mostrar y demostrar los horrores del mundo, las maldades de los hombres y los buenos motivos que tenemos para ser pesimistas. Como sostiene Leonardo Sciascia, la más fascinante contradicción de *Cándido* es que “un libro escrito para fundamentar el pesimismo y burlarse del optimismo consigue, en últimas, infundir optimismo. Un mundo en el que existe Voltaire y donde hay lectores que lo leen con gusto, no puede ser un mundo tan malo”.

Y es esto lo que ocurre con una historia como la de *Cándido*: un relato que no hace más que describir un horror tras otro, una injusticia tras otra, un relato en el que las catástrofes naturales

y las enfermedades son complementadas por la malevolencia o el fanatismo humano, es, sin embargo, un relato que rebosa gracia, levedad y alegría. Un libro, en definitiva, parecido a su autor: vertiginoso, ameno, lleno de comprensión y humanidad.

2. La traducción

Voltaire quería que sus textos fueran absolutamente modernos; su estilo es lo más distante posible de lo retórico, lo retorcido o lo alambicado. Es rápido, directo, preciso, coloquial. Tratar de “embellecerlo” o de volverlo poético en una traducción sería la peor de las traiciones, y sin embargo, tal vez la más común cuando ha caído en manos de aquellos que tienen el extraño gusto de pensar que lo literario coincide con lo rebuscado. La belleza de *Cándido*, aquello que llevó a Borges a decir que Voltaire escribía “la mejor prosa francesa y quizá del mundo”, consiste en su claridad, en su aparentemente fácil sencillez, en sus exageraciones deliberadas, sus parodias, sus burlas y sus ironías. Se nota que Voltaire se ríe y goza cuando escribe, y quiere que el lector lo acompañe en esas sensaciones de dicha cuando la inteligencia y la levedad triunfan contra la pesadez de cierto tipo de escritura y de filosofía.

Los que hablamos una lengua romance no estamos muy lejos de saber también las demás. Español, portugués, italiano, francés, son lenguas muy cercanas, que podemos, si no hablar, al menos leer con un esfuerzo mucho menos grande que cuando intentamos leer en inglés, en alemán o en japonés. Hace muchos años me hice el firme propósito de mejorar mi rudimentario francés de periódico o de aeropuerto, en modo de ser capaz de leer también literatura. Cuando en la editorial que fundé con unos amigos, Angosta Editores, resolvimos publicar también algunos clásicos para una nueva colección, pensé que me

había llegado la hora de leer en lengua original un librito que había leído al menos cinco veces en otros idiomas. Me propuse, entonces, leer a *Cándido* en francés y, para estar seguro de que lo estaba leyendo con el cuidado necesario, quise traducirlo al castellano a medida que lo iba leyendo.

Mis lecturas anteriores habían sido en italiano, en inglés y en español, pero la peor versión de las tres que tenía en mi biblioteca era la castellana. La frase más célebre de *Cándido*, y la última del libro, es sencilla, directa, e incluso en mi precario francés no daba lugar a muchas interpretaciones: *mais il faut cultiver notre jardin*. Sin darle muchas vueltas, la traducción tenía que ser algo así: “pero hay que cultivar nuestro jardín”. ¿Qué decía la versión castellana que había en mi casa? Lo siguiente: “pero es menester labrar nuestra huerta” (El Ateneo, Buenos Aires, 1965, p. 788).

Sin cargar mucho las tintas podría señalar muchos otros pasajes en los que la traducción española convertía la historia jugosa y sencilla de Voltaire en una cosa árida, rebuscada, lenta y supuestamente llena de elocuencia. Daré solo un ejemplo más. El relato de las miserias de Cunegunda lo empieza a contar ella misma en el capítulo octavo de la *nouvelle*. Voltaire va al grano: *J'étais dans mon lit et je dormais profondément, quand il plut au ciel de'envoyer les Bulgares dans notre beau château...* ¿Cómo trasladaba algo tan simple la traducción castellana que tenía yo? “Durmiendo a pierna suelta estaba en mi cama, cuando plugo al cielo que entraran los búlgaros en nuestra soberbia quinta...” (*Ibid.*, p. 718). ¿No había una forma más simple y directa de decir lo mismo y respetar el tono coloquial de Voltaire? Esta es mi propuesta: “Yo estaba en mi cama y dormía profundamente cuando quiso el cielo que llegaran los búlgaros a nuestro hermoso castillo...”.

Sé muy bien que existen decenas de traducciones de *Cándido* al español, algunas de ellas muy buenas, y que al comparar

la que he citado con la mía, resulta muy fácil llegar a soluciones más directas y sencillas. Si bien el español peninsular, el mexicano o el argentino no encierran dificultades de comprensión para un colombiano, sí hay giros, conjugaciones verbales y modismos que de algún modo, a un lector local corriente, lo desconcentran del relato y lo remiten a la forma en que se lo ha traducido. Si el uso de la segunda persona del plural es corriente en España, en América es extraño o anticuado. Si es normal que en México o en Argentina el *argent* de los franceses se traduzca como “dinero”, lo más natural en el castellano de Colombia es una traducción más fiel y literal: “plata”.

Armado de diccionarios, versiones en varios idiomas, distintas ediciones francesas anotadas y comentadas, me di entonces a la tarea simultánea de profundizar en la lengua francesa, leer el original de *Cándido* y traducirlo de la forma más natural y directa que encontrara, y no a un castellano neutro (si es que eso existe), sino al español de Colombia. Me demoré leyéndolo y traduciéndolo más o menos el mismo tiempo que Voltaire empleó escribiéndolo. Lo hice, como él, en el ameno espacio de una casa en el campo, en medio del silencio y la seguridad. Después pasé otro mes corrigiendo mi versión; luego la sometí a la lectura cuidadosa de dos editores. Y hoy me atrevo a entregársela al lector colombiano con la esperanza de que, salvo ciertas peculiaridades de la época o de los países, muy pocas cosas en esta versión le resulten extrañas. Todo mi esfuerzo se ha dirigido en darle a este libro maravilloso la misma voz sencilla y clara, coloquial y rápida, irónica y risueña, con la que fue escrito hace dos siglos y medio. No sé si lo he logrado o no, pero el solo hecho de intentarlo ha sido una delicia.

Créditos

Cándido o el optimismo

Voltaire

Autor

© De la traducción al español:

Héctor Abad Faciolince,
Angosta Editores

© De esta edición:

Grupo de Inversiones
Suramericana S.A. Grupo SURA

Gonzalo Alberto Pérez Rojas
Presidente de Grupo SURA

Juana Francisca Llano Cadavid
Presidente de Suramericana

Ignacio Calle Cuartas
Presidente de SURA Asset
Management

Coordinación editorial
Laura Velásquez
Juan Fernando Rojas
Mónica Guarín Montoya

CRÉDITOS

VOLTAIRE

**Asesoría editorial, edición
y diseño gráfico**

Mesa Estándar
Juan David Díez
Miguel Mesa
Verónica Montoya
Manuela Sánchez
Ana María Lozano

**Corrección de estilo y cuidado
de la edición**

Catalina Trujillo

Ilustraciones

Alejandro García

Impresión

Taller Artes y Letras S. A. S.

ISBN

978-958-53746-2-1

Primera edición, marzo de 2022

Impreso en Colombia

Queda prohibida, sin la
autorización escrita de los editores,
bajo las sanciones establecidas en
las leyes, la reproducción total o
parcial de esta obra por cualquier
medio o procedimiento.





MÉDICO DE LA PESTE

(símbolo de las contradicciones humanas)

Primer traje de protección y aislamiento médico. Bata de cuero hasta los tobillos y máscara con pico lleno de hierbas aromáticas y vinagre.

ENFERMEDAD – CURA	PESIMISMO – OPTIMISMO
CONJURO – TRATAMIENTO	RIESGO – PRUDENCIA
RELIGIÓN – CIENCIA	VELORIO – CARNAVAL
ALQUIMIA – QUÍMICA	MUERTE – VIDA
MIEDO – ESPERANZA	OPINIÓN – ESTADÍSTICA

“Dominio Público Copper engraving of Doctor Schnabel, a plague doctor in seventeenth-century Rome”. Fürst, Paulus (1608-1666). Die Karikatur und Satire in der Medizin: Medico-Kunsthistorische Studie von Professor Dr. Eugen Holländer. Tomado de [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Paul_F%C3%BCrst_Der_Doctor_Schnabel_von_Rom_\(Holl%C3%A4nder_version\).png](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Paul_F%C3%BCrst_Der_Doctor_Schnabel_von_Rom_(Holl%C3%A4nder_version).png).

Este libro fue impreso en marzo de 2022 en Medellín, en el Taller Artes y Letras S. A. S.

Para la formación de textos se utilizaron fuentes de la familia tipográfica Sabon, diseñada por Jan Tschichold, en 1967. También se usó la fuente Unit Pro, diseñada por Erik Spiekermann y Christian Schwartz, en 2003. El tiraje fue de 1000 ejemplares impresos en papel Avena de 90 gramos.